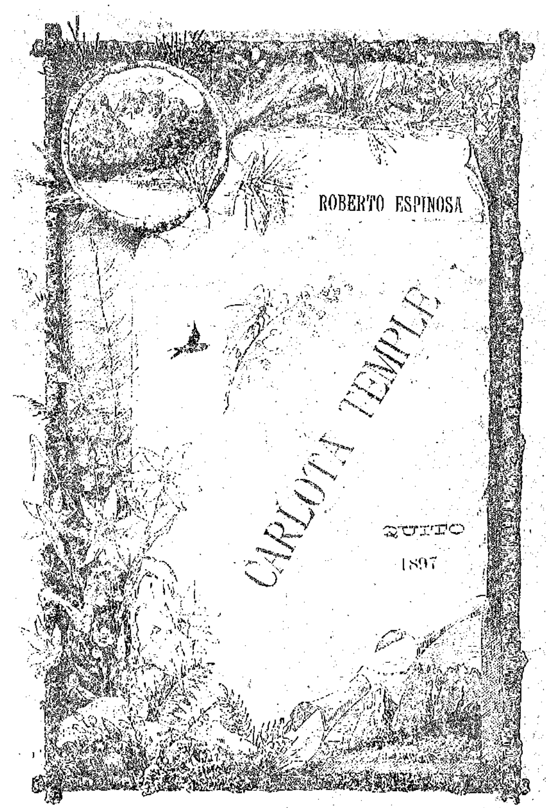
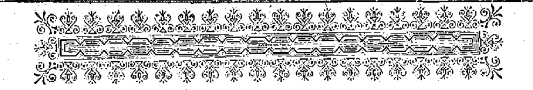




Tip. de la Escuela de Artes y Oficios
por José D. Laso





DEDICATORIA

Sr. Dr. D. Luis A. Salazar.

Muy Señor mío y considerado amigo:

La interesante versión del inglés á nuestra lengua de "Los últimos días de Jerusalén,"—que Ud. dió á la luz pública, há pocos años,—y los estímulos y aliento que á menudo he recibido de Ud., decidiéronme á emprender trabajos de este linaje. CARLOTA TEMLE es uno de éllos; y, al dedicárselo á Ud., me asisto, demás de los motivos que dejo apuntados, uno como ineludible deber: la amistad con que Ud. me honra y la benevolencia y hasta entusiasmo con que en ocasiones ha acogido Ud. algunas producciones mías literarias, son antecedentes bastantes á resolverme á poner el nombre de Ud. en la portada de este librito.

Quien como Ud. conoce lo que es trasladar un libro de una lengua extraña á la propia, sin

que pierda éste en quilates en la traducción, puede valorar las dificultades vencidas, el trabajo empleado y la prolija meditación que demandan labores como la mía.

Acepte Ud. las distinguidas consideraciones de quien, honrándose de ser su amigo, se suscribe de Ud., múy obsecuente,

S. S.

Roberto Espinosa

Quito, Abril 30 de 1882.



Mayo 14 de 1882.

Señor D. Roberto Espinosa.

Muy distinguido Señor y amigo mío:

Amante sincero de cuanto enaltece á la patria, no he dejado, en verdad, de aplaudir los escritos con que Ud. ha enriquecido la literatura ecuatoriana. Si ésto y mi versión de LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JERUSALÉN hubieran podido estimular á Ud. á emprender los trabajos que ha emprendido, premiado estaría yo con éllo y con el placer que me ha causado la lectura de su bellísima traducción de CARLOTA TEMPLE.

Pero Ud., que nunca ha sido corto en su benevolencia para conmigo, quiere recompensar mi decisión por las glorias literarias del Ecuador, dándome la honra especial de poner mi nombre en la portada del precioso libro que se ha servido dedicarme. Preséntole por ésto mis más cordiales agradecimientos, y le felicito por la maestría con que se ha desempeñado en la versión; pues, sin quebrantar las reglas prescritas para las traducciones libres, ha mejorado Ud. el original, en mi humilde concepto.

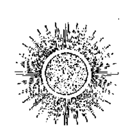
Siga, siga obsequiándonos con obras como la que ha traducido en esta vez: la literatura inglesa le ofrece riquísimo caudal para escoger otras novelas dignas de trasladarse al castellano

y de leerse en familia, y con provecho, como se ha de leer su Carlota.

Las dificultades con que se tropieza al verter un libro de extraña lengua á la propia, no pueden arredrar á quien sabe vencerlas con facilidad. Siga, siga, por lo tanto, en su labor; que obligado está á poner algunas joyas más en la luciente corona literaria de nuestra amadísima patria.

De Ud. decidido amigo y obsecuente servidor,

Luis A. Salazar





CUATRO PALABRAS SOBRE ESTE LIBRO

"En la cárcel dan á menudo corruptores de las costumbres mucho menos dignos de élla que el autor de *Don Juan*. ¿Cuál es el crimen de esos miserables? El código lo define: excitación á la licencia, seducción de menores, etc. Y quisiera yo se me dijese: ¿quién, después de Voltaire, ha ejercido en mayor escala esa industria, que su señoría George-Nöel Gordon, lord Byron, Par de Inglaterra? ¿quién se ha hecho á más dinero con tal oficio? El noble lord ha recibido del librero Murray enormes sumas por sus poemas que han echado á perder la sociedad europea."

Duras palabras, no lo negamos; mas quien las dijo supo bien lo que se decía: y si como George-Nöel Gordon, lord Byron, las merecen por la mayor parte los novelistas contemporáneos. Objeto de muy sesudo cuidado para los padres de familia y directores de la juventud ha-

brá de ser la lectura que á sus hijos y alumnos consientan, ora en el seno del hogar doméstico, ora en los establecimientos de educación.

Y cuántos padres no habrían de ver como dictadas para éllos las leyes penales concernientes á la corrupción de la juventud, si sujetasen su conducta á maduro examen! Pues ¿qué hacen cuando, desnaturalizados y crueles, ponen en manos de sus hijas, ó toleran que amigos pérfidos las proporcionen libros destinados á secar las flores de la inocencia, encendiendo en el pecho un volcán de sensualidad cuyas erupciones arrebatarán luego la delicadeza, el pudor, la castidad y el decoro, delicias del hogar formado por la Religión para que en su recinto creciesen y se multiplicasen herederos del Cielo? ¿qué hacen cuando consienten á sus hijas devorar esos escritos que, bajo oropeles de poética dicción, brindan con las infames borruras de la voluptuosidad más infame, y presentan alfombrados con florido tapiz los senderos de la deshonra? Si cada capítulo de esos libros vierte en el alma inmundo aceite, de cuya mancha no la podrán limpiar ríos de lágrimas; si cada párrafo es una gota de corrosivo veneno, cuya perfidia no se revelará sino cuando esté carcomido el pecho por incurable gangrena, ¿qué son esas nefandas páginas, sino lenguas de corruptores dedicados á la prostitución como por oficio? Sue, Sand, Balsac, ... ¿Qué importa el nombre?

Sale hoy á la luz en lengua castellana un libro nuevo en élla: sácale diestramente vertido de la inglesa nuestro laborioso compatriota y amigo, D. Roberto Espinosa; y con nombrar al traductor hemos evitado la necesidad de recomendaciones y encomios, si la sana ilustración de un lado, y de otro la nobleza de los afectos y la rectitud de la vida privada y pública, nos aseguran de que quien las tiene por patrimonio no ha de presentar á la lectura composición menos digna del aprecio de una sociedad virtuosa y culta.

Carlota Temple no sale encubriendo con velo recamado de plata y oro la lepra del vicio: escrita trae en la frente la triste historia de lamentable desvío, castigado con desventura que arranca lágrimas. Puede hablar palabras saludables á las jóvenes que, puesto un pie en el umbral del mundo, contemplan absortas el atractivo esplendor de una felicidad engañosa y deslumbradora, y advertirlas de cómo se persigue en vano la felicidad verdadera, si se la busca por fuera de la senda de la virtud y el deber. La amarga desolación, fruto del desliz que puso á la desdichada niña en el camino del oprobio y de la desgracia, no podrá menos de obrar como severa prevención y persuasiva enseñanza.

No se nos oculta cuánto más conviene inspirar á las jóvenes en los albores de la adolescencia el amor desinteresado de la virtud, y la es-

timación de la honestidad y decoro, sin que sea parte en élla la perspectiva de los irremediables pesares que se originan en el olvido de la personal dignidad; pero si á las veces, y no muy raras por desgracia, el deber y la virtud no son poderosos á granjearse el amor por sus propios encantos y alteza, no vienen por demás las lecciones del dolor ni los consejos del infortunio. Si pura todavía el alma, no ha abierto los ojos á las fascinadoras seducciones del mundo, manténgasela con esmero en tan dichosa ignorancia, y no perciba su vista sino la celestial belleza de la virtud. ¿Para qué ha de pasar el esmeril por el diamante de inmaculada trasparencia, si brilla con limpias aguas? Pero amanece un dia ¡y no suele tardar! en el cual los ojos de la adolescente despiden extraña lumbre que pone sobresalto en el ángel que espía los latidos del corazón; y entonces..... CARLOTA TEMPLE puede acercarse bañada en llanto: los ayes de su congoja no disimularán la vergüenza de la deshonra, y serán como la voz de alerta contra los arrebatos de la pasión.

J. Modesto Espinosa

Quito, Julio de 1882.

CARLOTA TEMPLE

HISTORIA VERDADERA

ESCRITA EN INGLÉS POR MRS. ROWSON, Y TRADUCIDA
LIBREMENTE AL CASTELLANO POR

ROBERTO ESPINOSA

She was her parents only joy:
They had but one-one darling child.

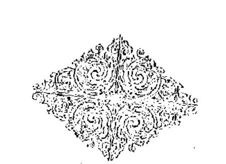
Shakespaere.—*Romeo and Juliet.*

Fué de sus buenos padres
El sólo amor, la única alegría;
Que ellos no más tuvieron
Una amada y hermosa y tierna niña.

Her form was faultess, and her mind
Untaited yet by art
Was noble, just, humane and kind:
And virtue warm'd her heart.
But ah! the cruel spoiler came. . . .

Yo, Señora, una hija bella
Tuve, ¡qué bien tuve he dicho!
Que aunque vive no la tengo,
Pues sin morir la he perdido.

CALDERON





CARLOTA TEMPLE

CAPÍTULO I

Un colegio de pensionistas

—¿Te hallas dispuesto á dar un paseo, dijo Montraville á su compañero, en el momento en que se levantaban de la mesa, ó quieres que prosigamos nuestro viaje á Portsmouth? Belcour aceptó lo primero; y al punto salieron á recorrer la ciudad, observando á sus habitantes que, en aquella hora, únos regresaban del templo á sus moradas, y ótros trajinaban por las calles.

Montraville era capitán de ejército, y su amigo tenía la misma graduación. Nuestros personajes proseguían camino de Portsmouth, donde debieran embarcarse, juntamente con las tropas que allí los aguardaban, con dirección á América. Se detuvieron en Chichester para comer, y, juzgando que les sobraba tiempo para llegar al paraje de su destino ántes que oscureciese, determinaron, como llevamos dicho, conocer la ciudad y sus moradores.

Satisfecha la curiosidad, regresaban á la posada, sin que ninguna de las bellas del lugar hubiese atraído su atención, cuando la señora Du Pont, en junta de las niñas de su Colegio, salía de la iglesia. La muchedumbre de niñas, llenas de juventud, de hermosura y de inocencia, cautivó, como era natural, las miradas de los jóvenes militares; así que se detuvieron mientras pasaban, descubriéndose casi involuntariamente. Una esbelta y graciosa muchacha, miró á Montraville ruborizándose; éste reconoció al instante á Carlota Temple, con quien había bailado en cierta ocasión en Portsmouth. En aquel entónces tan sólo inspiró la niña al oficial un pasajero sentimiento, como que á la sazón no contaba sino trece años; pero los dos corridos desde esa época habían completado su desarrollo, y el sonrojo que inundó sus mejillas, al mirarle, despertó en la mente de Montraville plácidas y agradables ideas. La vanidad le hizo juzgar que el placer de haberle vuelto á ver, era causa de la emoción que observó en ella; la misma vanidad llevóle á desear verla otra vez.

—Es la muchacha más encantadora que en mi vida he visto, dijo á su camarada, como entrasen á la posada. Belcour no respondió. ¿La conocéis, por ventura? continuó Montraville: llevaba una hermosa gorra azul, y con esos ojos seductores color de cielo, me ha hecho experimentar algo extraño que bien puede ser el comienzo de una pasión.

—¡Bah! dijo Belcour, una bala de fusil de nuestros amigos de América, puede, ántes de dos meses, hacer que te sientas peor.

—Nunca pienso en lo porvenir, ni de ello me preocupo, replicó Montraville; mi obra es de presente; he determinado emplear toda diligencia para alcan-

zar noticias de la niña, y no pararé hasta lograr una entrevista.

Por el pronto, nada consiguió; y llegaba ya, mal su grado, á la puerta el coche que debía conducirlos al puerto para continuar el viaje.

Pero Carlota le había impresionado profundamente para que se resignáse á partir, y no pensar más en ella. Así pasó tres días entregado á vanas fantasías, y esforzándose para ver de encontrar medio alguno que le proporcionase el placer de verla. Con tal intento resolvió sentar sus reales en Chichester, confiando á la buena suerte el logro de sus designios. Llegado á los afueras de la ciudad, desmontó Montraville, previniendo al cochero que le aguardase á cierta distancia. Dirigióse en seguida al paraje donde, en medio de una extensa y pintoresca planicie, se levantaba el edificio que encerraba á la inocente y atractiva Carlota Temple. Nuestro héroe se arrimó á una puerta medio rota y miró atentamente adentro de la casa. Alta era la muralla que la rodeaba; y quizá el Argos que cuidaba la fruta de la Hesperia, sería más vigilante que el renombrado de antiguos tiempos.

—Hé aquí una excursión romancesca, se dijo, y aunque llegase á verla y hablarla, ningún provecho me vendría de ello, desde que me es forzoso partir de Inglaterra dentro de pocos días, quizá para nunca regresar. ¿Por qué, pues, empeñarme en conquistar el afecto de una niña candorosa, para tener que dejarla luégo, presa de mil inquietudes, de las que ahora se encuentra del todo ajena? No, mejor me estará dirigirme á Portsmouth, y no pensar más en ella.

La noche había cerrado. Plácido sosiego reinaba en la naturaleza; y la casta reina de la noche, con su disco de plata, iluminaba ténuemente el hemisfe-

rio. El ánimo de Montraville participó de la calma religiosa que do quiera reinaba en ese instante.

—No debo pensar más en ella, volvió á decirse, y se retiraba ya, cuando advierte que se abre la puerta que da al campo, y que dos mujeres engarzadas por el brazo salen á pasear.

—A lo menos sabré quiénes son, dijo para sí nuestro héroe. Fué en su seguimiento, y cuando las hubo alcanzado, dirigióles la palabra en términos corteses. Mas, ¡cuál no sería su agradable sorpresa cuando descubrió que una de las paseantes era la hermosa Carlota!

Bien pronto halló coyuntura para insinuarse con la compañera de Carlota, que era preceptora de francés en el Colegio; y en el momento de despedirse, deslizó á la mano de Carlota una carta, que al intento había llevado escrita, y á la de la señorita acompañante cinco guineas. Esta le ofreció hacer lo posible para llevar á la colegiala á este mismo sitio en la siguiente noche.





CAPÍTULO II

Asuntos domésticos

Míster Temple era el hijo menor de un caballero noble, cuyos exigüos bienes no correspondían en manera alguna á la antigüedad, grandeza y, agregar debemos, orgullo de la familia. Veía con pena á su hermano mayor del todo desgraciado, á causa de haber contraído matrimonio con una mujer inconveniente, aunque poderosa de muchos bienes de fortuna, lo que mantenía el lustre y dignidad de la casa. Veía también á sus hermanas sacrificadas legalmente á hombres ancianos, á trueco de hacer papel á los ojos del mundo; pero que, con eso y todo, eran espléndidamente miserables.

—Nunca sacrificaré la felicidad interior á cambio del ostentoso brillo que da la fortuna, decía Míster Temple. Yo busco paz, busco contento, solía decir también, y si los encuentro en una pobre choza, los acogeré con la misma cordialidad que me asistiera, si las alcanzase en un trono.

—La renta de Míster Temple no pasaba de unas quinientas libras anuales, pero que le bastaban para vivir con independencia; pensaba casarse cuando el sentimiento de su corazón se lo indicase, y arreglar sus gastos á proporción de sus entradas. Su corazón

estaba siempre abierto á todo generoso sentimiento de humanidad, y su mano dispuesta á socorrer á los menesterosos, gozándose de las bendiciones que de ellos recibiera.

Siendo como era universalmente conocido en el lugar como el amigo de los infortunados, su consejo y su liberalidad se solicitaban frecuentemente; ni era raro tampoco el que buscara el mérito escondido por la indigencia ó la timidez y lo sacase de la oscuridad; y para conseguirlo, reducía al propio tiempo sus gastos personales á límites estrechísimos.

—Como conozco vuestros compasivos y generosos sentimientos, díjole un día un joven oficial, quiero daros ocasión de ejercitar la bondad de vuestro magnánimo corazón.

—Más no podríais obligarme, contestóle Temple, que enseñándome el medio por el cual pueda yo ser útil á mis semejantes.

—Siendo esto así, replicó el joven, vamos á visitar á un sujeto que se halla en paraje donde en manera alguna merece estar; y si no fuese por la grata compañía de un ángel de bondad, que le consuela y asiste, tiempo há que el infortunio habría acabado con él.

El corazón del joven se hallaba conmovido, y no prosiguió en su relato; pero Temple, sin querer excitar todavía más su sensibilidad con ulteriores preguntas, siguióle en silencio, hasta que hubieron llegado á la puerta de la cárcel.

El oficial preguntó por el capitán Eldridge, y un empleado del establecimiento los condujo por varias escaleras sucias y gastadas, y les indicó al fin el mezquino cuarto en el cual se hallaba el capitán.

Blakeney, que así se llamaba el oficial amigo de Temple, tocó á la puerta, y una voz suave y melodiosa

respondió de adentro. Abrióla éste, y se ofreció á las miradas de Temple una escena que le asombró.

El reducido cuarto, aunque limpio, daba muestras de suma pobreza. En una antigua silla de brazos se hallaba sentado un anciano, con la cabeza apoyada en una mano y fijos los ojos en un libro que tenía abierto á un costado. Vestía el uniforme de teniente de marina, raído y descolorido. Junto á él se hallaba dibujando un paisaje una hermosa joven, bella como un tierno lirio, pero en quien el pesar, desde temprana edad, había amortiguado las rosas de las mejillas. Sus ojos eran de un azul oscuro y ligeramente blondo su cabello; una gorra y traje blancos completaban su atavío. Encantadora se mostró á los ojos de Temple, cual si estuviese engalanada con la magnificencia de una opulenta cortesana.

Cuando los dos amigos penetraron en la habitación, se levantó el anciano y estrechando cordialmente la mano de Blakeney, ofreció á Temple su asiento; y como en el cuarto sólo había tres sillas, sentóse al costado de su lecho.

—Lugar inadecuado es éste, dijo á Temple, para recibir á personas de vuestra distinción; pero debemos resignarnos á las circunstancias. Os confieso que el motivo que me tiene aquí no me ruboriza, desde que nuestro actual infortunio no es el resultado de propias faltas; y si no fuera por esta pobre niña......

Aquí el filósofo se perdió en el padre; y la sensibilidad predominó sobre la razón fría. Levantóse de priesa, y dirigiéndose á la ventana, limpió una lágrima con el reverso de la mano, pues no sufrió que ella humedeciese el carrillo de un marinero veterano.

Temple miró atentamente á la señorita Eldridge: ténue gota de llanto había asomado á sus lángui-

dos ojos, la que luego cayó sobre una rosa que estaba pintando. La flor quedó descolorida y algo borrada. Misterioso accidente, se dijo el atento observador; también las rosas de la lozana juventud pronto descaecen cuando las empapan lágrimas de aflicción.

—Mi amigo Blakeney, dijo dirigiéndose al anciano, háme noticiado que en algo podría serviros, á lo que estoy muy dispuesto. Así, dignaos indicarme el medio por el cual alcance yo á minorar la amargura de vuestro corazón y aumentar el contento del mío.

—Joven generoso, repuso Eldridge, no consideráis lo que ofrecéis llevado del impulso de vuestros nobles sentimientos. Véisme privado de mi libertad, y nunca podré, por mis propios esfuerzos, librarme de la aflicción que esto me causa; pero ello es de escasa importancia: mis congojosos pensamientos comprenden un objeto mil veces más caro que la vida. Pobre soy, débil y anciano además; después de pocos años hallaréme hundido en el silencio y en eterno olvido.... Muerto yo, ¿quién protegerá á esta inocente criatura? quién la librará de la dura adversidad, alejando de ella el insulto cruel y la deshonra, que la siguen?

—¡Oh padre mío! exclamó la señorita Eldridge, estrechando tiernamente la mano de su padre; no os inquiete ese temor, pues la constante plegaria que alzo al cielo, se encamina á pedirle que nuestras vidas acaben en el mismo instante, y que una misma tumba nos reciba. ¿Cómo vivir pudiera yo privada de mi único amigo y confidente?

Temple estaba tan conmovido, que con esfuerzo pudo contener las lágrimas.—Entrambos viviréis largos años, les dijo, y yo me prometo veros felices. Animo, pues, amigo mío; las pasajeras nubes de la adversidad servirán solamente para hacer más plácido el resplandor de la prosperidad. Pero estamos

perdiendo tiempo; decidme de una vez quiénes son vuestros acreedores, qué os exigen, y, en fin, cuanto se relacione con vuestro rescate.

—No es larga la relación de mis infortunios, respondió Eldridge; pero hay en ellos incidentes cuyo solo recuerdo atormenta sobre manera mi corazón. Con todo, á vos, que con vuestros servicios me ofrecéis una amistad desinteresada, os referiré cuanto hace dura y penosa mi situación. Hija mía, continuó dirigiéndose á la niña, yo quedo con estos buenos amigos, tú siquiera sal á gozar del aire libre; véte, amor mío, que mañana nos veremos á la hora acostumbrada.

La señorita Eldridge, besando con filial afecto la mejilla de su anciano padre, salió.





CAPÍTULO III

Desgracias inesperadas

—Hasta hace pocos años, continuó Míster Eldridge, nada notable me había acontecido en mi ya hasta entonces larga vida. Desde temprana edad abracé la profesión de marino, y mi entusiasmo por servir á la patria como bueno y honrado nunca declinó. A los veinticinco años de edad me casé con una mujer joven y buena. Un hijo, llamado Jorge, y la niña que acaba de dejarnos, fueron los frutos de nuestra unión. Inteligente y vivaz era el muchacho, y destiné casi toda mi exigua renta para darle conveniente educación; mas, los rápidos progresos que hizo en ésta, recompensáronme con mucho. En el colegio había trabado estrecha amistad con Míster Lewis, joven de gran fortuna, y desde entonces fueron amigos inseparables.

Mi Jorge eligió la profesión de las armas, contra mis deseos y amonestaciones para que siguiera la ocupación de su padre, á la cual tenía extrema repugnancia.

La amistad íntima entre Lewis y mi hijo, dió al primero fácil acceso á nuestra familia; y tan sagaz fue su comportamiento, y manifestóse tan interesado por nuestra suerte, que le confiamos las estrecheces

que se oponían al logro de nuestros deseos respecto á Jorge. Así, nos prometió prestar el dinero que hubiéremos menester para alcanzar nuestro intento.

Acepté la oferta, entregándole en consecuencia una obligación firmada por la suma que me prestaba, después de no haber *consentido* se estipulara condición ninguna, respecto al plazo y réditos, pues me manifestó que la cantidad que me entregaba, se la *devolvería cuándo y cómo á bien tuviera.* Por entonces mi Lucía, terminados sus estudios, había salido del colegio; observé que Lewis la miraba con ojos apasionados. Yo, con prudencia y discreción, amonesté á la niña para que viese en la madre su mejor amiga, y le tomara consejo en todo caso; así traté de prevenir el peligro. Era ingenua y sin doblez, y cuando el pretendiente le declaró su amor, ella, mi inocente, mi buena Lucía, lo participó á sus padres, asegurándonos, que su corazón se hallaba ajeno á toda pasión, y que gustosa aceptaría nuestras paternales amonestaciones.

Aproveché de la primera coyuntura para saber de Lewis sus intenciones respecto á mi hija. Dióme una respuesta evasiva y poco digna de un caballero; monté en cólera y le despedí de mi casa duramente.

Al dia siguiente exigió el pago de su dinero, y como no me fue posible satisfacerlo en el acto, pedí tres días para procurármelo, resuelto á hipotecar todo mi sueldo y á vivir con la escasa anualidad que tenía mi esposa, antes que continuar con tal obligación. Fue negada mi petición; y en la tarde del propio dia, mientras me encontraba cenando, ajeno á todo peligro, dos agentes de justicia me arrancaron violentamente de entre los brazos de mi familia.

De tiempo atrás se hallaba quebrantada la salud de mi esposa; y calamidad tan inesperada como ine-

vitable, hubo de agravarla. Yo la vi caer desfallecida en brazos de la criada cuando dejé mi tranquila morada por venir de fuerza á ocupar los tristes muros de una prisión. Mi pobre Lucía, enajenada con el terror que tal escena le causara, probaba, empleando sus débiles fuerzas, á retenerme; mas todo fue en vano: al fin, exánime y exhalando un alarido, cayó sin sentido..... Excusadme, señores, que no os refiera los horrores de aquella noche, pues ello me sería imposible; y por el momento, dejadme tomar algún respiro......

Levantóse conmovido, y paseó varias veces por el ámbito del cuarto; alcanzando finalmente algún sosiego, exclamó:—¡Cuán miserable y desgraciado soy! Pues, señor, os confieso que jamás sentí en los rudos combates que he tenido lo que ahora experimento.

—Así es la verdad, dijo Temple; el espíritu verdaderamente fuerte harto se lastima en presencia de los dolores que afligen á la doliente humanidad.

—Cierto, replicó el anciano serenando el rostro, y así punzantes como son las manifestaciones del sentimiento, no las cambiara yo por la indiferencia que el estoico llama equivocadamente filosofía. ¡Cuántos gratos y delicadísimos goces habría dejado pasar inadvertidos, sin estas inefables sensaciones, sin este conocimiento íntimo de la felicidad y la miseria! Así, amigo y señor mío, aceptemos la copa de la vida como se nos presenta, pues la amargura que contiene se halla moderada por la mano de la munífica y sabia Providencia. Mostrémonos agradecidos al bien que se nos otorgue; pacientes y resignados bajo el imperio del mal, sin inquirir imprudentes la causa por la que éste predomina.

—Verdadera filosofía es la que escucho de vuestros labios, dijo Temple.

—Amigo mío, ella es el único medio para convenir con los acontecimientos adversos de la vida. Mas, no abusaré de vuestra paciencia, y prosigo mi triste relato.

A la mañana siguiente del día en que fuí conducido á la prisión, llegó mi hijo de Irlanda, donde había permanecido algún tiempo con su regimiento. Por la triste relación que le hicieran su madre y hermana, vino en conocimiento de la causa de mi arresto, y, sin detenerse un punto, voló, con las alas *que le prestara su filial afecto, hondamente herido*, á casa del desleal amigo, y exigióle con acritud le explicara su infame proceder. Lewis, con toda la calma y sangre *fría del hombre avezado á la maldad*, le declaró su pasión por Lucía, agregando, que aunque su alta posición no le permitiría casarse con ella, ordenaría, si aceptaba sus pretensiones, que al instante se me pusiese en libertad, y que, además, dotaría largamente á la niña. Amonestaba á Jorge para que la persuadiese á vivir, como impíamente llamaba, una vida honrosa y opulenta.

Montado en cólera por el insulto inferido á un militar, mi hijo abofeteó al villano, y de aquí sigióse un duelo. Jorge se dirigió á un café de la vecindad, de donde me escribió una extensa y *afectuosa* carta. Culpábase amargamente de haber llevado á Lewis al seno de la familia, y se quejaba de que yo hubiese *aceptado el préstamo de dinero, que nos ha llevado á* inevitable ruina. Me rogaba, sea cual se fuere el resultado de este conflicto, que no me apesadumbrara por su suerte, aumentando así la zozobra de mi corazón, ya tan angustioso y atribulado.

La carta me fue entregada á la mañana siguiente. Intentar describiros los sentimientos que experimenté cuando la leí, sería cosa superior á mis fuerzas. Baste deciros que se interpuso una Providencia mi

4

sericordiosa para que yo no acabara presa del dolor y la desesperación. Permanecí durante dos semanas como insensible á las miserias y penalidades que, sin desfallecer, no puede soportar la naturaleza humana.

El delirio de la fiebre se apoderó de mí, y ya se desesperaba de mi vida. Al fin, exhausta la naturaleza con la fatiga y el dolor, quedó como adormecida, y un tranquilo sueño de algunas horas, volvióme el conocimiento, si bien la extrema debilidad del cuerpo me puso harto impresionable.

El primer objeto que miré al despertar, fue Lucía, sentada á la cabecera de mi lecho. Su pálido semblante y el negro vestido que llevaba, hiciéronme temer el inquirir por mi pobre Jorge; pues la carta que de él recibí, fué lo primero que se me vino á la memoria. Al fin la calma se señoreó de mi ánimo: recordaba que fuí arrestado, pero no sabía cómo me hallaba en este recinto, al cual me habían transportado durante mi enfermedad.

Tanta era mi debilidad, que apenas si podía articular palabra: estrechaba afectuosamente la mano de Lucía, y ávido buscaba con la mirada por toda la habitación otro objeto que me fuera querido.

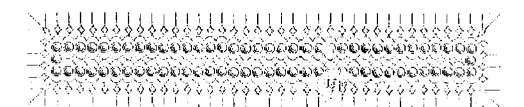
—Donde está tu madre? preguntéle con voz desfallecida.

No pudo responder la pobre niña; inclinó tristemente la cabeza, y luego, arrojándose sobre la cama, me estrechó entre sus brazos, desatada en largo y abundante llanto.

—¡Qué! ambos idos, y para siempre! pude balbucir todavía.

—Sí, replicóme, esforzándose á dominar sus emociones; pero ellos son muy felices, sin duda.

Míster Eldridge guardó silencio: fuéle tan profundamente doloroso el recuerdo de estas desgracias, que la voz se le embargó.



CAPÍTULO IV

Cambio de fortuna

—Lo que llevo relacionado, continuó Míster Eldridge, ya un tanto sosegado, acaeció pocos días antes *de que yo me resolviese á inquirir los pormenores* de cuanto había acontecido durante mi enfermedad. Al fin, reuniendo todas mis fuerzas, me atreví á preguntar á mi amada hija, cuánto tiempo hacía que su madre y hermano habían muerto. Me contestó, que á la siguiente mañana del dia de mi arresto, fue Jorge á casa muy temprano para informarse de la salud de su madre; que permaneció con ellas pocos minutos, y que, al despedirse, observáronle muy agitado; finalmente, que les encargó reuniesen todas las fuerzas de su ánimo para resistir á las nuevas desgracias que acaso sobrevendrían, pero que confiasen en el Cielo, pues que suelen surgir del mayor infortunio la tranquilidad y el contento. Dos horas después, como se encontrasen almorzando, ocupadas en buscar algún arbitrio que me alcanzase la libertad, oyeron que llamaban fuertemente á la puerta. Lucía corrió á abrirla, y encontróse con el cuerpo de su her-

mano, exánime y cubierto de sangre, conducido por dos hombres del paraje donde se había efectuado el desafío. La infeliz madre, debilitada por la enfermedad y los dolorosos esfuerzos de la noche precedente, no pudo soportar tan rudo golpe. Sin aliento, con los ojos extraviad[illegible] y espantosamente abiertos, se precipitó al cuarto donde se hallaba tendido su hijo moribundo. Arrodillóse bruscamente junto al que ya era casi cadáver, y cogiéndole una de las heladas manos:—¡hijo mío, pobre hijo mío! exclama, nadie podrá separarme de tí! . . . . . Esposo, hijo, ambos idos en un instante! . . . . Padre de las misericordias, no me [illegible] en tan duro trance!—Una terrible con[illegible] el i[illegible] apoderó de la infeliz, y dos horas después estuvo muerta!

Ent[illegible] tanto un médico había curado las heridas de Jorge, pero tan graves eran, que no daba la menor esperanza de vida. Ni por un instante recobró el sentido el paciente, y espiró en la noche de aquel terrible dia en los brazos de su atribulada hermana.

En la misma espantosa noche en que ocurrieron tan lamentables sucesos, mi afectuosa Lucía se empeñó en venir á verme; pues se dijo, que harto sensible me sería su aparente desvío; pero, ¿cómo informarle de las crueles aflicciones con que al Cielo plúgole visitarnos? se decía también.

Dejó el cuidado de los queridos difuntos á unas buenas vecinas que habían acudido á consolarla y servirla, y se encaminó al lugar de mi confinamiento, en el cual me encontró en el estado que ya conocéis.

Cuánto sufrió ella en estos dolorosísimos momentos de acerba prueba, no alcanzo á imaginarlo. Tengo para mí, que el Cielo estaba con ella, que la confortaba y sostenía: su ansiedad y desvelo por conservar la vida de un padre sin ventura, minoraba en

cierta manera la aflicción que le causara la pérdida de los séres más queridos.

Harto difíciles eran mis circunstancias, y pocos mis amigos, é impotentes de todo en todo para socorrerme en mis penalidades y estrechez. Cuando mi esposa é hijo, fueron confiados á la madre tierra, mis acreedores tomaron posesión de mi casa y mobiliario, que por cierto no bastaron á llenar sus exigencias. Amigo ninguno vino á llamar á la puerta de mi prisión: nadie derramó el bálsamo del consuelo sobre el desventurado preso. ¡Ah! tan sólo mi angelical Lucía acostumbraba á venir, después de visitar la tumba de su adorada madre, á acompañar en este melancólico recinto á su moribundo padre.

Aquí hemos permanecido cosa de dos años. Para el pago de mis acreedores cedí la mitad de mi sueldo, y mi buena hija me sostiene con su industria; pues unas veces trabaja á la aguja y otras pinta. Todas las noches se despide de mí, y va á una posada cerca del puente, donde es recibida por unas honradas y buenas amigas; y vuelve á la mañana siguiente á alegrarme con sus sonrisas, y me hace feliz, si ser puede, con su tierno y encendido afecto. En ocasiones, una buena señora le ofrece abrigo en el seno de su hospitalaria familia; pero no por eso deja de verme un *solo dia. Uno á otro somos todo nuestro universo*, acostumbra decir. Doy gracias al buen Dios que me ha otorgado salud y fuerzas para acrecer los talentos que del Cielo he recibido; confío en que, empleándolos en el sostenimiento de un amadísimo padre, no se me echará á mala parte, como al siervo infiel. Mientras él viva, no me faltará ánimo para proseguir en la grata ocupación que me he impuesto; y cuando plazca al Señor llamar á sí á uno de los dos, que otorgue al sobreviviente fortaleza para soportar

con cristiana resignación la eterna y dolorosa ausencia del uno; pero hasta tanto, y si yo fuese la que sobreviviera, nunca dejaré de asistirle y de amarle.

—Pero, ¿dónde está vuestro inhumano perseguidor? dijo Temple interrumpiéndole.

—Tiempo há que se halla en el extranjero, replicó el anciano. Al partir ordenó á su abogado que no consintiese en mi libertad, en tanto que yo no hubiese satisfecho el último centavo.

—¿Y á cuánto asciende el total de vuestras deudas? preguntóle Temple.

—A quinientas libras, sobre poco más ó menos.

Temple se sintió contrariado; pues no juzgó llegase á tánto.—Con todo, algo se debe hacer en su obsequio, se dijo; no está bien que esta encantadora niña desgaste lo mejor de su vida en una prisión. Amigo mío, os volveré á ver mañana, dijo al anciano estrechándole cordialmente la mano. Levantad vuestro ánimo abatido: la luz y la sombra no se hallan tan sabia y felizmente combinadas como lo están los placeres y dolores de la vida; los horrores de los únos sirven sólo para aumentar la intensidad de los ótros.

—¡Ah! mi buen señor, no habéis perdido una buena esposa ni un hijo amado en quien se cifraban gratas y halagüeñas esperanzas! contestó Eldridge con amargura.

—Ciertamente que no, replicóle su interlocutor; pero harto compadezco á los que lamentan pérdidas de este linaje. Eldridge estrechó con efusión la mano de Temple. Los dos amigos se encaminaron á la puerta y partieron en silencio.

Cuando se hallaron fuera de los muros de la prisión, agradeció Temple á su amigo Blakeney el haberle relacionado con un hombre de ideas tan alzadas, de sentimientos tan honrados. Luégo, participán-

dole que una urgente ocupación le llevaba á la ciudad, despidióse cordialmente de su amigo.

—¿Y qué hacer deberé en pró de este hombre infortunado? se decía Temple en tanto llegaba á la avenida de *Ludgate Hill*. ¡Plegue al Cielo que mi fortuna alcanzáse para libertarle sin dilación de todas sus deudas! ¡Y cuán grata satisfacción no sintiera yo viendo los expresivos ojos de Lucía irradiar de contento por la libertad de su padre y manifestarse reconocidos hácia su libertador! Pero no es bastante mi fortuna, continuó diciéndose; y ¿no será sobrada si la comparo con la indigencia de Míster Eldridge? Y, de otro lado, ¿qué he hecho yo para merecer comodidades y abundancia, en tanto que un hombre de bien languidece en un calaboso? Trescientas libras por año me bastan ciertamente para atender á todas mis necesidades. Está resuelto; Míster Eldridge quedará libre á toda costa.

Cuando en un honrado corazón alienta la buena voluntad, presto hallan las manos motivo para practicar acciones benéficas.

Temple era joven, impetuosos, nobles y ardientes sus sentimientos. Novicio en el mundo, harto ajeno se hallaba su inexperto corazón del fraude é hipocresía que en aquél abundan; se compadecía de todos los que sufren y padecen; hallaba siempre excusa á las faltas de los hombres; medía la honradez de los demás por la suya propia; y muy contento partiera su última guinea con el primer necesitado que encontrase en su camino.

Así, ninguna admiración debe causar que un hombre semejante—sin aguardar la intervención de la señora Prudencia—hubiese resuelto, con grave detrimento de su fortuna, procurarse el dinero necesario para el rescate de Eldridge.

No está bien que indaguemos prolijamente los motivos que le inducían á proceder de esta manera; baste decir que, sin dilación ninguna, puso en planta su propósito; y tres días después del en que visitó por vez primera al infortunado Eldridge, tuvo la suprema felicidad de verle libre, recibiendo la más grata recompensa en los ojos llorosos y medio articuladas palabras de reconocimiento que le dirigiera con amable sencillez la agradecida Lucía.

Hay objetos que sólo una vez se han visto, y que, así y todo, viven perdurablemente en los ojos de nuestra alma. Tal sucedió á Temple desde que por vez primera miró á Lucía.

—Dime, querido jóven, dijo un dia á Temple su padre con un tantico de acritud, ¿qué intento abrigas visitando diariamente á ese viejo oficial y á su joven hija?

Temple no supo hallar respuesta por el pronto, pues nunca se había hecho pregunta semejante; y como se hallase perplejo, continuó su padre:

—No há muchos días se me informó de la manera peregrina cómo ha principiado esta amistad; y no alcanzo á explicármela de otro modo que suponiéndote inclinado á la chica, y que tal afición te lleva á hacer gastos imprudentes que pueden arruinarte. Hábil ciertamente debe de ser ella en sus artes, desde que te ha impelido á menoscabar una buena parte de tu renta.

—Artes decís, señor! exclamó Temple vivamente ofendido. Lucía Eldridge se halla tan distante de lo que suponéis como yo de abrigar aviesas miras respecto á ella. Lucía es . . . . . .

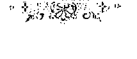
—La criatura más amable y atractiva, interrumpióle irónicamente su padre; sin duda que es, á tu juicio, el perfecto dechado de su sexo. Pero, dime: ¿cuáles son tus intenciones? No puedo suponer ni por

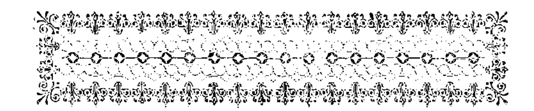
un *instante, que hayas resuelto, para completar tu locura,* á casarte con esa muchacha.

—Si fuera sobrada mi fortuna para darla el trato que se merece, no dudaría un punto en hacerlo, pues no conozco mujer alguna que con mejores prendas pueda asegurar la felicidad del matrimonio.

—En tal situación, querido mío, y puesto que vuestra fortuna no alcanza ni con mucho á la alteza digna de vuestra *princesa*, volved los ojos á la señorita Weatherby, quien, como lo sabéis, posee una renta de tres mil libras al año. Su padre, ayer no más, solicitó para su hija la alta honra de vuestra mano. Libre sois para considerar semejante propuesta; pero no olvidéis que vuestra unión con la señorita Weatherby, os pondrá en aptitud de ser todavía más liberal con Lucía Eldridge.

El antiguo caballero paseábase arrogante á lo largo de la sala, en tanto que Temple quedó como petrificado: tales fueron el asombro, la indignación y aún lástima que le causara la peroración de su imprudente padre.





CAPÍTULO V

Hay cosas tales........

Hija única de un opulento caballero era la señorita Weatherby; casi idolatrada de sus padres, lisonjeada aún por sus domésticos, y jamás contrariada por los que se llamaban sus amigos. No podemos dar mejor descripción de ella que la que comprende las siguientes líneas:

Mujer fue seductora; su semblante
Natura embelleció con sin par gracia,
Mas ninguna virtud prendió en su pecho.
Del ajeno pesar nunca se apiada
Su corazón; con mano compasiva
Del enfermo no alivia la cruel ánsia,
Ni aligera del preso la cadena.
Bien así cual cautiva la mirada
El tulipán que pasa en una tarde,
Y ni un recuerdo de él después se guarda;
Tal se admira á la niña airosa y bella,
Pero el discreto corazón no la ama (1).

Esta era la señorita Weatherby: belleza acabada y singular, pero sin cultivo la inteligencia, insensible

---

(1) The lovely maid whose form an face
Nature has deck'd with every grace,
But in whose breast no virtues glow,
Whose heart ne'er felt another's woe,

su corazón, impetuosas sus pasiones, y la imaginación extraviada por la lisonja, la disipación y el mundano placer. Tal era, pues, la niña á quien un afectuoso abuelo dejóla dueña de la fortuna ántes mencionada.

Ella había visto á Temple varias veces; y habiéndole cobrado cariño, fantaseaba que no podría ser feliz sin unirse con él, esperando que no rehusaría la mano de quien, demás de belleza, poseía gran caudal. Influyó en el ánimo de su querido padre para que tratase del matrimonio con el antiguo Conde de D........, padre de Temple.

La propuesta fue recibida cortesmente por el Conde, quien juzgó para sí que era el mejor partido que podía esperar su Enrique; y, hombre muy á la moda como era, no juzgó fuese impedimento del proyectado enlace la amistad que aquél profesaba á Eldridge y su hija.

Pero Temple, desgraciadamente, pensaba de muy distinta manera. La conferencia que tuvo con el padre descubrióle á éste el estado del corazón del hijo, quien tenía para sí, que la mayor opulencia no aumentaría en manera alguna su felicidad, si Lucía Eldridge no la compartiese. La integridad de su levantado corazón le hizo estremecerse á la sola idea de que su padre hubiese intentado casarle, con otra mujer, sin más razón que los caudales de ésta. Así, determinó rehusar la mano de la señorita Weatherby;

Whose hand ne'er smoth'd the bed of pain,
Or cast the captive's galling chain;
But like the tulip caught the eye,
Born just to be admir'd and die;
When gone no one regrets its loss,
Or scarce remembers that in was.

y, venga lo que viniere, ofrecer su corazón y su mano á Lucía Eldridge.

Con tal designio buscó á su padre y le declaró su resolución. El resentido Conde, encendido en cólera, le ordenó que nunca más se apareciese á su presencia. Temple le escuchó sin replicar palabra, y al dejar el paterno techo, fue á participar la causa de su desazón á su anciano amigo y á la hermosa Lucía, en quien afincaba su futura felicidad.

Al propio tiempo rabiaba terriblemente el Conde, considerando que semejante fortuna pasaría á ajenas manos. Después de andar á la brega y de sudar mucho, resolvió ofrecerse él mismo como candidato para merecer los favores de la señorita Weatherby.

¡Oh loca ambición! cuán sorprendentes mudanzas se operan con tu inmenso poder!

Cuando la niña enferma de amores supo la repulsa de Temple, lloró, se desmayó, mesó sus blondos cabellos, y, finalmente, juró sepultarse con todos sus caudales entre los tristes muros de un convento de monjas, huyendo así para siempre del mundo y de la vista del ingrato.

Pero el padre de la niña era hombre de mundo. Esperó que moderasen los primeros arrebatos de pesar, y, en oportuno tiempo, descubrióle paladinamente las pretensiones del viejo Conde, explanando las ventajas que reportaría subiendo á tan elevado rango; le descubrió de seguida, con animado colorido, la sorpresa y cólera de Temple cuando, siendo élla su propia madrastra, la viese figurar como la señora Condesa. En fin, le rogó que considerase el asunto ántes de resolverse á pronunciar temerarios votos.

La *hermosa enferma*, secando sus lágrimas, escuchó atentamente las amonestaciones de su padre; consideró una buena pieza lo que se le decía, y, al fin, de-

claró que tenía como el medio eficaz para vengar la herida causada por el hijo, aceptar la propuesta del padre. Decir y hacer fue una misma cosa, y, después de pocos días, llegó á ser la condesa de D........

No sin indignación supo Temple tan extraños sucesos. A causa de su pasión por Lucía, perdió el favor de su padre, y juzgaba imposible recuperarlo. Pero ello no me hará desgraciado, se decía. Yo, ni tampoco Lucía, abrigamos deseos ambiciosos. Durante algún tiempo nos reduciremos á vivir con trescientas libras al año, y cuando haya pagado la cantidad sacada para el rescate de Eldridge, tendremos lo bastante para proporcionarnos las comodidades de una vida decente.

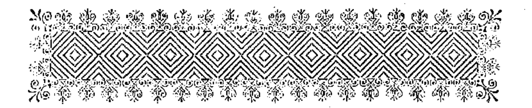
—Compraremos, amada Lucía, un bonito cortijo, solía decirla; allí, en unión de tu respetable padre, olvidaremos de grado el esplendor y la disipación de las ciudades. Tendremos algunas vacas, y tú serás la reina de las vaqueras. Por la mañana, mientras yo dé mis vueltas por el jardín, podando los arbolitos y regando las plantas, tú, con tu canastillo bajo del brazo, saldrás á esparcir el grano á tus gallinas y palomas, que juguetonas revolotearán á tu rededor en muestra de gratitud; tu padre, satisfecho, fumará su pipa deleitosa bajo las enramadas de fragantes madreselvas, y mirando en la serenidad de tu semblante la belleza de tu alma, y viéndonos felices, sentirá que inefable contento dilata su corazón, y olvidará el infortunio de otros tiempos.

Lucía le sonreía dulcemente, y Temple miraba en aquella sonrisa la aprobación de sus proyectos. Buscó, en efecto, y halló felizmente una estancia que cuadraba á sus deseos. En esta poética mansión, servidos por el Amor y el Himeneo, la pareja feliz y el buen anciano gozaron algunos años de no interrum-

pida felicidad. Sus aspiraciones nunca traspasaron los lindes de su plácido albergue; una mano invisible y cariñosa apartaba de su corazón los negros cuidados y los tremendos sinsabores, y de su frente los pensamientos tristes y enojosos; la abundancia, y su consejera la prudencia, asistían á su mesa; la hospitalidad permanecía siempre á sus puertas; la paz sonreía en los semblantes; unos como espíritus celestiales, dejadas sus altas mansiones, formaban coro á su alrededor. El contento reinaba en los corazones, y el amor y la salud esparcían rosas sobre su almohada; sus ensueños eran sabrosos como la vida, y en lo dulce, y en lo suave, y en lo encantador, su vida toda parecía el primer ensueño en el paraíso, plácido, riente, inefable.

Tales fueron los padres de Carlota Temple, único lazo de su mútuo amor. Estos, cediendo á las vivas instancias de un su amigo, consintieron en que la niña concluyese la educación comenzada por la madre en el colegio de la señora Du Pont, adonde primeramente llevamos al lector.





CAPTÍULO VI

Una preceptora intrigante

La señora Du Pont era mujer apta de todo en todo para educar niñas; pero es cosa imposible que la dirección de un colegio como el suyo, que contaba considerable número de alumnas, hubiese estado únicamente bajo su sólo é inmediato cuidado. Sabido es que en establecimientos de esta clase, es indispensable la cooperación de otros profesores, los cuales, por desgracia, no siempre son del linaje de la gente culta y honrada, y cuyas buenas prendas harto quisieran los padres verlas trasuntadas en sus hijos.

Entre las preceptoras del colegio de la señora Du Pont, se contaba la señorita La Rue, mujer de agradable presencia, maneras insinuantes y refinada cultura. Fue recomendada á la directora por persona respetable, cuya desatentada compasión traspasó los límites de la discreción; pues sabiendo que la señorita La Rue se había escapado de un convento é ídose á Inglaterra, donde, descuidada de sus deberes morales, vivió licenciosamente, con todo, viéndola reducida á extrema necesidad y creyéndola arrepentida de veras, la llevó al seno de su familia, y poco después alcanzó de la señora Du Pont que la recibiera en su

colegio, como á persona de rara habilidad. Pero, vivaz é intrigante como era la señorita, no pudo permanecer largo tiempo sin buscarse nuevas aventuras. En la iglesia, adonde concurría con frecuencia, cautivó las miradas de un joven, con quien, á poco andar, trabó amistad, y luego viéronse á menudo en casa de un amigo de aquél. Cierto dia fue invitada por el pretendiente á tomar por la noche unas frutas y pasteles en la glorieta del jardín del amigo, y se le rogaba que, si posible le fuese, trajera consigo algunas señoritas. Como Carlota era su alumna favorita, fue designada para acompañarla.

La mente juvenil suele inclinarse á los placeres seductores que en perspectiva se presentan. Pura é inocente por naturaleza, nada sabe de los peligros que se esconden en medio de esos mismos falaces placeres; y cuando á conocerlos llega, es ya tarde para evitarlos. La Rue, al invitar á Carlota, le notició que el caballero á cuya casa irían, era su pariente; ponderó la magnificencia de los jardines, la agudeza de la conversación y la jovialidad con que aquél acogía á sus convidados. Carlota sólo pensó en el contento que iba á experimentar en la reunión, sin traer á la cuenta la imprudencia de salir sin el conocimiento y permiso de la directora, ni menos el peligro á que se exponía al entrar en casa de un joven vano y lechuguino, de ésos que tanto abundan hoy en dia: peste que turba donde quiera la tranquilidad del hogar de la familia.

La directora había salido por la tarde, y las demás señoras del colegio se hallaban en sus habitaciones, cuando Carlota y la preceptora, ganando la puerta excusada, salieron al campo, donde Montraville acercándoseles, trabó con ellas conversación, como ya mencionamos en el capítulo primero.

Muy disgustada se vió Carlota en la visita, pues no experimentó, ni con mucho, los placeres que halagaron su *loca fantasía. El desenfado de los caballeritos* y su licenciosa conversación, le desagradaron sobremanera; pero su asombro subió de punto al presenciar las libertades que se permitían con La Rue. Desazonada y pensativa no deseaba otra cosa sino hallarse en su habitación del colegio.

Quizá pudo ser causa de aquel vivo deseo—y lo decimos sin pecar de temerarios—el deseo aún más vivo de leer la carta que Montraville deslizó en sus manos.

El lector, por escaso conocimiento que del mundo tenga, habrá juzgado fácilmente que la carta en referencia contenía exagerados y pomposos encomios de la belleza de Carlota, y juramentos de amor y constancia perdurables; ni se sorprenderá tampoco de que un inexperto corazón, accesible á todo generoso y delicado sentimiento, se sintiese agradecido hácia el hombre que tan apasionado se mostraba; y no será juicio temerario el suponer que en la impresionada mente de la niña se le apareciera insinuante y apuesto el oficial Montraville.

En achaques de amor, nunca se halla en mayor peligro un femenil corazón, que cuando se ve acometido por un gallardo oficial. Aún el hombre de vulgar presencia puede, cuando vista el uniforme militar, presentarse algún tanto airoso y elegante; pero, si á la gallardía del cuerpo, á los finos modales y á esa gracia particular en el porte y movimientos, se aunan *una casaca bordada, luciente charretera y ceñidor de escarlata*....... ¡ah! pésia á la pobre niña que le mira!......... El peligro es inminente; y si con placer escucha los discursos del apuesto militar, ¡adios!...... Desde aquel momento no tendrá la

pobre niña ojos ni oídos para otro objeto que no sea el hijo del fiero Marte....

———

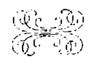
Ahora bien, grave y sesuda matrona—si matrona alguna se dignase recorrer estas páginas, antes de confiarlas á los traviesos ojos de una hija predilecta—os ruego no pongáis airado el rostro, ni arrojéis indignada el libro, juzgando, temeraria, que lo dicho es sobrado para poner los cascos á la jineta, á á la mitad de las muchachas de Inglaterra, por lo menos. No, mil veces no; os protesto, señora, que no es otro mi intento, en lo que llevo escrito, que ridiculizar á esas niñas románticas, sin asiento ni reflexión, que piensan locamente que sólo una casaca bordada y una charretera, constituyen al cumplido caballero.

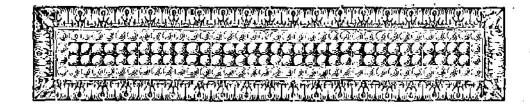
Pero continuemos nuestras observaciones. Si el militarcillo posee la vulgar habilidad de zurcir, ó á lo menos copiar, algunas docenas de versos eróticos, á ellas enderezados, héteme aquí á las pobrezuelas que se creerán abrasadas de amor, hasta fantasear que es acción renombrada y meritoria el escaparse por una ventana, abandonar á sus padres, menospreciando los deberes más sagrados, y confiar enteramente en el honor de un hombre que, apenas si conoce la significación de esta palabra, y que, dado que la supiese, hará de ella el uso que se ocostumbra entre los hombres refinados de los malos tiempos que corremos.

¡Oh Dios misericordioso! Cuando pienso en la profunda pena y amargura insólita que desgarrarán el corazón de un amoroso padre, al ver á una hija, ídolo de su ancianidad, engañada, seducida y luégo abandonada por el malvado que jurándole eterno amor la arrancó del techo paternal: cuando la con-

tomplo pobre y desgraciada, pesarosa y descaecida, presa de crueles remordimientos y amando todavía á su vil y traidor verdugo: cuando en la imaginación *me represento al bueno y anciano padre*, encorvándose para levantar del suelo á la llorosa arrepentida, y que cada lágrima de los ojos de ésta se cuenta por *gotas de sangre del padecido corazón del padre sin ventura*: cuando..... pero no; proseguir no me es dable: mi seno se inflama en justa indignación, y quisiera tener bastante poder para extirpar de la tierra á aquella raza de monstruos!

Niñas, ¡oh amadas niñas! Yo escribo tan solo para vosotras; me preocupa tánto vuestra suerte, me lamento tan de veras de la perversión del mundo!.... Sí, creedme: nunca escuchéis palabras amorosas, ni déis cabida en vuestro pecho á afecto alguno, sin contar de antemano con la paternal aprobación. Creedme, pasaron ya los tiempos del romanticismo, los escándalos y aventuras misteriosas que nos cuentan las leyendas, buenas sólo para ideadas, que no para ser realizables. Vosotras, cristianas como sois, arrodillaos todas las mañanas y rezad. Sí, pedid al Dios de las misericordias y á la Virgen Madre, que no os dejen caer en tentación, y que, si os conviene la prueba, os den fortaleza para resistir á las aviesas inclinaciones que pugnan con los preceptos que la Religión y la virtud os prescriben.





CAPÍTULO VII

Sentimiento innato del deber inherente al pecho femenino

—No puedo persuadirme que hayamos obrado bien al haber salido esta noche, dijo Carlota á la preceptora, en tanto que entraban al cuarto de la primera. No, no ha sido razonable nuestro proceder. ¡Yo ilusa, que juzgué divertirme, he hallado tan solo triste desencanto y cruel desazón!

—Ello podrá ser por culpa vuestra, replicó La Rue; pues mi primo nada omitió que concurriese á aumentar el contento de la fiesta.

—Puede que así haya sido; mas tengo para mí, que los caballeros se excedieron en sus palabras y acciones; y admiro, ciertamente, cómo pudísteis tolerar sus desmanes.

—Querida mía, dejad á un lado esa gazmoñería que tan mal os sienta, repuso la mañera mujer, afectando disgusto. Os invité esperando que os divirtiríais; y si ha lastimado vuestra delicadeza el proceder de esos caballeros, á bien que no estáis obligada á volver á sus reuniones; así, todo está concluído.

—No permita el Cielo que jamás piense regresar, dijo Carlota con gravedad, en tanto se disponía á

acostarse. Segura estoy de que, si la señora Du Pont supiese que hemos estado fuera del colegio, y de noche, lo llevaría muy á mal, y no será imposible que, tarde ó temprano, lo sepa.

—Así lo creo, señorita, pues vuestro sentir os llevará hasta el punto de decírselo vos misma; y para excusar vuestra falta y libraros del condigno castigo, bien haréis en echar sobre mí toda la culpa. Confieso que harto lo merezco; y sólo me permitiréis os observe que á maravilla os armoniza semejante recompensa con el afecto que me llevó á preferiros sobre las demás señoritas del colegio. Os complaceréis, sin duda, continuó dejando caer algunas lágrimas hipócritas, de verme sin pan y sin abrigo, y todo por un hecho que, si bien se mira, y aún juzgándolo con todo rigor, no pasará de excusable inadvertencia. Os complaceréis, repito, de verme expulsada de este sosegado asilo, y otra vez empujada hácia la tumultuosa corriente del mundo, en el cual ya probé, infeliz, los males y desdichas que á la pobreza acompañan.

Esto era dar en la parte vulnerable, ó como solemos decir, en el clavo. Levantóse Carlota de su silla, y estrechando la mano de La Rue:—Bien sabéis que de veras os estimo, le dice, para hacer cosa alguna que pudiera redundar en vuestro daño. Pero no puedo disimularme: harto pesarosa me hallo de haber salido esta noche.

—Permitidme que no os lo crea del todo, mi querida Carlota, replicó su interlocutora con vivacidad; pues, al no haber salido, no hubiérais visto á aquel caballero que encontramos, y cuya conversación os fue tan agradable.

—Le he visto una vez antes de ahora, contestó Carlota, y desde entonces formé un buen concepto de él. Natural es que nos sintamos complacidas al vol-

ver á mirar á una persona con quien hemos pasado algunas horas de inocente alegría. Pero (continuó después de una ligera pausa, y sacando la carta del bolsillo, en tanto que un suave sonrojo coloreó sus mejillas) yo no sé qué hacer de esta carta que al despedirse puso en mi mano.

—Leerla, sin duda, contestó La Rue.

—La conciencia me dice que no debo hacer lo que me aconcejáis. Además, mi buena madre me ha dicho repetidas veces, que nunca lea carta alguna sin enseñársela primeramente.

—El Señor os bendiga candorosísima niña, exclamó sonriendo su interlocutora. ¿Pensáis vivir siempre á tal servidumbre sujeta? Disparate; os amonesto que abráis la carta y la leáis; después, con vuestro recto juicio, podréis juzgar por vos misma. Si la mostráseis á vuestra madre, os diré lo que sucederá: al punto os sacarán del colegio, os vigilarán sin descanso, y no os quedará la menor esperanza de ver otra vez al simpático oficial.

—Yo no quisiera salir del colegio todavía, pues deseo perfeccionar mi aprendizaje de lengua italiana y de música. Pero vos podríais encargaros de devolver esta carta á Montraville, y decirle, que no sufre mi decoro el sostener secreta correspondencia.

Carlota dejó la carta sobre la mesa y principió á desnudarse.

—Muy bien, dijo La Rue, y declaro que sois una niña incomprensible...... Mas, decidme con toda verdad: ¿no tenéis la menor curiosidad de saber lo que esta carta contiene? En cuanto á mí, os confieso, que no consiento en que una carta á mí dirigida permanezca sin ser leída largo tiempo; pues no está en mí el hacer milagros. Elegante letra la del sobrescrito, continuó cogiendo la carta y examinándola.

—Veámosla, dijo Carlota apresurándose á tomarla: ciertamente que está buena la letra.

—Montraville es en verdad joven de marcial apostura, repuso La Rue desplegando negligentemente su abanico; pero creo que las viruelas le han maltratado algún tanto el rostro.

—Os equivocáis soberanamente, replicó Carlota con impaciencia: limpio es su cútis y varonil su complexión.

—Sus ojos, á juzgar por lo que ví, son pardos y sin expresión.

—No tal: son los más expresivos que en mi vida he visto.

—Bien, hija mía, que sean pardos ó negros, eso no viene á cuento. Y como habéis resuelto no leer su carta, es indudable que tampoco querráis verle ni saber cosa alguna que le concierna.

Carlota volvió á tomar la carta, y la astuta preceptora continuó con afilada lengua:

—Probablemente va á embarcarse para América. Si alguna vez llegasen á vuestros oídos tristes nuevas que con él se relacionaren; por ejemplo, que haya perecido en un combate—lo cual es muy posible—y aunque conozcáis que siempre os amó con frenesí, que su postrer aliento fue una plegaria por vuestra felicidad, nada os irá en ello; pues claro se está que si no os interesa la suerte de un hombre, cuyas cartas no queréis siquiera leer; menos os vendría en deseo el aliviar sus padeceres. ¡Ah! él sin ventura! no tendrá el dulcísimo consuelo de creer que, cuando ausente, hay un sér que le recuerda y que ora por él.

Carlota continuaba teniendo la carta en la mano: su corazón se hinchaba y acelerado latía. Cuando La Rue concluyó su patético discurso, una gruesa lágrima goteó de los ojos de la niña sobre la oblea que cerraba la carta.

—No está áun seca la oblea, dijo, y quizá se pueda abrir sin romperla.

Carlota dudaba; la solapada preceptora guardó silencio, haciendo de la distraida.

—Bien pudiera leerla y después devolverla, ¿qué os parece, señorita.

—Seguramente podéis hacerlo.

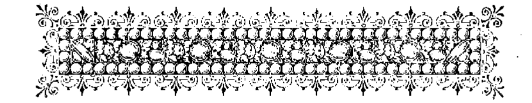
—En cualquier evento, estoy resuelta á no contestarla, continuó Carlota, en tanto abría la funesta carta.

Aquí me permitiréis parar unos instantes para hacer una como observación, y en tanto que la escriba, dejad tomar aliento á este mi harto dolorido corazón. ¡Es tan triste referir los infortunios y calamidades que pueblan el mundo, y que donde quiera hacen sus víctimas, que el ánimo se pone á punto de desfallecer, si no toma algún reposo para continuar! El recuerdo de las desventuras que vamos narrando, y la triste evidencia de que ellas se reproducen en el mundo en todo tiempo, acongojan y lastiman y postran á todo honrado corazón. Es tan cierto, como que yo existo, que cuando una mujer ha sufocado en su propio seno la vergüenza; cuando ha perdido de vista y menospreciado el fundamento sobre el cual estriban la reputación, la honra y cuanto es de estima al corazón, luego al punto se habitúa á la culpa, y no economizará trabajo, ni aún sacrificio alguno, á trueco de mancillar y deslustrar la inocencia y hermosura ajenas, y hermanarlas, si así vale decirlo, con su repugnante fealdad. Resultado tan tremendo proviene de aquel diabólico espíritu de envidia que se consume en presencia de otro sér que se halla en plena posesión de esas virtudes únicas, que se atraen el respeto y estima, y

que nunca más espera alcanzar aquel otro sér envilecido.

Con maligno placer contemplaba la señorita á la sencilla Carlota, en tanto leía aquella carta. Observó que el contenido de ella despertaba extrañas emociones en el tierno pecho de la niña; y cuando hubo concluido la lectura, alentó sus esperanzas ahuyentando sus temores, tanto que, antes de despedirse, fue cosa resuelta que á la noche siguiente se vería Carlota con Montraville.





CAPÍTULO VIII

Placeres domésticos en expectativa

—Creo, mi querido, decía, la Señora de Temple á su esposo, como se paseasen una mañana por el jardin, creo que el miércoles próximo es el cumpleaños de Carlota. He concebido un proyecto para ver de darle en aquel dia una agradable sorpresa, y, si no hay reparo de parte vuestra, la haremos venir á casa para entónces. Temple estrechó la mano de su esposa, en señal de aprobación. Así que prosiguió ella: ¿os acordáis de la pequeña enramada que se halla á un extremo del jardín, donde Carlota tanto gusta de pasar sus buenos ratos? Pues adornaré aquel paraje convenientemente, é invitaremos á algunas amigas de de la niña á tomar allí frutas y más golosinas del gusto de las jóvenes convidadas; Carlota será el anfitrión de la fiesta y atenderá y servirá á las convidadas. Juzgo que ello le será muy agradable, y, para completar la fiesta, haremos que tengan música y baile.

—Brillante designio, ciertamente, replicó sonriendo Míster Temple. ¿Y no habéis supuesto, por ventura, que yo querré por mi parte contribuir al agasajo que á vuestra hija mimada váis á hacer? Esto no

obstante, me temo que vayáis á un exceso en vuestras cariñosas manifestaciones.

—¡Pero si es nuestra única hija! replicó Lucía, animando *su plácido semblante con toda la ternura de* una madre; mas tan inefable sentimiento fue temperado por la blanda afección y esa como voluntaria sumisión que acompañan siempre á una buena esposa.

Como Lucía guardase algunos instantes de silencio, esperando una respuesta, el esposo miróla con íntima y amorosa ternura, y halló que era imposible no acceder del todo á su deseo.

—Es una niña buena y candorosa, dijo Temple.

—Lo es en verdad, contestó la amorosa madre trasportada de alegría, y no habrá otra que le iguale en afecto, obediencia y gratitud para con sus padres, de suerte que nunca perderá de vista lo que á éstos debe.

—Siendo ello así, la niña debería olvidar el ejemplo que le ha dado la mejor de las madres, dijo Míster Temple sonriendo.

Lucía no pudo contestar, pues la deliciosa sensación que espandía su seno se ostentaba en su inteligente mirada y en el carmín que encendía sus mejillas.

De cuantos placeres es capaz el humano corazón, ninguno hay que se compare, por lo inefable, por lo deleitoso, por lo intenso, con el que calienta y dilata el seno cuando escuchamos que una voz amada nos elogia, teniendo conciencia de que bien merecemos esos elogios.

¡Oh! vosotros, danzantes bulliciosos, galopines atolondrados y sin seso, que en fantásticas y vertiginosas vueltas buscáis ansiosamente el placer, bajo elevadas cúpulas, en el trato de gentes opulentas y en las embriagueces de media noche! Y vosotras tam-

bién, locas mujeres, idólatras de mentidos placeres, decidme: ¿hallásteis alguna vez ese como vago fantasma que buscáis con incansable perseverancia? No se os ha escapado siempre de las manos? Y cuando las habéis alargado para asir de la copa que ofrece á sus ilusos adoradores, ¿no encontrásteis en ella heces de amarguísimo disgusto? Sí, harto lo sé que así lo sentís: lo veo en vuestro pálido semblante, en vuestros hundidos ojos, y en ese aire de desazón que siempre y donde quiera se encuentra y acompañan á los hijos del placer! Convenceos, que éste no es más que una mentida ilusión, miraje de soñador, que os empuja á locuras mil, á errores y vicios sin cuento, y que sólo os deja, á la postre, desengañados y tristes, para que deploréis vuestra inconciente credulidad.

Mirad, lectoras mías, á esa amable virgen, ataviada con blanco y sencillo traje; mirad la modestia de su continente, lo sosegado de su porte; sus inseparables compañeras son la humildad, la piedad filial, el afecto conyugal, en fin, la industria y la benevolencia: *Contento* es su nombre, y lleva en la mano la copa de la verdadera felicidad. Una vez que entréis en íntima comunicación con aquellas sus fieles servidoras, aceptadlas como verdaderas amigas y consejeras; así, sea cual se fuere vuestra situación en la vida, la modesta y púdica virgen hará mansión con vosotras.

Convenceos, fuera del mundo real, prosáico y calculador, hay unos como rincones misteriosos en nuestra vida, y solamente ciertos séres afortunados los encuentran; allí se refugian y viven como olvidados de la vida del espíritu, pensando en Dios y bendiciendo á Dios. Tan inefable fruición, sosiego tan plácido, son cómo sospechas y vagos preludios de la eterna bienaventuranza que les aguarda.

¿Es la pobreza vuestra porción sobre la tierra?— El contento aligerará vuestras labores, presidirá en vuestra frugal mesa y velará vuestro sueño sosegado.

¿Vivís en soportable medianía?—El contento os procurará una tal sensación de bienestar, que no es para descrita: el goce de toda suerte de bendiciones; y os dará á conocer cuán agradecidos debéis mostraros á la munífica Providencia, que pudo haberos colocado en miserable situación, y enseñándoos á comparar vuestras prosperidades con vuestros merecimientos, os mostrará que, cuanto más recibáis, menos derecho tenéis de esperarlo.

¿Os halláis en posesión de grandes riquezas?—¡Ah! manantial inagotable de felicidades os ofrecerá el contento. Aliviar al enfermo, socorrer al menesteroso, vestir al desnudo, en suma, practicar todas las buenas obras de paz y de misericordia.

El contento, amigas mías, embotará los agudos dardos de la adversidad, hasta el punto de que nunca alcanzarán á lastimaros. Habitará en la humilde cabaña, bien así como en la prisión tétrica; su madre es la Religión y sus hermanas son la paciencia y la esperanza. Con vosotras viajará por el oscuro valle de la vida, allanando los ásperos senderos y separando las espinas que todos necesariamente encontramos en nuestra peregrinación hácia la meta donde acaba la jornada. Suavizará los padecimientos de la enfermedad, os acompañará aún en la triste y tremenda hora de la muerte, y, alengrándoos con la sonrisa de su angelical hermana, la esperanza, os conducirá en triunfo á una dichosa eternidad.

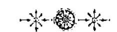
Confieso que he divagado separándome de la continuación de mi historia; pero, ¿qué hacer? He sido

tan afortunado en hallar la senda que lleva á la escasa felicidad que aquí alcanzamos, que sería harto mezquino si hubiera omitido tan buena oportunidad para indicar á mis semejantes el camino. En el santo deseo de ver á los demás tan felices como nosotros, estriba el fundamento de la verdadera paz del espíritu. A fe mía, que sobrado compadezco al hombre egoista, que recordando las riñas causadas por la cólera, la envidia y otras flaquezas á que la frágil humanidad está sujeta, quiere, insensato y orgulloso, vengar el insulto que juzga haber recibido. En cuanto á mí, declaro solemnemente, que no hay un solo sér en el universo con cuya prosperidad no me regocije, y á cuya felicidad no me sienta inclinado á contribuir de cuantos modos me fuese dable. ¡Plegue al Cielo que mis faltas no me den en rostro en el dia de la general retribución! que yo, de toda mi alma, perdono los males y ofensas que de mis prójimos haya recibido .... ¡Ah! que el Cielo os conceda, lectoras mías, el sentir las dulcísimas emociones que ahora dilatan mi enternecido corazón! .....

¡Oh! Dios misericordioso! quién cambiaría el rapto de tal imaginación por el brillante y engañoso oropel que el mundo llama placer!

Pero volvamos á nuestra historia.

El contento mora en el seno de la señora de Temple, y derrama una encantadora animación sobre su continente, en tanto que su esposo la conduce á la casa para que participase á Míster Eldrige, su designio de festejar á Carlota en el dia de su cumpleaños.





CAPÍTULO IX

No sabemos lo que traerá el día de mañana

Varias y encontradas fueron las sensaciones que agitaron la mente de Carlota, durante el día que precedió á la noche en la cual tenía que verse con Montraville. En ocasiones casi se resolvía á acercarse á su *Directora*, enseñarle la carta y seguir los consejos que le diera. Pero Carlota había dado ya el primer paso en la senda de la imprudencia; y cuando se le ha *dado una vez, siempre hay obstáculos que estorban la* vuelta de la persona desviada al sendero del deber; pues los tales obstáculos así se representan como insuperables en la *preocupada* imaginación.

Además Carlota temió la cólera de la Directora y el consiguiente castigo de la falta; y como amaba entrañablemente á su madre, la idea de causarle un disgusto la llevaba muy desazonada. Había aún otra razón muy más poderosa: al enseñar la carta á la señora Du-Pon, se hallaba en la necesidad de confesar cómo la había recibido, ¿y cuál sería el preciso resultado de esta averiguación? La señorita profesora tendría que ser expulsada del Colegio.

—No debo ser ingrata con ella, se decía; La Rue es muy bondadosa conmigo; además, puedo, cuando vea

á Montraville, decirle que no sufre mi decoro el continuar como hasta aquí, y suplicarle que no regresase más á Chichester.

Por prudentes y atinadas que fueran tales resoluciones, no supo hallar Carlota el medio conveniente para ponerlas en planta con eficacia. Varias veces, en el discurso del dia, se entretuvo en leer la carta, y cada vez que la leía ensanchaba su corazón secreta alegría. Al acercarse la noche miraba frecuentemente su reloj con visible agitación.—Bien quisiera que esta entrevista hubiese pasado ya, decía buscando excusa á su propio corazón; con todo, cuando le haya visto y convencídole de que mi resolución es inquebrantable, me sentiré tranquila.

Llegó por fin la hora de la cita. Carlota y La Rue, burlando la vigilancia, salieron del colegio, y Montraville, que impaciente las aguardaba, recibiólas contento, y harto agradecido se mostró. Este, como hombre práctico y avisado, llevó consigo á Belcour á [illegible] de que entretuviese á la señorita para poder conversar á satisfacción con Carlota.

Belcour era hombre cuyo carácter se comprenderá con pocas palabras, y como tal personaje figura en las siguientes páginas, bien estará que le demos á conocer desde luégo. Poseía considerable caudal, y cuando joven había recibido esmerada educación. Disipado, caprichoso y atolondrado, bien poco se curaba de sus deberes sociales, y quizá menos de los religiosos; ansioso en la prosecución de sus deseos, no se preocupaba de los daños que á otros causaba, con tal de satisfacer sus inclinaciones, por dañadas que fuesen. Egoísta y que á sí solo se amaba, era él mismo el ídolo á quien adoraba, y al cual sacrificaría el interés y la felicidad de todo el género humano, Tal era el amigo de Montraville. ¿No podrá juzgar

el lector que quien tuviese por amigo á tal hombre, luego al punto participaría de iguales sentimientos, seguiría las mismas aviesas inclinaciones, y llegaría á ser igualmente despreciable como lo fuese aquél?

Pero Montraville era de carácter harto diferente. Animo altivo y corazón generoso, ingénuo y liberal en sus opiniones y bien intencionado, quizá hasta un exceso; impetuoso y vehemente en la persecución de un designio, no se paraba á reflexionar sobre las consecuencias que podrían seguirse á la realización de sus desatentados deseos; carácter singular, misteriosa amalgama de altivez y dulzura, de inteligencia arrebatada y de silenciosa ternura. Animo voluble y *siempre dispuesto á ser convencido fácilmente*, no fue afortunado en poseer un buen amigo que le manifestara su crueldad de empeñarse en ganar el cora*zón de una inocente* niña; *que le alejase* de aquel paraje, viendo que era de todo en todo imposible que se casara con ella y le convenciera que la única recompensa de tal pasión, sería la infamia y la miseria para la niña, disgustos y perdurables remordimientos para él. Si consecuencias tan espantosas hubiérante sido manifiestas en toda su deformidad, lo humano de su buennatural, urgido hubiérale para dar de mano á sus intentos. Pero Belcour no era este amigo; bien al contrario, daba mayores incentivos á la pasión de Montraville, y como se hallaba prendado de la vivacidad y gracia de la señorita, resolvió no economizar medio alguno para persuadirla á que le acompañase en el viaje. Lo alcanzó, en efecto; y seguro estába de que su ejemplo resolvería á Carlota á marcharse con Montraville.

Cuando Carlota se dirigía al lugar de la cita, se complacía en considerar que era invariable su resolución; y conociendo lo errado de su procedi-

miento, al tener secreta entrevista con un extranjero, resolvió nunca más cometer semejante indiscreción.

¡Pobre ilusa Carlota! no conocía, la incauta, la fragilidad de su propio corazón para evitar la difícil prueba á que sometía su fortaleza.

Tierno pero ardoroso, elocuente pero respetuoso mostróse Montraville.—¿No os veré siquiera una vez más antes de dejar Inglaterra? le dijo con voz conmovida.—Cuando bien pronto nos separe el inmenso océano, ¿me será dable siquiera el saber que rogáis por mí y que viviré en vuestra memoria?

Carlota suspiró.

—¿Por qué suspiráis, Carlota amada? ¡Ah! cuán feliz sería yo si ese suspiro os arrancase el temor de los peligros que voy á arrostrar y si fuese como un ferviente voto por mi conservación!

—Siempre os he deseado toda suerte de felicidades, Montraville, dijo Carlota; pero debo deciros de una vez: nunca más debemos encontrarnos. ¡Ah! cuán desgraciada soy!

—¡Oh! no digáis tal cosa, amable niña; pensad que al dejar el patrio suelo, y no pasado mucho tiempo, acabará quizá mi existencia. Los riesgos de la mar, los peligros de la guerra.......

—No quiero, no puedo oir más, repuso Carlota con temblorosa voz, debo dejaros al instante.

—Decidme á lo menos que os veré una vez más.

—No me atrevo á prometéroslo.

—Media hora siquiera, unos pocos minutos para daros mi último adios, mañana por la noche; es mi postrera súplica y después, ya no os molestaré, Carlota amada.

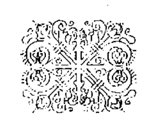
—No sé qué responder, replicó Carlota, forcejando por desasir su mano de la de Montraville; dejadme, dejadme partir al punto.

—Pero, vendréis mañana?

—Acaso lo pueda.

—Adios mi dulce amor, quedo tranquilo con tan halagüeña esperanza.

Montraville la besó la mano; ella suspiró un apasionado adios, y asiéndose fuertemente del brazo de La Rue, que en este instante llegaba, ganó apresurada la puerta del jardín.





CAPÍTULO X

Cuando despertamos la curiosidad en alguien, es sólo un acto de buen natural el satisfacerla

Montraville era el hijo menor de un acaudalado caballero, quien, no obstante de llevar sobre sí las cargas de una familia numerosa, trató de dar á sus hijos la mejor educación posible, confiando en que, con el tiempo, alcanzarían renombre y altos puestos.

—Mis hijas, decía nuestro anciano caballero, han sido educadas cual corresponde á las gentes de alta clase; y aunque yo hubiese muerto antes de verlas establecidas, contaban con buenas reservas para hallarse á cubierto de las tentaciones y ardidosos lazos con que el vicio seduce á las mujeres de punto y cuenta, cuando se hallan estrechadas por el duro ceño de la pobreza ó de tiránica dependencia. En cuanto á mis hijos, que cuentan con ingresos moderados, ya en el claustro, ya en el foro ó en el campo, podrán ejercitar sus talentos, alcanzar buenos amigos, y distinguirse por el verdadero mérito.

Cuando Montraville abrazó la carrera de las armas, su padre le procuró un grado, proveyendo al propio tiempo su bolsa con liberalidad.—Ahora, hijo mío, dí-

jole, vedos con Dios, y conquistad gloria en los campos de batalla. Os he dado cuanto legítimamente os corresponde, y para en adelante, de vuestros esfuerzos dependerá vuestra dicha; yo cuidaré, con todo, de que pronto os asciendan; pero tened en cuenta que ello se deberá, señaladamente á vuestra ulterior conducta, así, vuestra buena ó mala suerte está en vuestras manos. Juzgo de mi deber precautelaros de un riesgo que á menudo se encuentra en el comercio de la vida: me refiero á la precipitación con que los jóvenes inconsiderados contraen compromisos de matrimonio, y, llevados de su atolondramiento, impelen á muchas mujeres honestas y virtuosas á cometer actos de escándalo que labran su desgracia. Un soldado no debe pensar en tomar mujer, en tanto que su alta graduación no le ponga á cubierto de traer al mundo séres inocentes y desamparados sin porvenir ninguno. Esto no obstante, si halláis una mujer cuya fortuna bastase á preservaros de tales inconvenientes, no sería del todo mal que la tomáseis; aunque la esperanza más eficaz de futura felicidad debe estribar un soldado en el mejor comportamiento en el campo de batalla. Hijo mío, reclamo toda vuestra atención á lo que voy á deciros: si acontece que con precipitación resolvéis casaros con una muchacha de poca ó de ninguna fortuna, arrancando á la infeliz de la soportable medianía de la casa paterna, y la presipitáis en la espantable corriente que arrastra á los pobres y menesterosos, os dejaré gozar de los gratísimos resultados de tan culpable atolondramiento, sin que nunca podáis esperar mi protección. Os hablo con sinceridad; y así, grabad en la memoria estas paternales amonestaciones, para que ellas dirijan vuestra conducta. Soy vuestro padre, y como tal, harto me interesa vuestra felicidad, por lo que quiero pre-

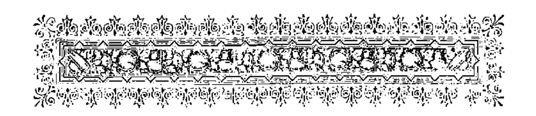
caveros del peligro que amenaza la paz y el contento de vuestro ánimo. Creedme, muy más fácil es soportar los peligros y privaciones de una larga campaña en crudo invierno, que no las amarguras que devorarían vuestro corazón, al contemplar á la amada esposa y á los tiernos hijos, presa del hambre y la miseria; y crecería vuestra congoja, al considerar que una loca precipitación fue la causa principal de los sufrimientos de aquellos séres desdichados.

Estas amonestaciones, que atento escuchó Montraville antes de despedirse de su padre, quedaron fuertemente grabadas en su memoria. Así, cuando Belcour se encaminaba con nuestro héroe al lugar de la cita, éste encomendó al amigo que inquiriese de la señorita francesa cuáles eran las condiciones y los haberes en perspectiva de Carlota Temple.

La Rue informóle que, aunque el padre de Carlota poseía mediana fortuna, no correspondería á su hija más de un millar de libras, y que, en el caso de casarse sin su vénia, posible era que no le diese ni un cuarto; que, por otra parte, no consentiría en que su hija se casase con un joven militar próximo á embarcarse para países lejanos.

Montraville concluyó con que le era imposible de todo en todo casarse con Carlota Temple. Y qué fin se propusiese al seguir fomentando la amistad comenzada con la niña, fue lo que por el pronto no quiso indagar.





CAPÍTULO XI

Lucha entre el amor y el deber

Una semana ha trascurrido, y Carlota no ha dejado de verse con Montraville todas las noches; pues, aunque resolvía cada vez que concurría á la cita que sería la última, ¡ah! cuando al separarse le rogaba con instancia Montraville le concediese una entrevista más, su pérfido corazón la traicionaba; y, olvidadizo de su resolución, abogaba por la causa de enemigo tan poderoso, hasta el punto de verse incapaz de resistir. Así, las entrevistas se sucedían una á otra diariamente; y tan bien las aprovechaba el avisado oficial, que la inexperta niña, incapaz de fingimiento, llegó al fin á confesar, que nada le sería tan doloroso como el hallarse obligada á no verle jamás.

—¿No es verdad, Carlota mía, que nunca nos separaremos?

—¿Y cómo lo podemos evitar? repuso la niña sonriendo tristemente. Mis padres no consentirán en nuestra unión; y todavía, en el caso que ellos la aprobasen, ¿cómo resolverme á vivir separada de mi buena y amorosa madre?

—¿Amas, pues, más á vuestro padre que á vuestro fino amante?

—Sí, replicó ruborizándose y mirando al suelo, para ocultar la conmoción de su alma. Confío en que el afecto que les profeso, me guardará de infringir las leyes del deber filial.

—Muy bien, Carlota, replicó gravemente Montraville, desasiendo su mano de la de ella; puesto que así juzgáis, veo que me he engañado tristemente alimentando falaces esperanzas. Mi amante corazón imaginó que sería amado de Carlota más que de ningún otro sér en el mundo. Pensé, necio y confiado, que por mi amor hubiérais arrostrado los peligros del océano; que con vuestro afecto y dulces sonrisas suavizaríais las penalidades de la guerra y, en fin, que si es mi suerte caer en el campo de batalla, alegraría vuestra ternura los últimos instantes de mi triste vida. Mas, puesto que lo queréis, adios para siempre, adorada Carlota! veo que nunca me habéis amado.

—¡Oh! no os vayáis, ingrato Montraville, exclamó la niña tomándole del brazo, como éste fingiese dejarla; quedáos, que harto soy de compadecer! No me mueve otro ánimo que el de ahorrar acerbas penas á mis amados padres. ¿Cómo corresponder con tan monstruosa ingratitud al interés, y afecto y tierna solicitud que les debo? Gustosa os seguiría á donde quiera, sin que peligro ninguno me arredrase, y procuraría vuestra felicidad de todos modos, fundando en ella la mía propia. Pero, ¡ah! ¿seré tan cruel que me resuelva á desgarrar el corazón de mi buena madre, causar honda tristeza á mi anciano abuelo y hacer que mi padre maldiga la hora en que me dió el sér? ¿Renunciaré de grado la dulce intimidad de la familia, los inefables contentos del hogar doméstico, las caricias y ternuras de mis padres?

Carlota ocultó el rostro entre sus manos y prorumpió en acerbísimo llanto.

—Estas tristes imaginaciones, amada Carlota, no son más que fantásticas quimeras. Natural es que tus padres sientan tu separación; pero cuando sepan que os halláis unida á un hombre de honor, y que dísteis este paso, temerario sin duda, recelosa de que no asintiesen en ello, perdonarán vuestra falta, causada por el amor únicamente; y, á nuestro regreso de América, te recibirán con los brazos abiertos y con lágrimas de contento.

Belcour y La Rue alcanzaron á oír este discurso; y conociendo que era oportuno tiempo para acabar de resolver á Carlota, se le acercaron, y tan á maravilla secundaron las instancias de Montraville, que al fin la niña se resolvió á marcharse en su compañía; entró en parte, sin duda, para resolverla el saber que La Rue acompañaría á Belcour. *En maldecida hora* consintió la desventurada Carlota en acompañarlos; así que luego convino en que á la siguiente noche llevarían un carruaje á los afueras de la ciudad; y que ella, la indefensa, la sin ventura, quedaría en adelante bajo la protección de Montraville.

—Por quien Dios es te ruego, y por quien eres te suplico me asegures no olvidar tus voluntarias promesas, y que no me dejarás abandonada en playas extranjeras, le dijo mirándole con infinita ternura, los ojos arrasados de lágrimas, y con voz que más que voz era un gemido. ¿Me juras que será eterno tu amor, que serás muro del cual yo seré yedra, arrimo y sostén de mi flaqueza, consuelo y esperanza de mi vida?

—¡Oh! no juzgues tan mal de mí, le replicó; en el momento en que lleguemos al lugar de mi destino, el dulce himeneo santificará nuestro amor. ¡Que el Cielo me confunda si un día llegase á olvidar mi solemne juramento y tus favores!

———

—¡Ah! cuán desdichada soy! exclamó Carlota como se encaminase al jardín apoyada en el brazo de la señorita; cuán desdichada soy, ciertamente! Al consentir en esta temeraria fuga he olvidado cuanto debía tener presente: mi perdición es absoluta y sin remedio.

—Sois una novicia de compadecer, replicó La Rue, sin preocuparse de la angustia de la niña, y no sabéis de la misa la media: hace poco confesásteis á Montraville, que su felicidad os era la cosa más querida en el mundo, y ahora os veo como arrepentida de haber asegurado esa misma ansiada felicidad consintiendo en acompañarle en su próximo viaje.

—Cierto que lo estoy de toda mi alma; pero, en tanto que la discreción y la conciencia me avisan lo errado de mi proceder, una secreta inclinación me impele á mi propia ruina.

—¿Ruina decís? bagatela! ¿No pensáis que voy yo también con vosotros? Y de otro lado, ¿no juzgáis que tendré también algo que me preocupe y aflija en este viaje?

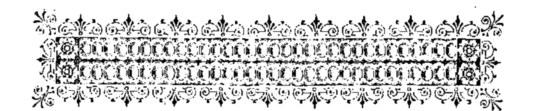
—¡Pero no renunciáis á una tierna madre ni á un amoroso padre!

—Sabéis que pongo en peligro mi buena reputación......

—Es verdad, repuso la lastimada Carlota; más, con todo, no sentís ni con mucho lo que yo siento.

Se dieron las buenas noches; pero el sueño consolador no cerró los ojos de Carlota; pasó largas horas de duda y de tentación, de insomnio y de fiebre, y angustiosas lágrimas empaparon su almohada.





CAPÍTULO XII

Dón postrero y mejor fue de natura;
　　Excelsa criatura,
En quien sobresalía cuanto puede
Pensarse ó verse; celestial, divina,
Purísima y de gracia peregrina,
　　¡Cómo infeliz, caíste! . . . . . (1)

Cuando Carlota dejó el lecho, su mirada lánguida y pálido semblante, revelaron á la señora Du Pont que no había dormido la última noche.

—Hija mía, le dijo la directora, ¿por qué te hallas así tan descaecida? No te encuentras bien?

—Me siento bien, señora, replicó Carlota con forzada sonrisa; mas, no sé lo que ello sea, pero, lo cierto es que anoche no pude conciliar el sueño, y hoy me hallo débil y flaca de fuerzas.

—Buen ánimo, niña mía, te traigo el mejor cordial, que no dudo te alentará poniéndote contenta. Aca-

(1) Nature's last, best gift:
Creature in whom excell'd whatever could
To sight or thought be nam'd
Holy, divine! good, amiable and sweet,
How art thou fall'n! . . . . . .

bo de recibir una carta de tu buena madre á mí dirigida, y hé aquí otra para tí.

Carlota, toda inquieta, apresuróse á tomar la carta, la cual contenía lo siguiente:

«Hija mía muy amada:

Siendo mañana el aniversario del venturoso día en que mi hija amada vió la luz primera, llenando así los ardientes deseos de un maternal corazón, he rogado á tu directora se dignase permitirte venir á casa á pasarlo con nosotros. Y como eres hija buena y afectuosa, y progresas en todos los ramos de tu educación, dando así positivo contento á tus padres, te hemos preparado, como premio á tus trabajos, una agradable sorpresa. Tu afectuoso abuelo, que se halla impaciente por estrechar entre sus brazos al dije de su anciano corazón, irá en el carruaje para traerte. Debes, pues, hallarte pronta á las nueve de la mañana. Tu buen padre se auna á los votos que por tu salud y futura felicidad dirige al Cielo la más afectuosa de las madres,

Lucía de Temple.»

—¡Dios misericordioso! exclamó Carlota sin acordarse del lugar donde se hallaba, alzando al Cielo sus húmedos ojos en actitud suplicante.

La señora Du Pont quedó sorprendida.

—¿Por qué lloras, hija mía? por qué esa visible agitación? Juzgué que la lectura de esa carta hubiérate regocijado en vez de afligirte.

—Sí, que me complace el recibirla, replicó Carlota, tratando de serenarse. Rogaba al Cielo para que me acordase merecer la constante deferencia que debo á mis bondadosísimos padres.

—Bien haces en pedir el favor del Cielo para continuar mereciendo su afecto. Sigue, mi querida Carlota,

por la senda comenzada, así asegurarás, ora la felicidad de tus padres, ora también la tuya propia.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Carlota cuando la directora le hubo dejado sola, he aniquilado la dicha de mis padres y también la mía propia!...... Pero, reflexionemos: el último irrevocable paso no está dado todavía; quizá no es tarde para retroceder del borde del precipicio desde el cual contemplo la sima tenebrosa donde únicamente se halla vergüenza, ruina y remordimientos.

Levantóse apresurada y corrió á la habitación de La Rue.

—¡Oh! señorita, díjole, por un milagro del Cielo me veo libre de inevitable perdición! Esta carta me ha salvado; ella ha abierto mis ojos para conocer la imperdonable locura que iba á cometer. Vengo á noticiaros que no iré de ninguna manera con Montraville. No quiero desgarrar el corazón de mis queridísimos padres, cuyo único ejercicio es procurar mi felicidad.

—Muy bien, replicó la señorita, proceded como mejor os plazca; pero, tened entendido, que mi resolución es irrevocable, y que no está en vuestro poder el hacerla cambiar. A la hora convenida iré á buscar á nuestros amigos, y no me extrañarán los desmanes que cometa Montraville al verse burlado; ni me admirará tampoco si, furioso ó indignado, se dirige á este paraje y os reconviene con altivez, echándoos en cara, en presencia de todo el colegio, vuestra inconstancia y engaño. ¿Qué resultará de esto? Bien podéis conjeturarlo. Tendréis que soportar la vergüenza de que se publique vuestra proyectada fuga; y las muchachas despiertas reirán, compadeciendo el que, por fútiles temores, no la hayáis llevado á cabo, mientras que las necias y las mojigatas os despreciarán

cargándoos de denuestos. Perderéis la estima y confianza de vuestros padres, incurriendo en su cólera y en la burla de las gentes. Decidme, ¿qué fruto esperáis sacar de éste que quizás llamáis heroísmo? Placer será para vos el pensar que habéis engañado al hombre que adorábais, al que sobre todos prefería vuestro corazón, y del que, tan fácilmente, queréis para siempre separaros?

Este elocuente discurso fue pronunciado con tanta animación, que no pudo Carlota replicar una sola palabra; y cuando concluyó la oradora halló la niña tan confusas sus ideas, que no supo qué responder.

Al fin determinóse á ir con La Rue al lugar del encuentro para informar á Montraville de su propósito de quedarse y para despedirse de él, prometiéndole que siempre le estimaría.

Así que Carlota concibió este designio, se sintió de antemano satisfecha con el buen resultado que le daría.—¡Cuánto me complaceré, se decía, en el triunfo de la razón sobre las aviesas inclinaciones! y cuando me encuentre en los brazos de mis amorosos padres, ¡oh! mi alma toda se derramará en acción de gracias al Cielo, considerando el espantoso peligro del que me ha librado!

Pronto llegó la hora de la cita. La Rue puso en sus bolsillos todo el dinero y joyas que poseía, y aconsejó á Carlota hiciese lo mismo, pero ésta lo rehusó:—Mi resolución es invariable, sacrificaré mi amor al deber, se dijo.

La señorita sonrió interiormente, y se encaminaron en silencio; bajaron las escaleras interiores, y poco después habían salvado la puerta del jardín.

Montraville y Belcour se hallaban impacientes aguardándolas.

—Ahora, dijo Montraville, estrechando á Carlota entre sus brazos, sois mía para siempre.

—Dejadme, repuso Carlota desasiéndose de los brazos de aquél, dejadme, sólo he venido á daros mi último adios.........

Inútil sería reproducir aquí la conversación que se siguió; baste decir, que Montraville adujo cuantos argumentos había con éxito empleado anteriormente, tanto que la resolución de Carlota empezó á flaquear, y pudo el astuto amante aproximarla, sin que ella lo advirtiese, al lugar donde se hallaba el carruaje.

—No puedo en manera alguna marcharme con vos, decíale con suplicante acento; cesad de violentarme, querido Montraville. No debo hacer lo que me proponéis: la Religión, el deber me lo prohiben.

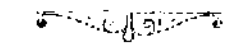
—¡Ah! cruel Carlota! si burláis mis ardientes esperanzas, juro por lo más sagrado, que yo mismo pondré fin á mi existencia!...... Creedme, no puedo, no quiero vivir sin tí, embeleso de mi vida, centro de mi alma! murmuró el amante pérfido y desleal.

—¡Ay! Pobre corazón mío desgarrado! exclamó Carlota; ¿qué haré en tan duro trance?

—Yo os dirigiré, y os guardaré, y os defenderé, y desde hoy quedáis bajo la protección de un hombre de honor, repuso Montraville, haciéndola subir al carruaje, más de fuerza que de grado.

—¡Padres míos abandonados! exclamó Carlota con toda la angustia de su pobre alma desgarrada.

El carruaje partió aceleradamente. Ella, la pobre niña, cayó sin sentido en los brazos de su malvado seductor.





CAPÍTULO XIII

Cruel desazón

—¡Cuán inefable placer avasalla el corazón de un anciano, se decía Míster Eldridge—en tanto se encaminaba al carruaje para ir por su nieta—cuando mira el fruto del amor de una buena hija crecer adornado de las virtudes y gracias de la madre! ¡Necio de mí que juzgaba, en pasados tiempos, que todo contento para mí en la tierra sepultádose había en la tumba que ocultó los despojos de mi dulce compañera y de mi amado hijo! Pero mi afectuosa Lucía, con sus tiernos y solícitos cuidados, restauró la paz á mi pobre alma; y esta preciosa Carlota, que me lleva como embobado, que se ha llevado todo el afecto de que es capaz el tierno corazón de un anciano..... No, soy tan feliz al presente, que casi olvido el infortunio de otro tiempo.

Cuando el coche se detuvo á la puerta del colegio, apeóse Míster Eldridge con la agilidad y desembarazo que lo hiciera un joven: ¡de tal manera influyen en el cuerpo las secretas emociones del espíritu!

Eran las siete y media de la mañana. Las preceptoras y niñas se hallaban reunidas en el salón, y la

señora Du Pont iba á dar principio á las oraciones de la mañana, cuando se notó la falta de La Rue y de Carlota.

—Sin duda estará ocupada la señorita en vestir á Carlota para que vaya á casa de sus padres, dijo la directora; pero no está bien que el placer que la espera la haga olvidar lo que debemos á nuestro Criador. Id una de vosotras y decidles que las aguardamos para principiar nuestros rezos.

Pronto regresó la que fue á llamarlas, é informó á la directora, que el cuarto estaba cerrado, que había llamado repetidas veces sin que nadie respondiese.

—¡Dios mío! es bien extraño, exclamó la señora Du Pont, palideciendo de susto. Salió de prisa, y, dirigiéndose á la puerta del cuarto, volvió á llamar con violencia, y como no contestasen, mandó que la forzasen. La puerta se abrió, y luego observaron que nadie había estado en la habitación, desde la noche anterior, pues las camas se hallaban como recién hechas. Pocos instantes después el Colegio todo fue teatro de la mayor confusión: en el jardín, en el sitio de recreo, en fin, en todas partes, se las llamó, se las buscó inútilmente, y el disgusto se pintó en todos los semblantes.

Míster Eldridge, sentado en una sala baja aguardaba impaciente que bajara su nieta. Advirtió la confusión que reinaba en la casa, oyó el nombre de Carlota que se repetía á menudo.—¿Qué extraño accidente sucederá en esta casa? se dijo levantándose y yendo á abrir la puerta; me temo que haya ocurrido alguna desgracia con mi niña.

En este instante entró la directora: la visible agitación que en ella se observaba, descubría que algo extraordinario estaba pasando.

—¿Dónde está mi Carlota? preguntó Míster Eldridge con ansiedad; ¿por qué tarda en venir á abrazar á su afectuoso abuelo?

—Esperad, mi querido señor, repuso la directora; no os inquietéis sin motivo. Carlota no se halla en casa en el momento; mas, como la señorita La Rue debe estar con ella, no tardará en regresar; y espero que ellas sabrán excusarse de una ausencia tan fuera de razón, y alejar así vuestros recelos.

—Señora, dijo el anciano con cierto aire y tono de extrañeza y de indignación, ¿por ventura acostumbra salir mi nieta sin vuestro permiso y sin más compañía que la de aquella señora francesa? Perdonad que os diga con franqueza, y sin que os lastime el paisanaje, que nunca gusté de la tal La Rue, y acaso tenga para ello mis razones; así, juzgo muy impropio el que hayáis confiado á ésta el cuidado de Carlota, quien debería estar bajo vuestra inmediata vigilancia.

—Errado andáis, señor, en suponer que yo haya consentido en que saliera vuestra nieta sin la compañía de otras preceptoras. Os confieso que no sé darme cuenta de lo que pasa; para mí es misteriosa la ausencia de la niña, y espero que á su regreso, y con las razones que nos manifieste, acabarán nuestros temores.

Inútilmente se despacharon criados para que, fuera de la casa, indagasen por las fugitivas. Pesadas, tormentosas fueron las largas horas de expectación que en mortal ansiedad pasó Míster Eldridgo hasta las doce del dia, hora en que toda esperanza de encontrarlas se desvaneció en presencia de una dolorosa certidumbre.

Míster Eldridge, con el corazón oprimido, se disponía á regresar llevando tan infausta nueva á su hija, que impaciente y ansiosa le aguardaría, cuando la señora Du Pont recibió la siguiente carta, sin fecha ni firma alguna:

"La señorita Temple se halla buena, y deseando minorar la ansiedad y pena de sus padres, háceles saber, que de grado se ha puesto bajo la protección de un hombre cuyo constante empeño no será otro que hacerla feliz. Inútil será perseguirlos, pues se han tomado cuidadosamente las necesarias providencias para que toda inquisición sea ineficaz. Cuando ella juzgue ó sepa que sus padres hayan disimulado su temerario proceder, podrá informarles del lugar de su residencia.—La señorita La Rüe se encuentra con ella."

Cuando la directora leyó con labios trémulos esta terrible carta, se puso pálida como la ceniza, y estuvo á punto de desmayarse. Amaba á Carlota muy de veras, y considerando su inocencia é índole apacible, concluyó por convencerse de que los consejos y maquinaciones de la pérfida La Rue le habían impelido á cometer acción tan culpable é imprudente. Recordó el desasosiego de Carlota al recibir la carta de su madre, y pudo ver en ello la lucha en que por entonces se hallaba su ánimo.

—¿Se relaciona esa carta con Carlota? preguntó Míster Eldridge que, puesto en pie, aguardaba hablase la señora Du Pont.

—Sí, pero Carlota, que se halla buena, no puede regresar hoy.

—¿Y por qué no, señora? decidme, ¿dónde se encuentra? quién puede impedir que corra á los brazos de sus padres, que ya inquietos la aguardarán?

—Me angustiáis, señor, con esas preguntas, precisándome á que os confiese la verdad: no sé dónde se halla la niña, ni menos quién la haya engañado y seducido para que fugara del colegio.

Un rayo que cayera á los pies de Míster Eldridge, no le causara el asombro y pasmo que estas palabras,

que al fin le descubrían la fría y espantosa realidad de lo ocurrido.

—Por lo que veo, la niña se ha escapado, exclamó el anciano con balbuciente voz. ¡Pobre Carlota mía, tan cruelmente engañada! ¡Perdido el hechizo, el consuelo de mi ya envejecido corazón! . . . . . ¡Oh! por qué no permitió el Cielo que yo muriese antes!

Una violenta acometida de dolor púsole como fuera de sí; minutos después, que alcanzó á serenarse algún tanto, tomó la fatal carta y la leyó.

—¡Ah! cómo volveré á ver á mi pobre Lucía? cómo acercarme á esa mansión que, de años atrás, ha sido habitada por la paz y el contento? ¡Lucía, mi amada Lucía! ¿cómo podrás levantar este mi pobre corazón hecho pedazos? Y yo, infeliz, cómo podré á mi vez consolarte, cuando yo mismo harto lo necesito? ¡Ah! que sólo con la muerte se rematan y tienen fin las desventuras de esta mísera tierra ! !

Al fin el anciano salió del colegio, ya no ágil y festivo como lo estuviera cuando entró; ahora mortal angustia inundaba su corazón embargando sus sentidos. Sentóse en el carruaje: la venerable cabeza inclinada sobre el seno, caídas negligentemente las manos, y los ojos desvariados, de los que se deslizaban por las mejillas gruesas y abundantes lágrimas. Todo su continente revelaba una mezcla extraña de angustia y de resignación, cual si dijese: ¿quién se atreverá á estar seguro de su felicidad, desde que en el momento mismo en que el corazón se exalta en su propia dicha, el sér que la constituye de él se aleja y desaparece?



CAPÍTULO XIV

Dolor de una madre

Lenta y pesadamente trascurría el tiempo, mientras el carruaje llevaba á Míster Eldridge á su casa, y cuando la columbró, harto hubiera deseado hallarse más distante de ella todavía. Tarea dolorosísima era la suya al verse en el deber imprescindible de noticiar á los padres de Carlota su inopinada desaparición del colegio.

Fácil es adivinar la ansiedad de aquellos afectuosos padres, cuando vieron que tánto tardaba en regresar Míster Eldridge. Se hallaban en el comedor, y las más de las jóvenes convidadas que habían llegado, permanecían asomadas á las ventanas que miraban al camino. Al fin, el tan esperado carruaje apareció: la señora de Temple corrió á recibir y dar la bienvenida á su amada hija...... La turba de las niñas, sus compañeras, voló á inundar la puerta de la calle y corredor, cada cual más deseosa de ser la primera en felicitar á Carlota en su cumpleaños. Se abre la puerta del carruaje...... ¡Carlota no se encuentra allí!!

—¿Dónde está mi hija, mi Carlota? exclamó la señora de Temple con violenta agitación.

Míster Eldridge no pudo responder: asió de la mano á su hija y la introdujo á la casa; luego arrojándose sobre la primera silla que encontró en la sala, prorrumpió en acerbísimo llanto: los sollozos le sofocaban, y de tiempo en tiempo exhalaba suspiros á manera de alaridos.

—¡Muerta! ¡muerta! gritaba en tanto la señora de Temple. ¡Oh! mi amadísima Carlota! ..... Y en el exceso de dolor, y con las manos juntas y apretadas, cayó sin sentido sobre el pavimento.

Temple, que hasta entonces había permanecido estupefacto, se aventuró á preguntar si en verdad Carlota no existía. Míster Eldridge le llevó á otro cuarto; y poniendo en sus manos la fatal carta, le dijo:—Sobrelleva esta grave y tremenda aflicción con la fortaleza de buen cristiano; y volviéndole las espaldas se salió..... ¡Salió con el alma atravesada para dar con el cuerpo casi exánime de su querida Lucía!

Fuera imposible describir lo que sintiera Míster Temple en tanto recorría con ávidos ojos aquellas espantosas líneas; cuando hubo concluido la lectura, dejó caer el papel de sus trémulas manos.—¡Dios misericordioso! exclamó, ¿pudo Carlota proceder así? Ni una lágrima empapó sus ojos, ni un suspiro de su pecho se escapó; era la imagen austera del dolor, profundo y silencioso. Escuchando los gemidos que lanzaba Lucía, salió de su estupor y fue al cuarto en que yacía su desolada esposa. Estrechóla afectuosamente entre sus brazos, y la dijo:—Resignémonos, amada Lucía; Dios así lo ha permitido..... Aquí la naturaleza le concedió un torrente de lágrimas, que aliviaron un tanto la zozobra y profunda aflicción que inundaban su destrozado corazón.

Lectoras mías, ¿no es verdad que el alma no tiene fortaleza bastante para ver tántas desventuras juntas? . . . . .

Si alguien, presumiendo de su alzada filosofía, mirase con desprecio al hombre que estimulara la sensibilidad de una mujer, recuerde que aquel hombre es padre, y entonces se compadecerá de la infelicidad que origina las lágrimas cuando brotan de un noble y generoso corazón.

La señora de Temple iba tranquilizándose, y como creyese que su hija había muerto, le dijo su esposo, tomándole cariñosamente la mano:—Equivocada estás, querida mía: Carlota no ha muerto.

—A lo menos estará de muerte cuando no ha venido. Dejadme ir por ella; el coche está aún á la puerta; quiero, sí, quiero ver á mi amada hija, dulce y sola flor que ha florecido en la senda árida de mi vida. Si yo estuviese enferma, volaría mi querida Carlota á asistirme, á aliviar mis dolores y alegrarme con su amor.

—Tranquilízate, querida Lucía, y luego te diré lo que sucede. No debes ir, ciertamente, no debes . . . . ello de ningún provecho sería.

—Temple, repuso ella con forzada gravedad; te ruego me hables la verdad; no puedo soportar incertidumbre tan cruel. ¿Qué desgracia ha acontecido á mi hija? Házmela saber, por terrible que sea; y yo me esforzaré á soportarla resignada.

—Imagínate que vive nuestra hija, y que no corre peligro alguno de muerte: ¿habrá otra desgracia que pudieras temer?

—Sí, que la hay, y con mucho peor que la misma muerte. Pero harto conozco á mi hija para sospechar. . . . . .

—No debes confiar tan sin reserva, Lucía.

—¡Dios mío! cuán espantables ideas me haces concebir! Será posible que ella hubiese olvidado? .....

—Sí, todo lo ha olvidado, querida mía. Ha preferido el amor de un extraño al íntimo y tierno afecto de sus padres.

—¿Por ventura se ha escapado? preguntó Lucía con avidez.

Míster Temple guardó silencio.

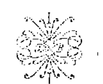
—Habla, no puedes engañarme, continuó la angustiosa *madre; tus llorosos ojos harto me dan á conocer* nuestra desgracia. ¡Carlota! Carlota mía! cuán mal pagas nuestra ternura! ...... ¡Dios misericordioso! *continuó arrodillándose* y alzando sus manos y ojos al Cielo, dígnate atender á la plegaria que te dirige una madre desolada. ¡Oh! que tu paternal providencia vigile y proteja á la inexperta niña; líbrala de las miserias y peligros que la asedian; que nunca llegue á ser madre para que no sufra un dia lo que ahora por ella sufro yo!

Apenas fueron perceptibles estas últimas palabras; pues no bien las hubo proferido, cuando cayó desmayada en los brazos de su esposo, que involuntariamente se había arrodillado junto á ella.

La dolorosa angustia de una madre, cuando ve desvanecidas y frustradas sus más fervientes esperanzas puestas en un hijo, nadie, que no sea una madre, alcanza á concebirla. Así, jóvenes lectoras mías, ruégoos que leáis con atención este capítulo, y reflexionéis que también vosotras podéis un dia llegar á ser madres...... ¡Oh! si apreciáis y queréis asegurar vuestra dicha terrenal y también la eterna, nunca amarguéis con monstruosa *ingratitud la paz* y el contento de la madre que os llevó en su seno! Recordad su ternura, los cuidados solícitos, el interés perseverante con que ha atendido á vuestras necesidades y

deseos, desde vuestros más tiernos años hasta el presente. Mirad el suavísimo destello de cariño, inefable, tierno, santo, que mana de sus ojos, como aprobando, complacida, cuando llenáis vuestros deberes; escuchad con silenciosa atención las observaciones que os hiciera: éllas proceden de un corazón que ansía vuestra futura felicidad. Debéis amarlas tierna y entrañablemente: la naturaleza munífica ha puesto en vuestro seno abundantes simientes de filial afección.

Pensad una vez más en la sin ventura, en la afligidísima Lucía. Pensad, en fin, en que la madre, á quien amáis y veneráis tan deveras, semejante aflicción experimentaría, si vosotras, olvidadas del respeto que debéis á vuestro Hacedor y á vosotras mismas, abandonáseis los ásperos senderos de la virtud por los fáciles y atrayentes del vicio.





CAPÍTULO XV

Embarco

No fue sin gran dificultad que los esfuerzos de Montraville y La Rue pudieron levantar el ánimo desfallecido de Carlota, durante el corto viaje de Chichester á Portsmouth, donde les aguardaba el buque que debía llevarlos á América.

Carlota, llegada á este punto, y algún tanto serenada, pidió recado de escribir, y en términos afectuosos é ingénuos, escribió á sus padres una extensa carta. Rogábales en ella que la perdonasen y bendijesen; les describía el penoso estado de su imaginación, y cuánto reluchó por ver de vencer tan funesta afición; y concluía protestando, que su única esperanza de consuelo estribaba en la idea, acaso engañosa, de que un dia la recibirían en sus amorosos brazos, oyendo al propio tiempo de sus labios palabras de perdón, de paz y de consuelo.

Mientras escribía, abundantes lágrimas fluían de sus ojos, hasta el punto de verse obligada varias veces á suspender su labor. Al fin, terminada la carta, entrególa cerrada á Montraville para que la despachase al correo. Su ánimo se tranquilizó halagando

la grata esperanza de que pronto recibiría, con la respuesta de sus padres, el perdón apetecido. Al influjo de idea tan consoladora, casi volvió á su acostumbrada alegría.

Pero Montraville sobradamente conocía las inevitables consecuencias que se seguirían, si Míster Temple recibiera aquella carta. Así, cuando á la tarde se embarcaron, subióse al puente del buque y, haciéndola pedazos, confió esos tristes fragmentos al cuidado de Neptuno, para que, quieras que no quieras, los empujase á la costa.

Todos los deseos y esperanzas de Carlota, se limitaban por entonces á uno sólo, es á saber: que el buque se detuviese en Spithead, hasta recibir contestación de sus padres; pero áun en eso se vió contrariada, porque el dia siguiente del en que se embarcaron, se dió la señal de partida, y pocas horas después, dieron un triste adiós á las blanquesinas rocas de la vieja Albión.

Entre tanto, y desde el dia de la desaparición de Carlota, no descansaron Míster Temple y su esposa de indagar de todos modos para descubrir el paradero de su hija. Durante algunos días halagaban la dulce esperanza de que, una vez efectuado el enlace, volvería á la casa paterna, con el compañero que hubiese escogido, á impetrar sus bendiciones y perdón.

—¿Y no deberemos perdonarla? preguntó Míster Temple á su esposa.

—¡Perdonarla! Sí, ciertamente, y del todo; pues cualesquiera que hayan sido sus faltas, ¿no es, por ventura, hija nuestra? Y si la viésemos confusa y agobiada por la vergüenza y los remordimientos, ¿no es deber nuestro levantar al caído y murmurar palabras de paz y de consuelo al oído de toda alma lace-

rada? ¡Ah! que ella vuelva al paterno albergue, y y veráme al punto, con raptos de alegría, estrecharla contra mi corazón, y sepultar en un estrecho y amoroso abrazo el recuerdo de sus pasados extravíos.

Pero los días se sucedían, y Carlota no parecía, y nueva ninguna de élla se sabía. Sin embargo, todas las mañanas halagaban los tristes padres alguna nueva esperanza. . . . mas, ¡ay! qué pronto llegaba la tarde y la desvanecía! Al fin se disipó toda esperanza, y ocupó su lugar la más negra desesperación. Aquella alegre morada, hasta entonces por el sosiego y el contento habitada, tornóse en mansión de pálidos, melancólicos recuerdos.

La plácida sonrisa que siempre animaba el atractivo semblante de la señora de Temple, ya más no se mostró. Hubiérase consumido bajo el peso de tamaña aflicción, sin el apoyo que le prestara su ingénua piedad, y la conciencia de que siempre dió á su hija ejemplos de virtud y discreción.

—Desde que la conciencia no me arguye prevaricación alguna por la cual haya merecido tan severo castigo, se decía, me someto á él con humilde resignación y adoro el brazo que me hiere. Ni está bien que los pesares de la madre absorban de todo en todo los deberes de la esposa. Sí, me esforzaré para mostrarme alegre, y venciendo hasta cierta medida mi tristeza, aliviaré los sufrimientos de mi esposo, y sacaréle de ese como marasmo en que el infortunio le ha sumergido. Pero mi anciano padre exige también mi atención y cuidados. Así, no debo, egoista, halagar mi propio dolor, olvidando el encendido interés que aquellos dos seres queridos tienen, así en mi dicha como en mi tribulación. Haré, pues, de modo que para ellos haya siempre sonrisas en mis labios, aunque las espinas del dolor lastimen mi

desangrado corazón. Y si procediendo de esta manera contribuyo, siquiera en pequeña parte, á restituirles la perdida quietud, harto recompensada me veré, y será bien poca cosa el latente pesar que siempre me acompañará.

Así raciocinaba esta singular mujer. Bien será que, dejándola en el ejercicio de resolución tan laudable y abnegada, sigamos la suerte de la desamparada víctima de la imprudencia y de malvados consejos.





CAPÍTULO XVI

Necesaria digresión

A bordo del buque en el cual se embarcaron Carlota y Montraville, hallábase un militar de alta graduación, de noble familia y poseedor de gran fortuna, á quien llamaremos Míster Crayton.

Era hombre de esos que, habiendo viajado en la juventud, se aficionan exageradamente á todo lo que es extranjero y menosprecian cuanto tiene y produce su propio país. Y, cosa singular, tan afectada como ridícula parcialidad suele extenderse áun á las mujeres.

Por lo dicho, no se extrañará que la ruborosa modestia y sencillez ingénua de Carlota hayan pasado inadvertidas á los ojos de Crayton; mas, no así la vivacidad de La Rue, su desenfado en la conversación y la elegancia de su cuerpo, todo unido á cierto *je ne sais quoi* de atractivo, que acabaron por cautivar su atención.

El lector, sin duda, habrá ya comprendido el carácter de la señorita La Rue: insidiosa y falsa, astuta y egoista, aceptó los obsequios de Belcour, porque, hallándose harto fastidiada de la vida oculta que llevaba en el colegio, quería verse libre de lo que llamaba esclavitud, y volver al torbellino de loca disipación,

que en otro tiempo la redujo á la más completa miseria. Se complacía en repasar el plan que en esta vez concibiera de no depender de hombre ninguno, en tanto no alcanzase conveniente y estable colocación, aunque la manera clandestina y censurable con que abandonó el colegio de la señora Du Pont, la contrariaba en su intento. Debemos decir que Belcour protestó que, á su llegada á Portsmouth, la procuraría magnífico establecimiento; pero nunca se realizó tal promesa: el fementido amante la evadió siempre pretextando urgentes y complicadas ocupaciones. No tardó en conocer La Rue que jamás había pensado Belcour en cumplir su promesa; por lo que determinó sabiamente cambiar sus baterías para atacar al corazón del Coronel Crayton. Pronto descubrió la señorita el apego que á su nación tenía este caballero; y en la primera coyuntura, engañóle con falsas relaciones de imaginarias desgracias que decía haber padecido, pintóle á Belcour como un malvado que, bajo palabra de matrimonio, la sedujo arrancándola del lado de sus allegados, para después traicionarla y abandonarla. Confesóle que su corazón era presa de crueles remordimientos por las faltas cometidas; que cualquiera que haya sido el afecto que por aquél abrigara, se había extinguido del todo, y en fin, que no deseaba otra cosa que una ocasión favorable para abandonar vida tan culpable, que aborrecía con toda su alma; pero como no tenía parientes ni amigos á quienes dirigirse; porque todos la habían renunciado, la vergüenza y la miseria serían su tristte porción en la vida.

Crayton poseía muchas amables prendas; pero el rasgo peculiar de su carácter, que ya mencionamos, las deslustraba lastimosamente. Era estimado de cuantos le conocían por su benevolencia y humani-

dad; mas, crédulo y confiado, llegaba á ser en ocasiones juguete de los artificios y ardides de los astutos.

Cuando joven estuvo unido con una graciosa parisiense: quizá el encendido amor que la profesara, llevábale á aquella parcialidad que siempre se notó en él por la Francia. Una hija solo tuvo de este enlace, la cual vino al mundo pocas horas antes de que para siempre la dejara su madre. La huérfana, cuando ya joven, fue de todos querida y admirada, pues la adornaban las gracias y virtudes de la madre, sin que hubiese heredado la debilidad de carácter de su padre. Cuando crecida, casóse con el mayor Beauchamp, que á la sazón navegaba en otro buque de la flota, que no en el que se encontraba su padre, é iba á esperar en Nueva York á su esposo.

Crayton se movió á compasión de la miseria y simulada contrición de La Rue. Horas enteras conversaba con ella, leía para distraerla, jugaba con ella á los naipes, escuchaba sus lamentaciones con interés y compasión, y al fin acabó por ofrecerle su protección. La Rue, perspicaz como era, conoció al pronto á su hombre, y para alcanzar el lleno de sus deseos, empeñóse en despertar amorosa pasión en el pecho de su amigo. Tan á maravilla lo consiguió, que, antes de terminado el viaje, el infatuado Crayton dióle palabra de matrimonio, el que lo efectuaría á su llegada á Nueva York, imponiéndose voluntariamente la multa de cinco mil libras, si faltase á su palabra.

¿Y cómo desgastaba el tiempo nuestra pobre Carlota mientras duró la navegación larga y tediosa? Naturalmente delicada, la fatiga que soportaba y la falta de salud, acabaron por debilitarla hasta el punto de obligarla á guardar cama casi todo el tiempo de tan dilatado viaje. Con todo, el cariño y atencio-

nes que Montraville le prodigaba, contribuyeron en cierta manera á suavizar sus penas. Fantaseando que al término del viaje recibiría noticias de sus padres, su ánimo se alentaba, y podemos asegurar que con tan risueñas fantasías, pasó alegre y tranquila algunas noches.

Durante el viaje se verificó una gran revolución, no tan solo en la fortuna de La Rue, como ya lo vimos, mas también en el corazón de Belcour. Ocupado éste en cortejar á la señorita, no había parado mientes en los naturales hechizos de Carlota; mas cuando ya saciado con la posesión, y disgustado de la astucia é hipocresía de aquella, miró el candor y dulzura de la niña, harto chocante le fue el contraste de la comparación de una á otra. Conversaba frecuentemente con Carlota, y la halló sensible é instruída, tímida y modesta. El descaecimiento causado por la fatiga del cuerpo y el desórden de la mente realzaban la morbidez de sus facciones, lo que, en opinión de Belcour, la hacían más encantadora y atractiva. Como sabía que Montraville no pensaba casarse con ella, resolvió ganarla para sí, tan luego como éste la dejase.

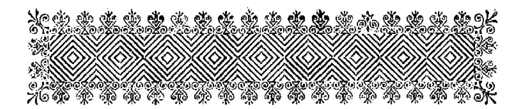
Nunca juzgará el lector que los designios de Belcour fueran honestos. Pero ¡ay! cuando la mujer ha olvidado una vez el respeto que á sí se debe, cediendo á las instigaciones del amor ilícito, pierde toda su dignidad y estimación, aún á los ojos del hombre que la sedujo, y por cuyo amor sacrificó todo y por todo atropelló.

De la incauta beldad que se abandona
A culpables placeres,
Quizá compadecerse pueda un hombre. . . . . .
Pero ¡ay! él mismo despreciarla debe! (1)

(1) The heedless Fair, who stoops to guilty joys,
Ama n may pity . . . . . but he must despise.

Hay más: cualquier libertino se creerá con derecho á insultarla con sus licenciosas pretenciones; y si la infeliz alcanzase á evitar el peligro, rechazando la insolente demanda, aquel mofaráse de ella, riendo irónicamente de su pretendida modestia.





CAPÍTULO XVII

Una boda

Terminada la comida del dia anterior á la llegada de nuestros viajeros á Nueva York, dejó el coronel Crayton su asiento y, colocándose junto á La Rue, dirigió á los concurrentes estas ó semejantes palabras:—Hallándonos próximos al término de nuestro viaje, cumple á mi deber, amigos míos, informaros que esta señora (tomando á La Rue de la mano) queda desde hoy bajo mi protección. He visto y sentido muy de veras sus susfrimientos y, apesar de la crueldad con que ha sido tratada, y de las sombras con que la procaz malicia ha intentado empañar su honra, he descubierto en ella prendas muy recomendables. Así tengo resuelto comprobarle mi estimación, uniéndodome á ella con eterno y santo vínculo, al día siguiente de nuestro arribo. Bien deseo no olvidéis que desde este dia su honor es el mío; y si alguno (continuó mirando á Belcour) se permitiese lastimar su delicadeza, sepa que no dudaré un punto en exigirle satisfacción como caballero.

Belcour miróle con sonrisa de lástima, y haciendo una profunda reverencia, deseó á la señorita todo linaje de prosperidades. Aseguró al Coronel que no tenía por qué inquietarse, y que no abrigaba rencor ninguno por el proceder de La Rue; estrechóle la mano con ridícula gravedad, y salió de la cámara.

Pero la verdad era que harto contento se hallaba de verse libre de La Rue, sin curarse de la sin ventura niña, víctima de sus infames arterías.

Admirada quedó la inexperta Carlota viendo lo que pasaba. Pensó que La Rue, como ella, había abandonado el techo paterno, é ido á remotas regiones, tan sólo por el amor. ¡Cuán terrible y repugnante le parecía que se resolviese á casarse con otro! Ello era una monstruosidad, era degradar los más delicados sentimientos de la mujer. Confió á Montraville lo que respecto á tan peregrina ocurrencia opinaba; pero este, riendo de su candidez, la calificó de simple y dándole una palmadita en la mejilla, la dijo que nada sabía de lo que era el mundo en realidad.

—Si el mundo sanciona cosas semejantes, tengo para mí que es un mundo perverso, dijo Carlota. Yo imaginaba que Belcour y La Rue se casarían en llegando á Nueva York, pues ella me aseguró que tal se lo había prometido su amante.

—Supón que Belcour ya no quisiese hacerlo, y supongamos también que el que prometió ya no abrigase afecto ninguno por la querellante. Ya verás que es apuradillo el caso.

Carlota le miró atenta y fijamente. El rostro se le cubrió de un color que mostraba á las claras el sentimiento y vergüenza del alma. El pleno conocimiento de su propia situación representósele en toda su enormidad. La infeliz desatóse en abundante llanto y guardó silencio. Sobrado conocía Montraville la

causa de esas lágrimas; besóla hipócritamente en la mejilla, y, rogándole que no estuviese triste, salió con precipitación: ¡tan incapaz se sintió de soportar aquel silencio elocuente que le argüía su falta y su injusticia!

A la siguiente mañana se encontraron frente á la ciudad de Nueva York. Un bote llevó á tierra á las señoras, acompañadas de Mr. Crayton, y fueron alojadas en una decente fonda. Recién entradas en el departamento que se les señalara, abrieron de improviso la puerta, y el Coronel se vió en los brazos de su hija, que había desembarcado algunas horas antes. Pasados los primeros trasportes del encuentro, Crayton presentó á La Rue á su hija, como á una amiga de su madre—pues la astuta francesa había convencido al crédulo Coronel que se halló con su esposa en el colegio, y que, apesar de ser muy más joven que la difunta, mereció de ella pruebas de estimación y deferencia.

—Puesto que habéis sido amiga de mi madre, dijo la señorita Beauchamp, merecéis toda mi estimación.

—Pronto honrará nuestra familia la señorita La Rue repuso Mr. Crayton, ocupando el lugar de mi inolvidable esposa; y como tú, hija mía, te hallas ya establecida, no llevarás á mal.........

—Señor, replicó la Señora Beauchamp interrumpiéndole, harto conozco mi deber para escudriñar vuestras acciones. Debéis persuadiros que vuestra felicidad es la mía, y que deveras amaré á la persona que contribuya á aumentárosla. Pero decidme, continuó mirando fijamente á Carlota, ¿quién es esa graciosa niña que veo allí? es acaso vuestra hermana, señorita?

Súbito y encendido sonrojo inundó el rostro de la pobre Carlota.

—Es una señorita que ha venido de Inglaterra en el mismo buque que nosotros, le contestó el Coronel; y llevando aparte á su hija, le hizo saber que era la querida de Montraville.

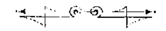
—¡Lástima grande! dijo en voz baja la señorita Beauchamp, mirando á la niña con ojos compasivos; la bondad del corazón se halla reflejada en su continente, por lo cual juzgo que su inteligencia no debe hallarse pervertida.

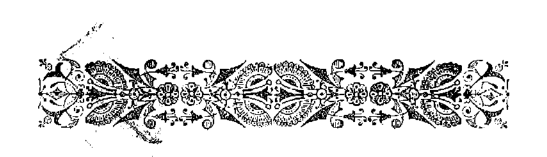
Carlota sólo alcanzó á oír la palabra *lástima.*

—¿Tan caída y degradada me encontraré? se dijo con insólita amargura. Un profundo suspiro, desgarrador, inmenso, de su pecho se escapó, y una lágrima estuvo á punto de deslizarse de sus ojos, cuando la presencia de Montraville contuvo el desborde de tan dolorosa emoción.

La Rue, el Coronel y su hija ocuparon un departamento; Carlota, Montraville y Belcour otro contiguo á éste.

A la mañana siguiente cumplió su palabra el Coronel, y La Rue llegó, en consecuencia, á ser la señora de Crayton. Alegre y triunfante con su buena fortuna, miró con soberano desprecio á la infortunada Carlota que, con mucho, era menos culpable que ella.





CAPÍTULO XVIII

Reflexiones

—¿Tan caída y degradada me encuentro, en verdad, para sólo merecer lástima de todos? se decía Carlota suspirando. ¿No sonarán ya más en mis oídos palabras de elogio y aprobación, ni habrá para mí un amigo que cariñosamente me sonría? ¡Ah! cuán incauta, imprudente y confiada he sido! No sé, ciertamente, si sea más doloroso el soportar la mirada de alto desprecio ó la de tierna compasión que á las veces observo en aquellos con quienes tengo que hallarme. . . . . . ¡Ay! que ambas son igualmente bochornosas y humillantes! Padres míos muy amados! si viérais en este instante á la hija á quien tan tiernamente habéis amado! . . . . . . Pobre sér envilecido, triste y solitario; sin amigas, sin deudos, contando las pesadas horas del dia con el corazón siempre amargado; sin una bondadosa amiga con quien compartir sus penalidades, sin una amorosa madre en cuyo seno descansar, en fin, sin una mujer de bien para de ella acompañarse! . . . . . ¡Ah! por culpable que sea vuestra Carlota no puede sufrir la comunicación con los infames!

Estas tristes, dolorosas reflexiones atormentaban la

mente de Carlota. Montraville la había alojado en una pequeña quinta, distante pocas millas de Nueva York. Procuróle una criada para que la acompañase, y dióle algún dinero con qué atender á sus menesteres. Las distracciones y placeres le absorbían de todo en todo, y tiempo ninguno le sobraba para consagrarlo á la mujer á quien arrancó del lado de sus padres, arrebatándole su inocencia y su contento. En ocasiones solía visitarla el desleal amante, ya á la caída de la tarde, y pasaba con ella breves horas. Era tal el gozo de la pobre niña, mientras disfrutaba de su compañía, que todas sus tristezas olvidaba. A la tenue claridad de la luna solían dar un agradable paseo por las verdes callejuelas del jardín, y se sentaban en la glorieta que al extremo de éste se encontraba. En tan poética mansión, Carlota pulsaba su arpa, acompañando sus acordes con las dulces y quejumbrosas melodías de su voz, á un tiempo triste y plácida; pero su canto casi siempre era interrumpido por lágrimas y sollozos. A la luz de la luna, que daba sobre su rostro plácido, semejaba á una azucena cargada de rocío. Siempre, al despedirse, le prometía renovar á menudo sus visitas; pero el falso amigo, luego olvidaba sus promesas, y la infeliz lamentaba en sus aislamientos el desvío del ingrato. ¡Oh! cuántas dolorosísimas horas de ansiosa expectación pensaba la pobre niña! Solía sentarse en la ventana que al campo miraba por donde venía el fementido amante, contando los minutos de cada hora y los segundos de cada minuto, en triste cavilación, y aguzando la vista para vislumbrar el primer asomo de su persona, hasta que, oscurecidos los ojos con las abundantes lágrimas que vertía, sola y descorazonada al fin, y la cabeza escondida entre las manos, daba libre suelta á sus pesares. Luégo,

halagando una nueva esperaza celestial—único consuelo del sér desdichado—volvía á mirar al camino con ávidos ojos, hasta que las sombras de la noche envolvían los objeto sen su obscuro manto. Entonces renovaba sus dolores, y con el corazón quebrantado por el amor frustrado y la sensibilidad hondamente lastimada, retirábase al lecho solitario, en el cual los remordimientos habían sembrado espinas, y donde se llama y solicita en vano á ese dulce consolador de la cansada naturaleza—que pocas veces vista al infeliz—para que con suave beleño venga á adormecer los sentidos fatigados. Carlota casi no dormía, pero oraba: oraba como aquellos á quienes oprime un dolor supremo y á quienes ahoga la extrema angustia del despecho.

¿Quién podrá forjarse cabal idea de las tristezas que oprimían la mente y corazón de Carlota? La esposa cuyo seno se derrite de amor y de ternura por el esposo, hallando en recompensa sólo indiferencia y desvío, alcanza, aunque débilmente, á concebir las angustias de Carlota. Terriblemente dolorosa es la situación de aquella amante esposa; pero, así y todo, tiene consuelos de los que Carlota se hallaba desposeída. La obediente y fiel esposa, si bien tratada con fría indiferencia, siente satisfacción y verdadero placer dentro de sí: conoce que no merece tales desvíos y menosprecios, como que siempre ha cumplido los deberes de su estado; puede esperar que con sus cuidados, abnegación perseverante y afectúosos miramientos, hará volver al extraviado, y será dos veces feliz con su vuelta; sabe élla que no podrá dejarla para unirse con otra mujer, ni despedirla para que vegete en la pobreza y abandono. Mira en torno de sí, y halla la sonrisa de amistoso afecto, ó las lágrimas de íntimo consuelo en el rostro de cuantos la es-

timan y favorecen, y en éllo, alcanza resignación y contento. Pero ¡ay! de la pobre niña, por inconsiderada pasión extraviada, que menospreciando la propia honra ha perdido la estima, aún del hombre á quien sacrificara cuanto le era querido, que siente su indiferencia, como el necesario resultado de su locura, y lamenta la falta de medios para restaurar la perdida afección! Conoce entonces que, fuera del honor, no hay lazo permanente y seguro, y que éste, en un hombre culpado de seducción, es harto débil, por lo cual se halla expuesta á ser entregada á la vergüenza, al abandono y necesidad, pospuesta á ótra casi siempre. Así la pobre niña, y no encuentra alivio á sus penas, ni dulce y regalada compañía que derrame en su pecho lacerado el bálsamo del consuelo; ni amiga mano que le vuelva al sendero del deber. Ha afligido á sus padres, echando á tierra la buena opinión que tenía entre los honrados, y arruinádose á sí propia. Solitaria y mísera criatura en medio de la bulliciosa multitud del mundo, la vergüenza la lleva como agobiada, los remordimientos estrujan y desgarran su pobre corazón, en fin, la culpa, la miseria y la enfermedad, cierran tan doloroso cuadro. ¡Y así, se siente acabar en el eterno olvido de todos!. . . Un día acaso el dedo del desprecio, que no el de la compasión, mostrará su humilde y olvidada tumba á un pasajero de pecho compasivo; éste se detendrá un momento y hablará de esta manera á esas mudas cenizas de la víctima infeliz:

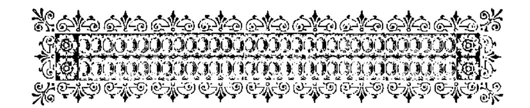
"Tuya la culpa fué de tus desgracias; pero ya la expiaron tus sufrimientos; tus devaneos y lamentables errores lleváronte á muerte prematura. Pero fuiste mi semejante. . . . fuiste desgraciada. . . . que sean olvidados tus extravíos, y que la plegaria de mis labios te alcance paz y consuelo."

Y se inclinará, doliente, á arrancar la silvestre yerba que crecerá en la tumba, humedeciéndola con lágrimas de compasión.... ¡Benditas por siempre sean su humanidad y sus lágrimas! el ángel de la misericordia no las tendrá en olvido, y el alma de donde brotaron, será venturosa en la eterna mansión de los goces perdurables!....

¡Oh! grave matrona! borrad ese adusto ceño de reprobación! No, mi intento no es, ni nunca puede ser, atenuar las faltas de aquellas infortunadas víctimas de sus extravíos. Mas, si entrando dentro de nosotros, reflexionamos y conocemos de cuántas secretas faltas nuestra propia conciencia nos arguye—faltas que harto nos abochornarían si fuesen descubiertas, y que, con todo, alcanzan el perdón de nuestro Juez misericordioso—¿no es verdad que nos sentiríamos más inclinados á compadecer y perdonar, que no á condenar despiadados las flaquezas de los demás?

Creedme, muchas desgraciadas jóvenes, extraviadas por los senderos espinosos del vicio, tornarían gustosas á los caminos de la virtud, si un generoso y compasivo amigo les tendiera la mano para levantarlas. Pero ¡ah! decisme que eso no puede ser, que el mundo siempre se burla y escarnece á la víctima infeliz!.. Permitidme, en este caso, que os diga con santa indignación: que aquél es un mundo impío é insensible, y que, con mucho, no merece las bendiciones que la munífica Providencia sobre él derrama.

Clemente Dispensador de todo bien! quienesquiera que seamos, pobres culpados mortales, ¿cómo nos atreveremos, en el gran día de la retribución, á esperar tu misericordia, si, desnudos de toda caridad, no compadecemos las ajenas faltas y no tratamos de aliviar las miserias de nuestros prójimos?



CAPÍTULO XIX.

Error manifiesto.

Julia Franklin era hija única de un sujeto acaudalado. Cuando apenas contaba 18 años la niña, dejóla dueña de una renta anual de más de setecientas libras. Muchacha de buenas disposiciones era Julia, y unía á las gracias que le adornaban, tierno y sensible corazón. Vivía en Nueva York, al lado de su tío que la amaba entrañablemente, y el cual, teniendo en alto concepto la prudencia y buen porte de la niña, no se atrevía á investigar sus acciones tánto como conviniera hacerlo con muchas señoritas que de discretas se precian. Cuando Montraville llegó á Nueva York, Julia era la reina de las sociedades de buen tono. Pero es necesario referir el incidente por el cual nuestro héroe trabó relaciones amistosas con Julia.

Una noche que Montraville se hallaba de guardia, ocurrió un incendio en una casa inmediata á la de Míster Franklin, y en pocas horas ésta y ótras fueron redúcidas á cenizas. No hubo que lamentar pérdida de vidas ni de objetos preciosos, merced á la prontitud y diligencia con que acudieron los soldados, acau-

tonados á poca distancia del paraje de la catástrofe. En medio de tamaña confusión, se acerca á Montraville un caballero, ya entrando en años, y entregándole un cofre cerrado le dice: Guardádmelo, Señor, en tanto que yo vuelva á pedíroslo, y al punto se precipitó dentro de una casa que ya era casi totalmente presa de las llamas. Como no regresase aquel sujeto, pasado ya algún tiempo, Montraville se puso á buscarle entre la multitud; dejóse estar por aquel lugar, áun después que el fuego había cesado y se disipaba la concurrencia, pero en vano; el caballero no venía por su tesoro. Tuvo, pues, que llevárselo consigo, esperando que luégo daría con la persona que se le confiara. Mas, como pasaron muchos días sin que nadie se presentara á reclamarlo, empezó á inquietarse, y quiso examinar lo que el cofre contenía, para emplear toda diligencia, en el caso de que fueran joyas ú objetos de valor, á fin de dar con el dueño y devolvérselas. Abierto que fué, halló, en efecto, algunas joyas de gran precio; muchas monedas de oro y un retrato de miniatura colocado en el broche de una pulcera. Miraba atentamente el retrato, y pensó haber visto un rostro semejante alguna vez; pero no supo acordarse dónde. Como se hallase pocos días después en una concurrencia pública, vió á la Señorita Franklin, y dió al punto con el original del retrato. Preguntó á sus camaradas si la conocían, y uno de ellos aseguróle que cultivaba estrechas relaciones de amistad con la familia.

—En tal caso, os ruego me presentéis en el acto, le dijo Montraville, pues cierto estoy de que la daré una buena nueva que les causará placer. En efecto, Montraville fué presentado, y dió con la verdadera dueño del tesoro, recibiendo en recompensa una invitación á almorzar para el siguiente día. Harto com-

placido se halló nuestro héroe con el agradable y fino trato de Julia: la vivacidad de su ingenio, bien así como su agraciado continente y atractivo desgaire, acabaron por encantarle. A poco andar, olvidóse de Carlota; imaginándose que no hacía más que sér atento y cortés con la simpática Julia, se disimulaba su culpable desvío. Desechaba como importuno tal recuerdo, y volvía á pensar en Julia. . .—¡Cuán necio soy! se decía; si bien es verdad que no puedo casarme con Cartota, villana acción sería abandonarla, como igualmente lo fuera engañar el corazón de Julia Franklin. Maldigo del cofre, que tántas inquietudes me ha causado. A la tarde visitaré á mi melancólica y pobre Carlota, esforzándome en olvidar á la fascinadora Julia.

Levantóse temprano y se vistió; luégo abriendo el cofre y separando el retrato, se dijo:—Me lo reservaré, y cuando élla lo crea perdido, se lo presentaré, para encarecer la importancia del servicio. Se encaminó á la casa de Míster Franklin, y halló á Julia sola en el salón.

—Cuán dichoso me considero por haber salvado vuestras joyas, y así alcanzar el trato de persona tan amable como vos. Aquí os las presento, Señorita.

Julia las tomó agradeciéndole; y cuando las hubo examinado dijo:—Y el retrato, Señor, ¿dónde se encuentra?

—Aquí lo tenéis, Señorita; pero os confieso que bien quisiera no devolvéroslo.

—¡Es el retrato de mi madre! exclamó Julia tomándolo; quizá lo único que de élla me ha quedado!—Lo llevó á los labios, y una lágrima asomó temblorosa en sus ojos. Montraville observó el traje de luto que vestía, y comprendiendo lo que había acaecido, guardóse de preguntar.

Julia era el reverso de Carlota: alta, bien formada y con el continente y modales de persona de alto rango; tez algo morena, ojos grandes, negros y centellantes, cabello atezado y finas y atractivas facciones; vagaba en todo su continente cierta atmósfera de inocente alegría, que encantaba y seducía.

El amartelado Montraville solía decir:—Harto me he equivocado, imaginando que amaba á Carlota. ¡Cuán tarde me he convencido de que mi afición por élla no fué más que el impulso del momento, aguijoneado por el deseo! Temo que no tan solamente he lanzado á perpetua miseria y vergüenza á aquella desdichada niña, mas también he levantado insuperable barrera en el camino de mi propia felicidad. Conozco y siento que amo muy deveras á Julia; pero al hallarme en su presencia, indigno me considero de ofrecerle un corazón inferior al suyo, y permanezco silencioso.

Preocupado con tan dolorosos pensamientos, se encaminó Montraville á casa de Carlota. Ella miróle venir desde lejos y corrió á su encuentro. Desaparecieron súbitamente del rostro y continente de la niña ese aire de desazón y melancólica tristeza, que siempre la acompañaban cuando el ingrato se hallaba ausente. Gozosa y sonriente le abrazó con la efusión de su alma apasionada.

—Ingrato, mucho has tardado; pensaba que me habías echado en olvido, y me creía infeliz; sí, muy infeliz. . . .

—Nunca podré olvidarte, Carlota mía, replicó estrechándole la mano.

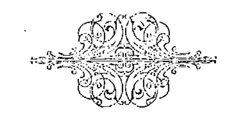
La extraña gravedad de su fisonomía y el laconismo de su respuesta, alarmaron á la niña.

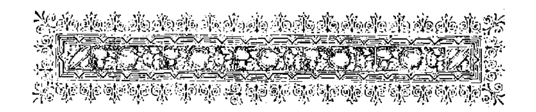
—Veo que no te encuentras bien, dijo élla; abrasan tus manos y tus ojos están encendidos; estás sin duda enfermo.

—Soy un malvado sin entrañas, balbuceó aparte Montraville, volviendo el rostro á un lado para ocultar su emoción.

Pero Carlota continuó con indecible ternura y adolorido acento:—Ven, querido mío, ven; te acostarás en el acto, y yo, sentada á tu lado, guardaré tu sueño; cuando hayas dormido algún tanto, te encontrarás mejor. Entra, pues.

Montraville aceptó de grado tan insinuante invitación. Acostóse de seguida, é hizo como que dormía, para así ocultar la agitación de su seno al ojo penetrante de Carlota. Ella, sentada á un lado del lecho, pasó en vela hasta una hora muy avanzada de la noche; al fin, rendida por el sueño, se durmió profundamente hasta que, ya muy entrada la mañana, despertóse.





CAPÍTULO XX.

Y nunca tan amable
Se ostenta la virtud, como en el punto
En que la mano compasiva tiende
Para á una hermana levantar caída (1).

Cuando despertó Carlota, echó menos á Montraville; pero, juzgando que se habría levantado temprano para disfrutar de los encantos de la mañana, se dispuso á seguirle; mas, como viese al salir una carta sobre la mesa, la abrió precipitadamente y leyó lo que sigue:

"Querida Carlota:

No debe sorprenderte, ni menos inquietarte, si durante algún tiempo escasean mis visitas: inevitables y urgentes ocupaciones me privarán de este placer. Hoy me encuentro bien, y lo que ayer supusiste fuese una enfermedad, no era más que el resultado de la fatiga; las buenas horas de sueño que he disfrutado, disiparon mi malestar completamente. Sé feliz, y vive segura de la constante amistad de

MONTRAVILLE"

—¡Amistad! exclamó Carlota con énfasis doloroso y hondo desconsuelo, así que hubo concluido la lectura; ¿al fin esto me aguardaba?... ¡Pobre Carlota

(1) Virtue never appears so amiable as when reaching for her hand to raise a fallen sister.

cruelmente abandonada! tu sentencia está decretada ya. Montraville no se interesa por tu felicidad.... La vergüenza y el remordimiento, la desesperación y el disgusto del amor engañado y burlado, serán tu sola y triste herencia!

Esta y otras dolorosas ideas ocuparon la mente de Carlota, asi que hubo leído la fatal carta. Dobló tristemente la cabeza, como el lirio tronchado por el huracán; cerró los mustios ojos y exhaló un leve gemido. ¡Sólo Dios puede saber lo que la infeliz padeció durante esos momentos en que vió impíamente destruidas sus ilusiones, tan mal pagados sus sacrificios y peor compreudida su heroica abnegación! Algunas horas después, volvió á alentar en su seno la plácida esperanza—celestial beneficio de los desgraciados—recorrió otra vez aquellas cortas líneas, y se lisonjeaba de descubrir en éllas algo afectuoso que no alcanzó en la primera lectura.

—Ciertamente, se decía, no puede ser tan villano y cruel que se resuelva á abandonarme; en llamándose *mi amigo*, ¿acaso no promete protegerme? No, no quiero atormentarme con infundados temores: descansaré tranquila y confiada en su honor.

Carlota sosegóse algún tanto con estos razonamientos, cuando, sin que ella lo esperara, se presentó Belcour en su habitación. La profunda tristeza y desazón que revelaba el continente de la niña, bien así como sus ojos húmedos é hinchados y su traje descuidado, diéronle á conocer evidentemente que sufría y era desgraciada. Juzgando, sin duda, Belcour que Montraville, con su apartamiento y fría indiferencia había despertado sospechas en ella, resolvió ponerla celosa, instarla para que le repudiase, y, por este medio, causar un rompimiento entre los amantes.—Si consigo convencerla de que tiene una rival, se decía, no

será insensible á mi pasión, siquiera para vengar la ofensa recibida. El pobre Belcour conocía harto poco el corazón humano: juzgaba á todas las mujeres por el conocimento que tenía de gentes disolutas y perdidas con quienes tratar solía. No imaginaba que una mujer, víctima de un extravío, puede todavía guardar profundamente el sentimiento del honor y del deber, para rechazar con indignación y desprecio cualquiera seducción que la llevase á cometer otra falta. No alcanzaba tampoco aquel malvado, que el tierno, sensible y generoso corazón de la mujer, cuando tratado con rigor, puede estallar, inflamado en levantada indignación, pero nunca dar cavida á un solo pensamiento de torpe y ruin venganza.

No fué larga la visita de Belcour, sin embargo, sobróle tiempo para dejar, en el ya tan padecido corazón de Carlota, crueles escorpiones, cuyo veneno debía amargar todos los instantes de su pobre vida.

Pero es tiempo de que volvamos por algunos momentos á ocuparnos de nuestro Coronel Crayton.

Tres meses han pasado desde que se efectuó su matrimonio; y en tan corto tiempo ha comprendido que la conducta de su esposa no es ni prudente, ni arreglada cual debería ser. Vanas eran las suaves amonestaciones del Coronel, y se estrellaban ante el carácter violento y caprichoso de la Señora. Para mayor desgracia del pobre Míster Crayton, la amaba profundamente; y como élla conociese el predominio que tenía sobre éste, daba, con mañera sagacidad, las apariencias que á bien tenía dar á sus acciones, abusando así de la necia credulidad del esposo. Sus amigos reían de su ceguedad, pero también le compadecían. La Señora de Beauchamp, su virtuosa y sensi-

ble hija, lamentaba en secreto la pérdida del amor paterno, y el verle así de todo en todo sometido á una astuta y acaso infame mujer.

La Señora de Beauchamp era de carácter dulce é insinuante, y como no gustaba del tráfago y bullicio de la ciudad, alcanzó de su esposo que la llevase á una casa de campo en las cercanías de Nueva York. La casualidad hizo que dicha casa se hallase contigua á la que habitaba Carlota, de suerte que la misma pared dividía los jardines de ambas. No pasaron muchos días, desde que la Señora de Beauchamp ocupaba esta nueva mansión, sin que llamara su atención la fisonomía triste y atractiva de Carlota, á quien recordaba haber visto en otro tiempo. Las profundas tintas de melancolía que bañaban el semblante de la niña y su solitaria concentración, lleváronla á juzgar que, privada quizá de la honra, sin deudos ni amigos, en fin, sin nada de cuanto es querido en la vida, se hallaba condenada á desgastar una existencia desdichada en tierra extranjera, y á sepultar un corazón despedazado en una temprana huesa.—¡Plegue al Cielo que yo pueda sustraerla á tan fatal destino! se dijo: pero el impío mundo ha cerrado la puerta de la compasión á una infeliz y débil criatura que, si contara con un buen amigo que la levantase, restituyéndola á su primitivo estado, contenta volvería á los senderos de la virtud y del sosiego. Pero ¡ah! que la mujer que á compadecer se atreve y trata de salvar á una extraviada hermana, sólo alcanza la mofa y el desprecio, y esto por una acción que regocija áun á los ángeles!

Cuanto más la Señora Beauchamp observaba la solitaria y triste vida que Carlota llevaba, tanto más crecía en élla el deseo de hablarle y de aliviar sus penas; y cuando la veía así inquieta y acongojada, y con

las mejillas empapadas en angustioso llanto, solía decirse:—¡Oh querida paciente mía! con cuánta solicitud y contento no derramara sobre tu lacerado corazón el bálsamo del consuelo, si no fuese por el temor del ridículo en que yo pudiera caer!

Pero un suceso inesperado resolvióla á arrostrar el sarcasmo y la befa del mundo, antes que dejar de disfrutar de la inefable y celestial satisfacción de consolar á una atribulada y mísera criatura.

La Señora de Beauchamp acostumbraba á madrugar. Como se pasease una hermosa mañana por el jardín, apoyada en el brazo de su esposo, llamáronle la atención los flébiles acordes de una arpa. Paráronse á escuchar, y oyeron distintamente que una suave y melodiosa voz cantaba las siguientes estrofas:

Astro glorioso y fúlgido que te alzas
Desde el profundo seno de la mar
Y el universo alegras con tus rayos,
¡Ah tú no puedes mi dolor calmar!

En vano, cuando asomas en Oriente,
Mándasme el nuevo día celebrar,
¡Ay, porque mi temprano sacrificio
Me condena á gemir sola y rogar!

¿De qué sirve el encanto de natura
Al pecho desolado, que ni paz,
Ni un caro y dulce amigo, ni consuelo
En este mundo encontrará falaz!

¡Oh nunca, nunca! mientras yo respire
Del corazón las penas finarán! . . . .
Ven, muerte amiga, ven, y á tu mandato
Acabe mi dolor, cese mi afán (1) !

———

(1) Thou glorious orb, supremely bright,
Just rising from the sea
Thou cheer all nature with thy light,
What are thy beams to me?

In vain thy glorious bid me rise;
To hail the new-born day;
Alas, my morning sacrifice
Is still to weep and pray.

—Es la pobre Carlota! exclamó la Señora de Beauchamp, y al propio tiempo deslizóse por sus mejillas una lágrima de ternura y compasión.

El Mayor, al ver la súbita emoción de su esposa; preguntóla inquieto:—¿De qué Carlota habláis, y dónde la habéis conocido?

Con el blando acento de un ángel compasivo, refirió á su esposo los infortunios de Carlota, manifestándole á la vez el vivo deseo que la animaba de serle útil.—Me temo, continuó, que la pobre niña haya sido cruel y villanamente traicionada. Si no lo llevaseis á mal, gustosa la visitaría, ofreciéndole mi amistad y probando á restaurar á su corazón el perdido sosiego, que con tan honda queja se lamenta. Quién sabe, querido mío, continuó apoyándose en el brazo del Mayor, quién sabe si ya no cuenta con el afecto de sus padres, y llora desconsolada sus propios desvíos; acaso harto desea volver al hogar paterno, donde, olvidando las pasadas faltas, recibirán á la arrepentida con lágrimas de gozo. ¡Oh! cuán dulce satisfacción experimentara yo, si fuese quien la alcanzase perdón, devolviéndole el sosiego..... No, imposible es que aquel corazón se halle pervertido.

—Mujer singular! exclamó Beauchamp, abrazándola, cuánto ganas en mi estima con tan nobles aspiraciones! Emilia mía, obedece á los impulsos de tu buen corazón, y no te cures de que los necios y orgullosos puedan, si á ello se atreven, censurar tu proceder; an-

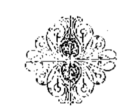
---

For what are nature's charms combin'd,
To one, whose weary breast
Can neither peace nor comfort find,
Nor friend whereon to rest?

Oh, never! never! whilst I live
Can my heart's anguish cease:
Come, friendly death, thy mandate give,
And let me be at peace.

tes compadéceles por hallarse despojados de humanitarios sentimientos. Bien pudiéramos decir á los tales, con la conciencia de la verdad, que un virtuoso corazón se halla siempre inclinado á compacer y perdonar los extravíos de nuestros semejantes.—

Un rayo de alegría, inefable, celestial, inundó el rostro de la Señora de Beauchamp, como oyese los encomios de su esposo; dulcísimas sensaciones se apoderaron de su seno, y después del almuerzo se dispuso para ir á visitar á Carlota.





CAPÍTULO XXI.

Una visita afectuosa.

Enséñame á sentir los males de otro,
Las faltas á ocultar de los demás;
Alcance yo á mostrarles tus piedades,
Que ellas consuelos y esperanzas dan. (1)

En tanto se vestía la Señora de Beauchamp, sintióse algo contrariada al tener que trabar relaciones de amistad con Carlota, no hallando medio de poder motivar su primera visita.

—Yo no debería ir sin ser presentada, se decía; de otra suerte, acaso verá en mi proceder sólo una impertinente curiosidad.

Recobrándose, finalmente, encaminóse al jardín, y tomando algunas buenas manzanas, que le sirvieran de pretexto, fue á hacer su visita.

Un vivo sonrojo inundó el rostro de Carlota, así que la Señora de Beauchamp se presentó á la puerta.

—Espero, Señorita, me perdonaréis el no haber venido antes á ofrecer mi amistad á vecina tan es-

(1) Teach me to feel another's woe;
To hide the fault I see:
That mercy I to others show,
That mercy show to me. . . . . (*Pope*).

timable como sois vos; pero nosotras las inglesas somos siempre las mismas donde quiera que vayamos: bien sabéis que la reserva es señal característica de nuestra nación. Me he tomado ahora la libertad de traeros estas pocas manzanas, pues observo que no las tenéis en vuestro jardín.

Carlota, aunque naturalmente atenta y bien educada, se halló tan confusa, que apenas pudo articular algunas palabras de agradecimiento. Su bondadosa visitante, sin querer advertir tal confusión, continuó así:—He venido, Señorita, á suplicaros que paséis el resto del día conmigo. Me hallo sola, y puesto que vos y yo somos extranjeras en el lugar, satisfechas nos sentiremos, en lo sucesivo, con nuestra recíproca amistad.

—Vuestra amistad, Señora! repuso Carlota sonrojándose, honra sería para mí superior á la que merezco. Veo, que así desconocida y obscura como soy en este país, no he sido extraña á vuestra generosa bondad y notoria benevolencia; pero, mi amistad!... .Se calló la pobre niña, pues conoció de lleno su propia actual situación, y, á pesar de gran esfuerzo para reprimir sus emociones, no lo pudo, y desatóse en amargo llanto.

La Señora de Beauchamp adivinó la causa de esas lágrimas.—Sois desgraciada, Señorita; acaso padecéis; pero, ¿me juzgaréis digna de vuestra confianza? ¿podré conocer la causa de vuestros sufrimientos para emplear en obsequio vuestro cuantos medios estén á mis alcances?

Carlota no pudo hablar; pero agradecióle con una íntima y profunda mirada. Su amiga continuó en estos términos:—Mi corazón se halla interesado por vuestra suerte, desde que os ví por vez primera, y siento no haberos ofrecido cuanto antes mi amistad;

mas, me lisonjeo con la idea de que en adelante me consideraréis como vuestra amiga.

—¡Ah Señora! debo confesaros que soy harto desdichada; que he perdido la buena opinión que gozaba entre mis padres y parientes, pues los he abandonado cruelmente, y ahora me veo perdida para siempre.

—Calmaos, querida mía, repuso la Señora de Beauchamp; no os atormentéis con tan tristes pensamientos, acaso no sois tan infeliz como lo imagináis. Serenaos, y hacedme la gracia de comer hoy conmigo. Me alienta la idea de que bien mereceré vuestra amistad y confianza, las que, me prometo, no quedarán burladas.

Carlota agradeció la benevolencia de la Señora, y cuando ésta se despidió, prometióle que iría bien pronto á su casa.

En efecto, á la hora convenida, presentóse Carlota en casa de la Señora de Beauchamp. Durante la comida se mantuvo jovial y sosegada, y cuando se alzaron los manteles, resolvióse á confiar á la amiga su triste y lamentable historia; lo cual lo hizo con elocuencia conmovedora y delicadeza de expresión. Concluída la narración, la manifestó el vivo deseo que la animaba de dejar una vida tan culpada y que tánto aborrecía.

Con el benévolo y plácido continente de un ángel que nos trae consuelos y perdón, paz y ventura, escuchó la Señora de Beauchamp la ingenua y conmovedora relación que la niña le hiciera. Sintió atristársele el alma viendo cómo la pérfida La Rue había sido causa de la seducción y ruína de tan amable criatura; arreció su pesar, hasta hacerla verter lágrimas, la consideración de que, mujer tan vil y malvada era la esposa de su padre. Cuando Carlota hubo concluído y serenádose, la preguntó su buena amiga si había escrito á sus padres.

—Sí, Señora, contestóle, les he escrito con frecuencia; mas ¡ay! temo que, como he despedazado su corazón, me hayan renunciado para siempre, ó que quizá la pena que les he causado, les haya llevado al sepulcro, pues nunca he recibido letras de éllos.

—Mas bien sospecho que no hayan recibido vuestras cartas. Pero, suponiendo que alcanzáseis noticias de vuestros padres, que supiéseis se hallan dispuestos á recibiros y perdonaros, ¿querríais dejar á ese ingrato Montraville y volver á vuestro lejano hogar?

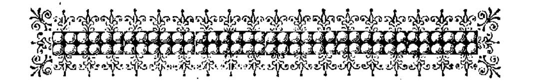
—¡Si lo quisiera! exclamó Carlota juntando las manos; ¿no querría, por ventura, el solo y pobre marinero, lanzado en medio de un tempestuoso océano, y en presencia de la muerte á cada instante, regresar ansioso y contento á las costas que abandonó por confiarse á una engañosa calma?.... ¡Oh Señora! continuó con la expresión de una inspirada, yo volvería, aunque para alcanzarlo tuviese que caminar con los piés desnudos y mendigando un escaso pan para soportar la existencia. Todo lo sobrellevaría animosa y contenta, á trueco de ver una vez más á mi idolatrada y buena madre; de oír de sus labios el perdón y merecer, antes de morir, su bendición. Pero ¡ah! presiento que ya más no la veré!.... ha borrado aún de su memoria el recuerdo de la ingrata Carlota... ¡Cuán pavoroso y triste es pensar que bajaré al sepulcro cargada con las tremendas maldiciones de mis padres!... ¡Ah! nunca podréis concebir cuánta amargura hay en esta idea, noble y buena Señora!

La de Beauchamp se esforzaba á calmarla, pero inútilmente.

—Les escribiréis otra vez, la dijo, y yo me cercioraré de que la carta se despache por el primer vapor que se dirija á Inglaterra; entre tanto, tranquilizaos,

y dad cabida á la esperanza en vuestro pecho: confío en que días menos tormentosos os esperan.

Entonces la amiga dió otro sesgo á la conversación, y Carlota, luégo que hubo tomado el té, despidióse agradecida de su benevolente amiga.



CAPÍTULO XXII

Pesares del corazón

Carlota, ya de vuelta en su casa y un tanto sosegada, tomó la pluma para escribir á sus queridos padres; porque en el fondo de aquella alma absorta en la tribulación, dominaba la idea de alcanzar perdón de los autores de su existencia; pero todos sus esfuerzos fueron vanos: la profunda emoción que la dominaba, púsola incapaz de coordinar sus ideas; y las abundantes lágrimas que se agolpaban á los ojos, le oscurecían la vista. Como tratase de describir su desdichada situación, y teniendo delante las funestas imaginaciones de su triste pasado, tomaba creces su congoja, hasta el punto de verse obligada á dar de mano á su intento. Al fin, retiróse al lecho, donde, abrumada la mente y fatigada, cayó, durante algunas horas, en una como profunda somnolencia. Nunca está el ánimo tan ansioso de sensaciones plácidas, como cuando ha sido conmovida por fuertes sacudidas. Así, cuando despertó, habíase serenado su espíritu. Levantóse, y ya con algún aliento para llevar á cabo la penosa tarea que se había impuesto, pudo concluír, si bien con gran trabajo, la siguiente carta dirigida á su madre:

"A la Señora de Temple:

¿Dignaráse mi bondadosa, mi siempre amada madre, recibir la carta de la hija culpada, pero arrepentida; ó, justamente indignada con su ingratitud, rechazará aún el recuerdo de la infeliz Carlota? .... ¡Madre mía! aunque me rechacéis indignada, no me atreveré á quejarme, porque veo que cuanto mal me sobrevenga sobrado lo merezco. Pero, creédme: así criminal como soy, y aun en el fatal momento en que, olvidando mi deber, volé de vuestro lado y de la felicidad que allí me sonreía, frustrando, cruel, vuestras esperanzas, todavía os amaba profundamente, y despedazábase mi corazón con la idea de lo que por mí deberíais sufrir. ¡Oh! nunca, nunca, mientras yo respire, se borrará de mi memoria la mortal agonía de ese instante: fué como la separación del alma de la materia; como el ansia del que desfallece: brusca, dolorosa, espantable.

¿Qué pudiera yo alegar que sirviese de excusa á mi falta? ¡Ah, nada, nada! Que amaba á mi seductor, sobrado cierto es; mas, así poderosa y activa como es la pasión en un joven y sensible pecho, nunca hubiera triunfado, mi dulce madre, sobre el afecto que os profeso, si no me hubiese incitado, urgido tenazmente una mala mujer, que con máscara de amistad, impelióme á dar ese paso que me ha arrojado á la sima de la infelicidad. No, vuestra Carlota no era aviesa, ni se lanzó voluntariamente á una vida de infamia; no, madre querida: con la apariencia y trazas de mi vil seductor, que con mañera sagacidad, y bajo solemne promesa de matrimonio, disipaba mis recelos, cautivando mi voluntad, no pensé fuese tan pronto y lastimosamente olvidada aquella promesa, ni nunca recelé que el seductor abandonase al triste ob-

jeto de su pasión, una vez satisfechos sus criminales deseos.

Llegados á este paraje, esperé en vano el cumplimiento de su promesa; en vano imaginaba poder lavar con tiernas lágrimas, de una felicidad pura, la marca de ignominia que había estampado en vuestro nombre; me convencí al fin que jamás pensó el verdugo de mi inocencia en hacerme su esposa. Lo que de su amor nunca pude alcanzar, no quise obtenerlo, apelando á sentimientos de humanidad y lástima; persuadida me hallaba de haber perdido la única joya que, á los ojos del mundo, me hiciera digna y recomendable. Cerré con llave dentro de mi seno mis propios pesares, y soporté en silencio las amarguras de mi adversa suerte. Fuerzas me faltan para proseguir, ¡oh, madre mía! Montraville, el inhumano y cruel Montraville, por quien sacrifiqué honor, felicidad y el afecto de mis padres, ya no me ama, no, sino que mira en mí sólo una despreciable é indigna mujer. ¡Oh, si me viéseis cuál me encuentro, padres míos! Sin compañía ninguna, acosada sin cesar por los remordimientos, y aún—siento que la vergüenza enciende mi rostro mientras escibo—atormentada con las amarguras y zozobras del amor desengañado y vendido; el alma sumida en honda pena, con su indiferencia; y él, el villano, que no se cura de suavizar mis penas, ni de volver algún consuelo á mi ánimo sobresaltado.... En las grandes desolaciones de mi corazón, en las profundas tristezas del alma, suspirando por el distante hogar querido, donde se halla cuanto he amado sobre la tierra, mi diaria ocupación es pensar en vosotros y llorar, dándome á multitud de recuerdos dulcemente dolorosos; rogar por vuestra felicidad y lamentar mi irremediable desventura. Mis noches, ¡ay! apenas si son menos tormentosas;

porque, si por dicha cierro mis desolados párpados, dando pasajero olvido á mi tristeza, la imaginación me transporta á la distante casa paterna; allí os veo, amadísimos padres; me arrodillo en vuestra presencia, y oigo de vuestros labios palabras benditas de paz, olvido y perdón. Una alegría extática enagena mi alma; extiendo los brazos para recibir vuestro amoroso abrazo; la engañosa ilusión se desvanece, y despierto y palpo mi grande desventura! Otras veces, en medio de mis tétricos ensueños, veo á mi padre que, enojado y pesaroso, se está junto al lecho de dolor donde agonizáis. Me esfuerzo por levantaros, pero me rechazáis con horror, y oigo que me decís con desgarrador acento:— ¡Carlota, me has asesinado!... El horror y la desesperación se apoderan de mí; despierto sobresaltada y temblorosa, y dejo el lecho como enagenada. La fiebre latente que va devorando mi existencia, crea estas imágenes; las fuerzas desgastadas por los padecimientos de cuerpo y espíritu, me dan á conocer que mi final partida se acerca.

Por dolorosas que estas consideraciones sean, hay todavía una, más tremenda y espantable. ¡Ah madre mía, mi idolatrada madre! no sé qué hacer para no quebrantar del todo vuestro amargado corazón. Menester es qué sepáis que, después de pocos meses, vendrá al mundo un sér inocente, testigo de mi falta. ¡Ah, pobre corazón mío desgarrado! llevo en mi seno á una desvalida criatura, cuya herencia será la infamia, el abandono y la vergüenza!

Tal consideración, sobre todas, me ha urgido á dirigirme á vos, interesándoos en favor de este sér que aún no ve la luz. En cuanto á mí, habiéndoos escrito á menudo, clamando perdón y suplicándoos me admitáis bajo el techo paterno, sin nunca

haber recibido respuesta, creo que me habéis renunciado para siempre.

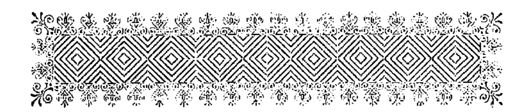
Pero nunca rehusaréis vuestra protección al hijo inocente de la infeliz Carlota: él no debe participar de la culpa de la madre. ¡Oh padres míos! siento doblada dentro de mí la angustia mortal que, por causa mía, quebranta vuestros corazones!

Si fuese una niña el sér que vendrá al mundo, hacéisla saber la desgraciada suerte de su madre, enseñándola á evitar mis errores; si fuese un niño, le moveréis á que se duela de mi infortunio, sin noticiarle de quién me le causó, á fin de que, intentando vengar la ofensa de su madre, no perturbe el sosiego de su padre.

Y ahora, prendas queridísimas de mi alma, fieles y bondadosos guardianes de mi infancia, adiós!.... Presiento con amargura insólita que ya nunca os veré! La angustiosa agonía de mi corazón va matando la vida: después de pocos días descansaré en el sueño eterno....Si pudiera yo alcanzar vuestro perdón y bendiciones antes de mi muerte, sosegado y alegre fuera mi tránsito á la tumba!.... Anticiparía las fruiciones de una dichosa eternidad. ¡Ah! os pido y ruego, con toda la eficacia de una alma desolada, que no me maldigáis, porque la maldición de los padres traspasa el mundo y llega hasta la eternidad!....Padres míos, que una lágrima de compasión arranque de vuestros ojos la memoria de la infeliz

CARLOTA."





CAPÍTULO XXIII

Un hombre puede reir y sonreir, y ser un malvado

En tanto que Carlota disfrutaba algún consuelo con la amistad de la bondadosa Señora de Beauchamp, Montraville se encariñaba más y más con la Señorita Franklin. Pero Julia, que era ciertamente una amable niña, no vió en el pretendiente, ó no quiso ver, al hombre, más que por el lado que la halagaba. Poseía considerables bienes de fortuna, y determinó ser feliz con el sér á quien amaba su corazón, sin traer á la cuenta su alto rango y opulencia. Se penetró del amor que Montraville abrigaba por élla, aunque el amante probaba á ocultarlo, lo cual maravillaba á Julia, atribuyéndolo á la diferencia de posiciones que existía entre los dos. Así que Julia le manifestó su deferencia, pero con la cautela y dignidad que nunca comprometieran su modestia, fué acogida, por parte de Montraville, con manifestaciones de hipócrita alegría: un resto de pundonor, que aún alentaba en su pecho, impedíale aprovecharse de esa coyuntura para cautivar del todo el corazón de Julia.

Harto conocía la situación de Carlota, y no se le ocultaba que, abandonarla en tal estado, sería acción doblemente cruel. Casarse con la señorita Franklin, mientras el honor, la humanidad y otros sagrados y estrechos deberes le impelían á proteger y guardar á Carlota, fuera bajeza tan monstruosa, que su alma la aborrecía con horror.

Participó á Belcour su desazón, que era precisamente lo que más deseaba el falso amigo.—¿Y dudáis, en verdad, le dijo éste, riendo, y no determináis casaros con la amable Julia y ser dueño de su fortuna, sólo porque una atolondrada y romántica muchacha, que prefirió dejar á sus padres á trueco de volar contigo á América? Querido mío, obrad como hombre de seso, pues que no sois un niño. Vuestra quejosa y lánguida Carlota, que tanto desasosiego os causa, hubiérase escapado con cualquier ótro, si vos hubiérais faltado.

—¡Plugiese al Cielo que nunca le hubiese visto! exclamó Montraville; mi amor no fue más que el deseo de la pasión transitoria, pues sólo ahora conozco y siento que amo deveras, y que amaré con idolatría, mientras exista, á *Julia Franklin*. Sin *embargo*, dejar á la pobre Carlota en su actual estado, sería inaudita crueldad.

—¡Oh, mi sentimental *amigo!* repuso Belcour con sorna, ¿juzgáis que ningún otro, que no fuéseis vos, tendrá derecho, y quizá deberes, para proveer de lo necesario al *angelito?*

Montraville se estremeció.—En verdad, dijo, no intentaréis hacerme sospechar de la fidelidad de Carlota.

—No sólo sospecho de su falsedad, sino que tengo de ella evidencia.

Montraville se puso pálido como un muerto y temblaba con febril agitación.

—Así, balbuceó con despecho, debemos declarar que no se encuentra fidelidad ni virtud en la mujer.

—Cuando te veía tan apasionado, dijo Belcour con cierta maligna indiferencia, nunca quise conturbar tu alegría, dándote á conocer su perfidia; pero ahora que amas á Julia y que eres correspondido, quiero que aquellos necios escrúpulos de honor, no estorben tu felicidad futura, ni que desgastes tu solicitud y ternura en procurar paz y contento á una mujer pérfida, que impedirá tu unión con persona de tanta valía como es Julia.

—¡Justo Cielo! exclamó Montraville, cuán desgarradoras reflexiones tiene que soportar el hombre que ha hundido en la infamia á una inocente mujer, y que tiene la conciencia de haber sido su primer seductor!... Pero, ¿estás cierto, Belcour, de lo que me dices?

Tánto, que yo mismo he merecido ciertas preferencias de parte de élla; pero no he querido pasar adelante, á causa de la amistad que nos liga. Así que, lo que te importa es despreciarla, y no pensar más en élla. Hoy comí en casa de Míster Franklin, y Julia me pidió te comprometiera para tomar el té en su casa. Vamos, pues, querido, aprovecha de tan buena oportunidad, y acepta el presente de la fortuna voltaria, en tanto te sonría.

Harto inquieto se hallaba Montraville para mostrarse contento, aun en compañía de Julia. Resolvió visitar á Carlota á la siguiente mañana; convencerla de su traición y falsedad y darla un eterno adiós; pero en la misma noche recibió orden de su jefe para salir á una población inmediata, donde permaneció cosa de seis semanas; así que no pudo, por tal motivo, poner en planta su resolución. Al fin, ya de regreso en la ciudad, se encaminó á la solitaria mansión de Carlota, donde llegó á eso de las cuatro de la tarde;

subió las escaleras, y como no la hallase en la sala, se dirigió al dormitorio. Abre la puerta, y el primer objeto que se ofrece á su vista, es Carlota dormida en el lecho, y á su lado Belcour.

—¡Muerte y destrucción! exclamó pateando con furia, esto es demasiado! Defiéndete, villano! Belcour simuló como quien huye. El ruído despertó á Carlota: aterrada con el airado continente de Montraville, y mirando á Belcour, que trataba de evadirse, asióse fuertemente del brazo de aquél, así como se aproximó á la cama, y preguntóle con ansia lo que pasaba.

—Mujer infame! le dijo, ¿y aún te atreves á preguntar? Dí, al instante, ¿cómo penetró ese malvado hasta aquí?

—Pongo al Cielo por testigo, replicó llorando, que no sé nada. Ha tres semanas que no le he visto.

—Luego confiesas que en ocasiones te visita?

—Ha venido algunas veces, y eso porque vos así lo habéis deseado.

—¡Falso! nunca he deseado que viniese á esta casa, harto lo sabes. Mas, óyelo bien, Carlota: desde este momento quedan rotas nuestras relaciones. Que en adelante Belcour, ó cualquier otro de vuestros amantes, te tome por su cuenta: en cuanto á los dos, hemos acabado para siempre.

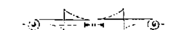
Y disponíase á salir; pero élla, saltando con desesperación de la cama, se arrodilló delante de Montraville, protestando que era inocente y rogándole con encarecimiento que no la dejase.

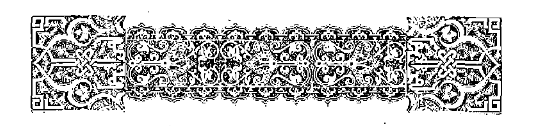
—¡Oh, Montraville! exclama, matadme, sí, pero no receléis de mi fidelidad. No me abandonéis en tan tremenda situación, os lo pido por amor de vuestro hijo que llevo en mi seno! .... ¡Ah! no despidáis de vuestro lado á la madre sin ventura!

—Carlota, replicó el cruel Montraville con firme voz, yo cuidaré de que nada os falte, pero ya no nos veremos jamás.

Y se esforzaba por levantarla del suelo, sin conseguirlo; élla, asida de sus rodillas, le protestaba de su inocencia, conjurando á Belcour para que aclarase tan tremendo misterio.

Belcour arrojó á Montraville una mirada de desprecio, lo cual le irritó sobremanera; desprendióse bruscamente de los débiles brazos de la infeliz niña, quien, dando un fuerte y prolongado alarido, cayó sobre el pavimento, sin sentido. Montraville salió de la casa con gran priesa, y encaminóse á la ciudad, todo inquieto y sobresaltado.





CAPÍTULO XXIV

Misterio descubierto

Desgraciadamente para Carlota, el capitán Beauchamp y su Señora se hallaban ausentes desde antes que ocurriesen los sucesos que acabamos de referir; así, la infeliz niña se vió privada de los amistosos consuelos que éllos la hubieran prodigado. La tarde en que Montraville fue á visitarla, se había sentido tan débil y fatigada que, después de tomar algún alimento, se acostó para restaurar sus fuerzas desfallecidas, y bien pronto se durmió. No había trascurrido mucho tiempo, cuando llegó Belcour, quien la visitaba en toda ocasión favorable á sus dañados intentos, y se empeñaba en despertar en el corazón de la niña resentimiento y celos contra Montraville. Preguntó á la criada si su Señora estaba en casa, é informado de que se hallaba acostada, entró en la sala y luego abrió un libro para entretener el tiempo. Pocos minutos habían pasado, cuando, dirigiendo casualmente la mirada hacia la ventana que daba al camino, vió que venía Montraville. En el instante concibió el diabólico designio de arruinar para siempre á la infeliz Carlota. Así que, en tanto llegaba el ami-

go, se deslizó calladamente al dormitorio y acostóse junto á Carlota que dormía. Ya sabemos que en esta situación los encontró el crédulo amigo.

Después que Montraville, rechazando bruscamente á la llorosa Carlota, la dejó caída y desesperada, Belcour se acercó á levantarla, fingiendo, con infernal hipocresía, dolerse de sus males y probando á consolarla. Ella, como distraída y enajenada, no escuchaba las pláticas del falso amigo. El recuerdo de lo que había pasado recientemente y la crueldad de Montraville, la tenían como embargada. Mas, como Belcour se le acercase demasiado, le rechazó con violencia, exclamando:—Dejadme, hombre cruel, que habéis sido causa de que se sospechase de mi fidelidad; idos, que quiero devorar sola mis penalidades y miseria.

Entonces Carlota salió precipitadamente, y retirada en un oculto aposento, arrojóse sobre un sofá, y dió larga rienda á la agonía de un dolor insólito: dolor vivísimo y punzante que no nos es dado describir; dolor, en suma, que llevaba la muerte al alma y al corazón de la infeliz Carlota.

OcurrióseIe á Belcour que la niña podría escribir á Montraville, probando á convencerle de su inocencia, y como harto conocía la volubilidad del corazón de su amigo, se propuso impedir que carta ninguna llegase á sus manos. Con tal intento, llamó á la criada, y con la eficaz persuación del dinero, alcanzó la promesa de que toda carta que escribiese su Señora, le sería entregada. Arreglado este negocio, escribió á Carlota una carta atenta y comedida, y dejándola sobre una mesa, regresó á Nueva York. Su primer diligencia fué buscar á Montraville, y empeñarse en convencerle de que, cuanto había entre éllos ocurrido, contribuía á su felicidad. Hallóle en su habitación solo y taciturno, entregado á dolorosas reflexiones.

—¿Cómo nos encontramos, amante quejoso y afligido, le dijo dándole una palmadita en el hombro. Montraville se estremeció; el resentimiento y la indignación se pintaron en el rostro; luégo palideció, á causa del atormentador recuerdo que le salteaba--recuerdo despertado por aquel amonestador secreto, el cual, por más que nos empeñamos en acallarlo, latente nos acompaña dondequiera.

—Belcour, le dijo, me habéis ofendido villanamente.

—Te ruego, querido Juan, replicó Belcour, que no hagas caso de lo ocurrido: ¿cómo pude, á no ser de mármol, rehusar los favores de la muchacha? Antes bien, da gracias al cielo de que aún no sea tu esposa.

—Así es la verdad; pero ella fué inocente y pura cuando la conocí. Belcour, yo la engañé, yo la seduje; sin mis mentidos juramentos y promesas, sin mis malos designios y violencia, todavía se encontrara virtuosa y feliz, bajo la protección de sus padres.

—¡Pesia á tal! replicó Belcour riendo, si no te hubieras aprovechado de su inexperiencia, ótro no habría dejado pasar la ocasión. Así, ¿cuál es la diferencia?

—¡Pluguiera al Cielo que nunca la hubiese visto! exclamó aquél apasionadamente y levantándose del asiento. ¡Oh! esa francesa, esa maldita mujer! añadió con vehemencia; sin la intervención de ese demonio en forma humana, pude haber sido harto feliz! . . . Y guardó silencio.

—Con Julia Franklin lo serás, repuso Belcour.

Este nombre, al modo que lo hiciera la súbita aparición de una chispa eléctrica, pareció embargarle por un momento las facultades; mas, recobrándose y tomando la mano á Belcour, exclamó:—Callad, callad, ruégote que nunca nombréis á la encantadora

Julia á la par que al infortunado Montraville. Soy un seductor, indigno y vil seductor de la inocencia inexperta y confiada. No me atrevo á esperar que pureza como la suya se abata hasta el punto de unirse con la más negra y premeditada perfidia. Así y todo, Belcour, juro por los altos poderes celestiales, que pensé amaba perdidamente á la abandonada Carlota, hasta que ví á Julia; pensé que nunca podría dejarla; pensé..... pero, ¡ah, cuánto nos engaña nuestro propio corazón! Ya puedo distinguir claramente lo que va de la fogosa pasión del jóven á la llama purísima del afecto sereno y desinteresado.

En este momento pasaba Julia Franklin, apoyada en el brazo de su tío, por junto á la ventana donde conversaban los dos amigos. Saludóles cortesmente, y con modesta y encantadora sonrisa exclamó:—Caballeros, ¿pensáis pasar dentro de casa en tan hermosa tarde? Había tal unción en su voz, tal atractivo en sus maneras, tal ternura en su mirada, que era imposible resistir.

—Acaso desea que la acompañe, se dijo Montraville, mientras tomaba su sombrero. Si pudiera conocer que élla me ama, le confesaría mis faltas, y fiaría en su generosidad para alcanzar lástima y perdón.

Presto la alcanzaron; Montraville le ofreció el brazo y continuaron el paseo. Belcour y Míster Franklin trabaron una animada conversación de política; andaban éstos con más celeridad que la joven pareja, la que pronto los perdió de vista. Era una hermosa tarde de otoño: los últimos destellos del moribundo díase proyectaban tenuemente en el firmamento occidental, mientras la luna, con su pálido y virginal resplandor, abrillantaba el dosel del cielo con purísima plata reflejada en lijeras nubes que, de cuando en cuando, medio ocultaba su faz amorosa, y, así en par-

te escondida, aumentaba la placidez de la campiña. *El manso céfiro susurraba entre los árboles y grave silencio reinaba doquiera.* A un ánimo sosegado y dichoso una tarde como ésta comunicaría plácida serenidad é *inefable contento.* No así á Montraville, que probaba inútilmente á calmar la tempestad que bullía en su agitado seno; semejante escena le daba nuevo argumento á *sus melancólicas* reflexiones. Julia iba apoyada en su brazo.

Después de haber recorrido algunas avenidas del paseo, Montraville la toma la mano, la estrecha con efusión, y suspira tristemente, pero sin proferir una palabra. Julia se encontraba confusa, y harto deseaba terminar un silencio tan inconveniente, pero no se atrevió á éllo. Amaba á Montraville; pudo penetrarse de que era desdichado, y aunque deseaba saber la causa de su inquietud, con todo, guardóse de preguntar, obedeciendo á aquella universal timidez que, por dicha, *puso naturaleza* en el corazón de la mujer.

—Os sirvo de mala compañía, Señorita, aventuró á decir Montraville, y espero me perdonéis; hoy me ha sobrevenido un lance del todo desagradable, y apenas si puedo sobreponerme á la fuerte impresión que me ha causado.

—Siento mucho que os halléis desazonado, replicó élla. Segura estoy de que si fueseis tan feliz como lo merecéis, y como todos vuestros amigos lo desean.... Y se interrumpió.

—¿Sería yo tan dichoso que pudiese contar en el *número de éllos á la amable Julia?*

—Seguramente que sí; pues el servicio que os debo, de un lado, y vuestras recomendables prendas, de *ótro, me llevan á estimaros.*

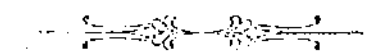
—Tan sólo estima, Julia adorable! exclamó con pasión; ¡estima! palabra fría y miserable. ¡Ah! yo qui-

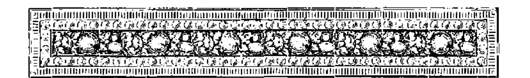
siera; pero no me atrevo.... pensaba que merecía.. pero, no, no debo, no puedo. ... me lo prohibe el honor. Julia, soy harto inferior al concepto en que me tenéis; soy un sér desgraciado y miserable!

—¡Ah! suspiró Julia, os compadezco de veras.

—Encantadora beldad! repuso, cuánto esta dulcísima palabra alegra mi apenado corazón! A la verdad, si conociéseis la causa de mi pesar, me compadeceríais; pero temo, al propio tiempo, alcanzar vuestro desprecio.

En esto se acercaban Míster Franklin y Belcour, y tuvieron que interrumpir tan interesante conversación. Como siempre sucede en casos semejantes, les fué imposible dar con otro tema para platicar, y regresaron taciturnos, silenciosos. Llegados á la puerta de casa de Míster Franklin, Montraville, estrechando otra vez la mano de Julia, murmuró calladamente: buenas noches. Descorazonado y triste se retiró á su habitación, porque tenía conciencia de no merecer el afecto con que un ángel le favorecía.





CAPÍTULO XXV

Recibo de una carta

—¿Dónde se hallará ahora nuestra pobre Carlota? decía una tarde Míster Temple, en tanto que el viento helado de otoño silbaba ronca y sordamente en los vecinos árboles, y el amarillento aspecto del distante bosque anunciaba la proximidad del invierno. En vano activo chisporroteaba el alegre fuego del hogar; en vano Temple se encontraba rodeado de todos los consuelos de la vida: el corazón del sensible padre, sumido se hallaba en el más activo dolor: pensaba que, desde hace tiempo, su queridísima hija se hallaba en temprana edad, expuesta á la miseria y privaciones en tierra extranjera, sin un deudo que acompañase su dolor y la consolase, sin una mirada de compasión que suavizara su amargura, en fin, sin una voz de angélica piedad, que derramara el bálsamo de consuelo sobre su apenado corazón; y cuando así pensaba, su alma toda se derramaba de ternura; y en tanto enjugaba las lágrimas de angustia que asomaban á los ojos de de su paciente, atribulada Lucía, esforzábase él mismo para contener el llanto que casi asomaba á sus

ojos.—¡Oh, pobre hija mía! decía la Señora de Temple, cuán demudada deberá encontrarse! Si á lo menos hubiese calmado la cruel agonía de nuestro corazón escribiéndonos unas pocas líneas, noticiándonos que vivía, y que no ha olvidado á sus padres que la idolatran......

—¡Dios mío, exclamó Temple, levantándose agitado de su asiento, quién quisiera ser padre para experimentar las mortales agonías que sufre el corazón del que lo es con la ingratitud del hijo!

La Señora de Temple lloraba silenciosamente; su padre, Míster Eldridge, estrechándole la mano con efusión, quería consolarla, y con gran esfuerzo la decía:—Traquilízate, hija de mi alma; quiso continuar, pero las palabras morían en sus labios. Sigióse un silencio profundo y sombrío, que luego fué interrumpido por un fuerte golpe dado en la puerta. Un criado se presenta con una carta en la mano.

La Señora de Temple la toma apresurada, y, mirando el sobrescrito, reconoce la letra.—¡Es de Carlota! exclama, rompiendo el sello; ya veis que no nos ha olvidado del todo.

Pero apenas hubo medio recorrido la carta, cuando se apoderó de élla un fuerte temblor, se puso pálida, y, entregándola á su esposo, le dijo:—Leedla, que yo no puedo. Temple probó á leerla en voz alta, pero á menudo se interrumpía para dar salida á las lágrimas que á los ojos se agolpaban.—Pobre hija mía tan cruelmente engañada! exclamó, así que hubo acabado la lectura.

—¿Y no perdonaremos á nuestra arrepentida? preguntó la Señora de Temple.

—Deber nuestro es perdonar sus faltas, querida mía; de otro lado, élla se muestra deseosa de regresar; así que, deber nuestro es perdonarla y recibirla.

—¡Padre de misericordia! exclamó Míster Eldridge, juntando las manos y alzándolas en acción suplicante, otórgame la vida hasta ver una vez bajo el paterno techo á la triste fugitiva, y después, sácame de este mundo de tristezas y pesares!

—Sí, la recibiremos, dijo Temple; nos empeñaremos en curar las heridas de su pobre alma, dando paz y consuelos á su pecho contristado. La escribiré para que inmediatamente regrese.

—¡Oh, si yo pudiese volar en pos de mi hija hasta encontrarla! Levantaría su ánimo abatido en la próxima hora de dolor, y le diría cuán cercano está el arrepentimiento de la virtud. ¿No podremos partir nosotros y traerla aquí, al hogar de su infancia? dijo estrechando una mano de su esposo. Mi padre excusará nuestra ausencia, puesto que vamos á conducir á sus brazos al dije de su ancianidad.

—Tú no podrás ir, amada Lucía; la debilidad en que te hallas no te permitiría emprender un largo y fatigoso viaje; pero yo partiré y traeré á tus brazos á tu hija infortunada. Acaso el Cielo nos depará días de plácida felicidad.

Larga y dolorosa fué la lucha que se efectuó en el pecho de Lucía entre la ternura maternal y el conyugal amor. Finalmente, triunfó aquélla, y se resolvió que el esposo partiría para Nueva York en la primera ocasión. La madre escribió á Carlota la carta más sentida y consolatoria que imaginar se puede, antisipándose en el contento que experimentaría en el instante feliz en que estrechase entre sus brazos á su hija muy amada.



CAPÍTULO XXVI

Lo que debía esperarse

En este, entretanto crecía diariamente el amor que Montraville abrigaba por Julia, de quien era correspondido; con todo, harto preocupado se encontraba, á causa de la infidelidad de Carlota. ¡Qué extraño entonces que no se entregase del todo á las gratísimas sensaciones pue debieran ocupar su pecho! Así, no hallando obstáculo que se opusiese á su felicidad, solicitó y obtuvo la mano de la hermosa Julia.

Pero pocos días antes de su enlace, escribió á su amigo Belcour lo siguiente:

"Aunque Carlota, con su culpable proceder, se ha hecho indigna de mi protección y solicitud, todavía alienta en mí el deseo de atenderla y servirla, sobre todo, considerando que se halla próxima á su alumbramiento. De hoy más no quiero verla. Os envío una buena suma de dinero para que de mi parte se la deis; y si más necesitase, decidla que al punto se lo contaré. ¡Plegue al Cielo que yo pudiese persuadir á la niña extraviada para que regrese al hogar de sus padres! .... Siendo, como es, su única hija, no dudo que gozosos la recibirán. Harto me dolerá el verla en adelante llevar una vida culpada, pues no se me esconde que yo soy la causa de sus faltas. Si seguir

quisiese bajo vuestra protección, os ruego, Belcour, que seáis con élla indulgente y bueno. Que la pasión satisfecha no os impela á tratarla de suerte que, aunque su corazón repugne, se entregue á acciones más censurables. En tanto yo viva, no echará menos un amigo que la socorra; pero no quiero volver á verla: su presencia me será siempre sobrado dolorosa, y su mirada me sonrojaría, reconociéndome yo mismo culpado. La carta que luégo la escribiré, pondréisla en sus manos, cuando yo haya partido á Santa Lucía con Julia, lo cual se efectuará al día siguiente de nuestra unión".

Belcour prometió cumplir con el pedido del amigo; aunque nada estuvo tan distante de su intención, como el hecho de entregar la carta y los dineros que Montraville le diera: había resuelto arruinar á la infeliz Carlota, y fantaseaba, el villano, reducirla á su entera dependencia, alcanzando gradualmente acceso á su voluntad, hasta satisfacer su pasión brutal.

La noche anterior al día fijado para la unión de Julia con Montraville, se recogió éste á su habitación más temprano de lo que solía; y repasando con despacio los hechos pasados de su vida, sufrió intensamente con el remordimiento que le causaba la memoria de la seducción de Carlota.—¡Pobre niña sin ventura! exclamaba; al menos debo escribirla y darle mi eterno adiós; probaré también á despertar en su seno el amor á la virtud, que el aciago afecto que me profesara quizá lo ha extinguido.

Con tal intento, Montraville, tomando la pluma, probó á escribir, pero no encontraba palabras adecuadas, pues su mente era un caos. ¿Cómo dirigirse á la mujer á quien había seducido, y de quien, juzgándola indigna de su afecto, iba á despedirse para

siempre? Cómo decirla que se retractaba de las promesas que la había hecho, y que se hallaba á punto de unirse con eterno vínculo á otra mujer, y que ni aun podía reconocer como suyo el sér que llevaba en su seno?

Una, dos y hasta cuatro cartas principió á escribir, y luego al punto fueron destruídas. A la postre, después de constante brega, dió remate á la siguiente carta:

A Carlota:

"La pluma he tomado muchas veces para escribirte, ¡oh pobre niña caída y mancillada! pero incapaz me he sentido de llenar la difícil tarea que me he impuesto. Mas, así duro, así penoso como es el esfuerzo que debo hacer, necesario es arrostrarlo; pues no me resigno á apartarme de tí para siempre, sin darte un eterno adiós, y hacerte saber cuánto es doloroso á mi corazón el recuerdo de lo que fuiste, antes de que mirases al ya para tí aborrecido Montraville. Todavía la imaginación me representa aquella triste escena en que, despedazado tu corazón por contrarios afectos, en lucha cruel entre el amor y el deber, caísta desmayada entre mis brazos, y así te conduje dentro del carruaje. Recuerdo todavía la dura zozobra y angustia mortal que te saltearon cuando, ya vuelta en sí, pudiste conocer que te hallabas camino de Portsmouth. Pero, ¡ah! cómo, criatura adorable, cómo pudiste, siendo como eras tan virtuosa y buena, y amándome quizá con la intensidad con que yo te amaba, cómo pudiste, digo, ceder á las malvadas sugestiones de Belcour?....

¡Oh, Carlota! la conciencia me dice que fuí yo, hombre malvado y sin piedad, quien primero despertó en tu casto seno los engañosos atractivos de culpables placeres: yo quien te arrebató del paraje don-

de la virtud siempre mora y la acompaña el plácido reposo de la inocencia confiada.... ¿Y puedo, y me atrevo á decirte ahora que no fué el amor *quien me* impulsó á esa acción tan inaudita y horrenda?.... ¡Ah! no, ángel adorado, pero caído y mancillado! Creer debes ahora las palabras de tu arrepentido y apenado amigo, que, herido por la desgracia y desencantado, te dice: el hombre que de veras ama, nunca traiciona, ni abusa del caro objeto de su cariño.

Adiós, Carlota. Plegue al Cielo que aún halles encantos en una vida de sosegada inocencia, vuelta ya al dulce hogar paterno, acaso triste y solitario con tu ausencia. Nada te hará falta para atender á tus *necesidades* y á *las del niño*... ¡Oh, Dios misericordioso! que esa inocente criatura libre se vea de los vicios del padre y de la lamentable flaqueza de la madre!

Mañana.... pero no; no quiero, no puedo decirte lo que mañana sucederá: Belcour te lo dirá luego. Este pondrá en tus manos una cantidad de dinero con esta carta. Te ruego que siempre que lo necesites ocurras á mi bolsa.

Una vez más, adiós!.... ¡Ah! créeme: si un día supiera que te hubieses restituído á casa de tus padres y que gozas con éllos de la plácida tranquilidad de la que yo te sustraje, fuera yo tan feliz como tú. Pero no; no lo fuera; en tanto que apacibles y serenos tus días se deslizaran, tu recuerdo y mi falta, tu infortunio pasado y mis actuales remordimientos, proyectarán siempre funesta sombra sobre los contentos y risueñas esperanzas de

MONTRAVILLE".

Después de cerrada esta carta, se acostó y pudo disfrutar algunas horas de reposo. Muy de mañana lla-

maron á su puerta: era Belcour. Vistióse de priesa, y se dispuso para conducir á Julia al altar.

—Este dinero y esta carta son para Carlota, dijo, entregándoselos á Belcour; pondrásIos en sus manos, cuando yo haya partido con Julia á Santa Lucía. Más, vuelvo á rogarte y encarecerte, que no estorbes en manera alguna el deseo de Carlota de volver á los senderos de la virtud; por el contrario, estimúlale para que lo lleve á cabo.





CAPÍTULO XXVII

Solitaria en silencio élla gemía,
Y la cabeza lánguida inclinada,
Cual un hermoso lirio doblegado
Por el rocío diáfano del alba (1).

Han transcurrido tres meses desde los sucesos que hemos referido en el anterior capítulo. Durante este tiempo Carlota había devorado largas horas de íntima agonía y de dolores sin nombre, entregada, triste y solitaria, á crueles y melancólicas reflexiones—importunas y tristes compañeras de la soledad y el silencio — Nadie interrumpió su soledad, á no ser Belcour que, una ó dos veces, llamó á su puerta para informarse de su salud, y noticiarla que vanos habían sido sus esfuerzos para hacer que Montraville entrara en razón, quien ya más no se curaba de las tristezas de Carlota ni de sus dolorosas vigilias. Una vez, pero sólo una vez, experimentó algún contento con el recibo de una afectuosa carta de la Señora de Beauchamp. Había escrito á menudo á su pérfido seductor, derramando en las cartas toda la amargura y pasión de su pobre alma, probando á convencerle,

(1) Pensive she mourn'd; and hung her languid head,
Like a fair lilly overcharg'd with dew.

con la persuasiva elocuencia del corazón, de que era inocente; pero nunca sus cartas llegaron á las manos de Mo[illegible]raville; pues éllas, aún en el punto de verificarse [illegible] [illegible]trimonio, hubieran, sin duda, prevenido é[illegible] el [illegible]ante regresado habría junto á la infeliz [illegible] La activa, la íntima angustia de su corazón, estrujado con tan rudos golpes, desfallecido con la activa re[illegible]rdación de las tentadoras memorias del pasado, había deslucido grandemente sus hechizos: las mejillas pálidas y ajadas por el insom[illegible] y la fiebre, y los ojos, por el frecuente, casi con[illegible] ejercicio de llorar, hundidos, rojos y apagados se hallaban; ya en los amortecidos colores de Carlota no se miraba el cielo. En ocasiones, y cuando pensa[illegible] en sus padres, un fugitivo destello de esperanz[illegible] [illegible]ntaba en su corazón; pero ya nunca más se la vió sonreír, pues no hay poder alguno que sea capaz de hacer reír al que está triste: el llanto es patrimonio exclusivo del infierno, y de este perverso mundo.—Sí, éllos no podrán rehusar el perdonarme, se decía; mas, en el caso que no lo hicieran, por mi desgracia, ¿negarían su afecto y solicitud á mi pobre hijo, á causa de las faltas de la madre? Imposible, no podrá ser.—Cuánto echaba menos la desdichada, la doliente niña, la presencia de su benévola amiga, la Señora de Beauchamp!—Si élla estuviese aquí, se decía también, me consolara, compartiendo la extrema angustia de mi alma solitaria.

Una tarde, como se encontrase entregada á estas dolorosas consideraciones, se presentó de improviso Belcour. Aunque notables los agravios que la tristeza y el pesar habían causado en el rostro de Carlota, era todavía encantadora, angelical. La lasciva llama que incitado había á Belcour para poner disenciones entre élla y Montraville, sublevóse impetuosa en el

pecho del traidor amigo, desde que resolvió hacer de Carlota su querida; mas aún: concibió el infernal proyecto de llevarla consigo á Nueva York y presentarla en los lugares públicos frecuentados por Montraville para que la mirase y pudiera conver[illegible] de su inhumano triunfo.

Belcour, al penetrar en el cuarto de C[illegible] sembl[illegible] amistosa compasión, y con [illegible] ademán fingi[illegible] encuentr[illegible]dola una mano la dice:—¿[illegible] no os hallé[illegible] Carlota? siento no veros tan bien como lo [illegible] —¡Ah! no [illegible]

—[illegible] día, [illegible] que no me siento bien, Belcour; pero no es la [illegible]ermedad la que me va acabando, y fácilmente s[illegible]rtaría las dolencias y penalidades del cuerpo, y t[illegible]ría fortaleza aun para no quejarme; pero ¡ah! no [illegible] es dado sobreponerme á las hondas amarguras que en silencio devora mi pobre alma!

—Veo que no sois dichosa, Carlota, repuso mirándola con bien simulada tristeza.

—¡Ay! exclamó la niña tristemente y juntando sus manos, ¡cómo puedo ser feliz, así triste y sola como me hallo, sin una amiga siquiera con quien desahogar mi adolorido corazón, viendo que duda de mi fidelidad el hombre por quien todo he sacrificado en la vida; por quien me he convertido en un sér miserable y desgraciado, excluída de la buena sociedad y objeto de lástima y desprecio!

—Andáis errada en vuestros juicios, Señorita Temple: pues yo de mí sé decir, que nadie se atreviera á trataros con desprecio: quien quiera que os conociese, abrigaría por vos la mejor voluntad, y os considerara. Aquí os halláis muy sola, amable niña; permitidme os proponga llevaros á Nueva York, donde el agradable trato de algunas Señoras, á quienes os presentaré, disiparán vuestra tristeza y desazón, y yo vería

complacido que, á influencia de la jovialidad y el contento, tornaran á ostentarse vuestros hechizos.

—¡Oh! nunca! exclamó Carlota con énfasis; las mujeres honradas huyeran de mi lado escarneciéndome; y en cuanto á asociarme con gentes de mala vida, jamás lo consentiré. No, Belcour, dejadme esconder en esta soledad mi vergüenza y mi pesar; dejadme acabar aquí mis cortos días, así, en la osc[illegible]dad, desconocida y aún sin buscar la compasi[illegible]ie; dejadme morir aquí sin que haya quien [illegible]na lágrima sobre mi dura suerte; dejad, en [illegible] mi nombre se sepulte en el olvido al par de [illegible]tas.

No pudo proseguir; las lágrimas aso[illegible]ron á sus ojos, y una angustia cruel ató su lengua.

Belcour, fuertemente contrariado, tuvo miedo de aquel silencio angustioso, desgarrador, supremo, y no se atrevió á interrumpirlo. Después de algunos momentos, prosiguió la niña de esta manera:—He pensado ir á Nueva York, pero á buscar al inhumano y cruel Montraville, á quien amo todavía; á arrojarme á sus plantas, y, clamando, pedirle compasión. El cielo sabe que no lo haré por mí: si há tiempo que no es mío su amor, de él no alcanzaré alivio y consuelo á mis penas; pero mi pobre hijo que aún no ha nacido?....—Y no pudo continuar; sollozaba con violencia casi febril, y quedó por algunos instantes, muda, anhelante, desvariada; un encendido rubor inundó sus mejillas y, cubriendo el rostro con las palmas, rompió en triste y copioso llanto.

¡Pobre azucena ajada en los albores de la vida! brilló un momento con todas las galas de su lozanía, pero el ardor del medio día habíala marchitado.

Ante tan dolorosa escena despertóse en el pecho de Belcour un sentimiento semejante á la compasión. Se levantó y encaminóse hacia la ventana; pero la

aviesa pasión que en su seno fermentaba, pronto ahogó aquella tierna emoción. Pensó, pues, que si Carlota se convenciera de que serían inútiles todos sus esfuerzos para que Montraville volviese, más fácilmente daría cima á sus intentos. Así que determinó hacerla saber cuanto había acaecido. Volvió á ocupar su asiento. Carlota se había serenado.

—¿Habéis tenido noticias de Montraville, después del encuentro desgraciado en vuestro dormitorio? preguntó el pérfido Belcour.

—¡Ah! no, nada he sabido de él desde aquel tremendo día, y creo que en adelante tampoco sabré nada.

—Participo de vuestra opinión: pues hace algún tiempo se halla prendado de.....

Al oír esta última palabra, una palidez como de muerto cubrió el semblante de Carlota, y dejóse caer en el respaldo del sofá. Belcour prosiguió:

—Ha estado desde hace algún tiempo prendado de la Señorita Julia Franklin, muchacha jovial y agradable, y además dueña de una cuantiosa fortuna.

—Ella será rica, será hermosa, atractiva, cuanto queráis, pero nunca podrá amarle tan bien ni tánto como yo le amo.... ¡Oh! que élla se vea libre de sus insidias y engaños, y que no confíe tanto en él como yo, infeliz!

—La obsequia públicamente, y dícese que se casarán antes de que Montraville se embarque con dirección á Santa Lucía.

—Belcour, repuso Carlota tomándole la mano con ansia manifiesta y mirándole con gran inquietud, mientras sus labios pálidos temblaban con la convulsión de la agonía, Belcour, hablad, pero os ruego me digáis la verdad: ¿juzgáis que sea tan villano hasta el extremo de casarse con otra mujer, y dejarme aban-

donada morir de miseria y de pesar en tierra extranjera? Decidme si lo créeis posible, que tendré fuerzas para escucharlo. Veo que harto merezco mis presentes aflicciones, y me esforzaré á soportarlas resignada.

—Me temo que Montraville sea capaz de cometer esa villanía.

—Acaso, repuso Carlota, interrumpiéndole prontamente, acaso está ya casado. Os ruego me digáis todo, todo, continuó con cierta mal encubierta calma; no temáis que quisiera yo propinar tósigo alguno á la afortunada mi rival.

—Pues entonces, querida mía, repuso Belcour, engañado con aquella afectada serenidad, sabedlo de una vez: se hallan casados desde el martes último y ayer se embarcaron para Santa Lucía.

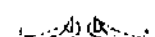
Estas palabras de Belcour vibraron en el corazón de la desdichada joven como vibra el primer doble de las campanas por el difunto que aún yace en el lecho de agonía, en el alma de la esposa que reza, llorando, arrodillada á sus piés. Quedó aterrada y alzados al cielo sus enjutos ojos—porque el extremo pesar había estancado en éllos las lágrimas; permaneció por unos momentos con las manos juntas y erguidas, y con desvariado acento exclamó:

—¡Casado!.... ido!.... Dios misericordioso!.... Sin darme un último adiós, sin una palabra de compasión por mi infelice suerte!.... Cruel y duro Montraville!.... mas no; yo te perdono, y el Dios de piedad perdonará tus perfidias.... Y lanzó un prolongado alarido con ansia inacabable: hubiera caído sobre el pavimento, si Belcour no acudiera á tiempo á contenerla sobre el sofá.

Mortales desmayos acometieron á Carlota; se la condujo á la cama, casi moribunda, y los sollozos que

solevantaban su pecho eran el único signo de vida que en élla se notaba. Belcour la acompañó velando en aquella noche, y por la mañana observó que la fiebre había subido de punto. Los paroxismos que la acometieron, asustaron sobremanera á Belcour. Reducida á un extremo, débil y del todo marchita, no podía despertar ya los impuros deseos que, activos, alentaban el día anterior en el pecho de aquel malvado.

Para ser verídicos, debemos decir que éste, durante los primeros días de enfermedad, iba frecuentemente á verla; pero luego le disgustaron la extenuación y mortal palidez de Carlota; así que sus visitas fueron menos frecuentes. Olvidó cuanto había ofrecido á Montraville, guardándose para sus disipaciones el dinero que recibió.... Pero siento que la llama del rubor enciende mi rostro en tanto escribo: gran vergüenza y deshonor es para la humanidad que existen seres tan malévolos y depravados! Olvidóse, al fin, de la pobre Carlota, y atraído por la frescura y robustez de la hija de un campesino—á quien había conocido en sus frecuentes correrías por el campo,—dejó á la pobre y desdichada niña, enferma y pesarosa, que descendiese á la tumba sin ningún auxilio y olvidada, y se propuso seducir á la sencilla labradora, entregándose luego á toda suerte de intemperancias con infernal ardor.





CAPÍTULO XXVIII

Consideraciones sobre lo pasado

—¡Válgame Dios! exclamará mi joven voluble lectora; me faltará al fin paciencia para concluír la lectura de este libro: hay en él tantos *ayes* y *oes!* tantos desmayos y lágrimas al volver de cada hoja. Tropezamos con tal cúmulo de desdichas y traiciones, que harto impaciente me siento por llegar á su término.

Pero, querida, alegre é inocente niña—que inocente y sencilla te supongo;—si te dueles de los infortunios y penalidades de la lastimada y sin ventura Carlota, ¿no te dice la conciencia que tál pudo haberte acontecido, si la munífica Providencia no se hubiera interpuesto para alejarte del peligro?... Así, querida inocente niña, te ruego prosigas con paciencia esta lectura, sin olvidar que relato una historia verdadera; historia que se dirige á todo corazón sensible y bueno. Mas, si por desdicha se hallase el corazón invulnerable, por la influencia de no interrumpidas prosperidades, ó aturdido en la funesta pendiente del vicio, nunca podré esperar que mi historia causara interés, ni que de su lectura se alcanzase provecho alguno: antes, por el contrario, y no sería extraño

se arrojaría con disgusto el libro. Pero, vamos despacio, amable lectora mía, y vuelvo á encarecerte no dejes el libro, en tanto no haberle recorrido hasta el cabo. Quizá encuentres algo que te indemnice de los pesares que esta lectura te ha causado...

Paréceme que con burlona sonrisa quieres decirme—Y qué! ¿imagina el presupuesto autor que podamos sacar beneficio alguno de esta lectura, siquiera el de precavernos de caer en graves faltas, siendo así que á Carlota nos la presenta como un objeto que causa profunda lástima? ¿No triunfa, por ventura, La Rue en su ignominia y, añadiendo arterías á su culpa, obtiene el amor de un hombre honrado, alzándose á una posición en la cual es bien mirada en—y atendida por—la sociedad de buen tono? Así, ¿qué suerte de moral es la que nos enseñáis? Intentáis convencernos de que el menosprecio de la virtud, encubierto con máscara de hipocresía, no debe merecer nuestra abominación, pero sí grandes honores y alabanzas? Y la inexperta y sin defensa niña, que cae víctima de su exagerada sensibilidad, ¿merecerá todo el anatema de nuestro desprecio?

Pero no así, hermosa preguntona mía: jamás tal cosa imaginé. Recordad las duras pruebas que la infeliz soporta; los grandes esfuerzos que hace la flaqueza para levantarse y resistir; lo cual, bien considerado, nos lleva derechamente á lamentar con honda amargura una dolorosa caída. Cuando sobreabunda, y se levanta y se desborda la aflicción—la cual siempre lleva á saludables fines—cuando el que la experimenta se ve obligado á agotar la amargura hasta las heces, halla casi siempre, en el fondo de la amarga copa, consuelos no sentidos. Las lágrimas que el arrepentimiento nos arranca, que bien podemos llamarlas sangre del lastimado corazón, borran

toda falta del libro del destino, y se alza el espíritu de la grave dolorosa prueba purificado, y animoso y apto para hacer mansión en el reinado de una gloriosa eternidad.

Sí, mis queridas amables niñas, ingénuo llanto de compasión os merecerá la fatal suerte de Carlota; en tanto que el nombre de La Rue será execrado con desprecio. ¿No es verdad que al oír el nombre de Carlota, alienta la simpatía en vuestro pecho, mientras que al de La Rue, experimentáis horror ó indignación? Mas ¡ay! acaso vuestros contentos, confiados corazones querrán más bien seguir á la afortunada Señora de Crayton en los placeres y disipación que la absorven, que no prestar oído atento y compasivo á las miserias y desgarradoras quejas de la sin ventura Carlota. Así, quiero complaceros una vez más, y seguiremos á aquélla en sus tertulias de media noche, en sus bailes y festejos, á los cuales de todo en todo se entregaba.

Dijimos que la Señora de Crayton era hermosa y atractiva, debemos agregar que el esplendor y la opulencia la rodeaban. Harto poco debe conocer del mundo quien se admirase—no obstante de ser reprensible la conducta de semejante mujer—de verla atendida por hombres de cuenta y acompañada y servida por mujeres de punto. En suma, la Señora de Crayton era la favorita de la sociedad de buen tono; élla imponía la moda y á élla solían imitar las elegantes.

Nuestro buen coronel era lo que se llama un hombre de casa... ¿Podía ser feliz en manera alguna con mujer semejante? Imposible. Vanas eran las amonestaciones, inútiles las súplicas: bien podía el desdichado esposo predicar á los elementos, que nunca sus esfuerzos alcanzaran á persuadirla que dejase tal costumbre reprensible, ó tal ridículo capricho. Al fin,

viendo cuán vanos eran sus intentos, dió de mano á su propósito, dejándola abandonada á la corriente de sus aviesas inclinaciones. Al extremo funesto á que éstas la conducirían, bien podrá el atento lector imaginarse, ya que sobrado conoce el carácter de aquella mujer. Entre el considerable número de amigos que la obsequiaban, hubo uno que mereció su preferencia. Era éste un alférez, barbiponiente, de obscuro nacimiento, educación descuidada y peores costumbres. No sabemos darnos cuenta cómo persona tan baladí pudo entrar al servicio del ejército, ni menos al verle, con harta extrañeza y asombro nuestro, llegar después á distinguidos puestos. Pero la fortuna es ciega, y á las veces prodiga sus favores á los más ruines y despreciables. De aquí que veamos á necios, y áun malvados, subir al apogeo del poder y los honores, en tanto que la virtud y el mérito verdadero se hallan despreciados y escarnecidos.

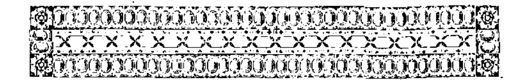
Volvamos á la Señora de Crayton.

Aquel oficialillo, á quien apellidamos Coridón, reinaba como señor y dueño en el corazón de la relajada esposa. Era el compañero obligado en el paseo y en el teatro, en el juego y en las tertulias, bailaba únicamente con él, y, cuando alguna indisposición la impedía salir de casa, sólo Coridón tenía permiso de penetrar en su estancia.... Pero se me ocurre que acaso preguntaréis:—¿Piensa esta mala mujer alguna vez en la infeliz Carlota?—Os responderé que sí pensaba, querida preguntona; y cuando lo hacía era ocasión de risa: ¡que á tal punto llegaba su maldad respecto á la pobre niña, víctima inocente de sus diabólicos manejos! Solía llamarla tonta y necia, por cuanto se consumía en el pesar y la soledad, en tanto Montraville gozaba de los halagos de aquella alegre y disipada ciudad. Cuando supo el matrimonio de

éste, dijo con cruel sonrisa:—Visto se está que han concluído las esperanzas de la tonta de Carlota. ¿Qué vendrá á ser de élla y quién se hará cargo de esa impertinente mojigata?

Bueno será que volvamos la consideración á la angustiada Carlota; pues vosotras, lectoras mías, lejos de impedir, como la insensible Señora de Crayton que la compasión se señorée en vuestros corazones, abriréis ancha puerta á la sensibilidad, compadeciéndoos de las desventuras de aquella pobre niña.





CAPÍTULO XXIX

Donde se prosigue la historia

La robusta constitución de Carlota triunfaba sobre la enfermedad; así que comenzó á recobrarse, serenábase su espíritu. Pero cuánto debió aumentar su abatimiento cuando, examinando su reducido albergue y sus haberes, hallóse únicamente con una guinea, podrá el lector imaginarlo, trayendo á la cuenta las necesidades de su ya próxima enfermedad, la asistencia de un médico y otras exigencias del caso. Tal perspectiva la desazonó sobremanera. Hasta la consoladora esperanza de recibir nuevas de sus padres la abandonaba; pues cuatro meses habían transcurrido desde que les escribió, sin haber recibido respuesta alguna. Así que se confirmó en la creencia de que la habían relegado al olvido, y de que ya más no debía esperar su perdón y bendiciones.

Nunca sér alguno deseó la muerte con mayor vehemencia ni con más justa causa: pero como élla se hallaba penetrada de los deberes que nos impone la Religión, nunca pensó poner fin á su existencia con sus propias manos.

20

—Veo que harto poco me resta que aguardar, se decía, pues mi naturaleza, fatigada y exhausta, pronto descaecerá del todo, y me veré libre de mis actuales padecimientos.

Una tarde fría y tempestuosa—pues era á los fines del mes de diciembre—se encontraba Carlota junto al escaso fuego que había encendido, porque la estrechez en que se hallaba no le permitía proporcionarse la leña suficiente. De improviso se vió sorprendida con la repentina aparición de la mujer de un campesino, la cual, sin ceremonia ninguna, sentóse á su lado y principió este extraño razonamiento.

—Vengo á saber, Señora, hasta cuándo no se me pagarán los arrendamientos que se me deben por esta habitación, pues he sido noticiada de que el capitán Montraville no volverá por acá, lo mismo que si hubiese muerto. En tal caso, Señora ó Señorita, quien quiera que seáis, como acabo de decir á mi marido, quiero saber cuándo podré contar mi dinero.

Tal demanda fué un golpe inesperado para Carlota: bien poco sabía la ilusa de las necesidades y exigencias del mundo, élla que nunca se había curado del pago de arrendamiento ni de otros domésticos menesteres. Conoció que debía considerable suma de dinero, no contando con medio alguno de satisfacerla, ni persona á quien dirigirse para salir de la dificultad. Quedó como aturdida, y apenas si supo responder lo que debía. Juzgando, pues, de la delicadeza y bondad inherentes al corazón de la mujer, por sus propios sentimientos, resolvióse á interesar en su favor el ánimo de aquella campesina, refiriéndole ingénua y brevemente cuál era su situación, y la escasa probabilidad que le asistía para poder satisfacer esa deuda.

Pobre desamparada Carlota! cuán limitado es su conocimiento del corazón humano! Jamás se habría

convencido de que el único medio para asegurar la amistad y auxilios de los que nos rodean, fuese convencerlos de que nunca los necesitaremos. Pues, cuando alguna vez el aspecto espantable de la miseria aparece, cual otra cabeza de Medusa, suele cambiar en duro pedernal cuanto se mira; y, si en ocasiones, el Gorgón demanda nuestra amistad, el fantasma de ésta, que antes acarició nuestra mente, se desvanecerá cual fuego fatuo; el mundo todo nos parecerá á manera de desierto estéril y medroso.

Perdonadme, ¡oh, seres queridos, en quienes mora la benevolencia! vuestras angélicas sonrisas y dadivosas manos han esparcido suavísimas flores en las espinosas sendas por donde mi dura suerte me ha llevado. No imaginéis que al condenar al insensible corazón humano, pueda olvidar yo la suavísima fuente de donde manan los consuelos que disfruto. No; os miro como celestes constelaciones que cobran nuevo esplendor de las mismas tinieblas que nos rodean. ¡.....Pero ¡ah! en tanto que bendigo los benéficos destellos que espanden alegrando mi corazón, duéleme de que su bienhechora influencia no se extienda á todos los mortales á quienes visita la aflicción.

—Ciertamente, buena mujer, repuso Carlota con temblorosa voz, que no sé lo que debiera hacer. Montraville me trajo á esta casa prometiéndome atender á todas mis necesidades. Ya veo que ha olvidado su promesa, pues me ha abandonado sin piedad. No tengo aquí persona alguna conocida que quisiese aliviar mi desdichada situación. Ya veis mis circunstancias. ¿Podré esperar de vuestra caridad.....?

—¡Caridad! exclamó la patrona interrumpiéndola con enfado, sí, caridad; ¿y quién la tiene conmigo? Debéis saber que la caridad bien entendida principia desde casa; y yo tengo siete hijos *legítimos*, y es

deber mío mirar por éllos. ¿Pensáis que sería tan necia que quisiese desprenderme de mis haberes por conservar tan buena alhaja? Como decía á mi marido el otro día, no sé á dónde vaya á parar este mundo con tántas cosas malas como en él vemos. La honestidad y el recato son nada ó bien poca cosa entre las mujeres de hoy en día; y las de la vida airada, como se suele decir, pasan por personazas de cuenta y nos miran con asco y por sobre el hombro. Me permitiréis que os diga lisamente, que hé menester de mi dinero, el cual, una vez contado y recibido, podréis marcharos; en caso contrario, vuestros utensillos y muebles quedarán conmigo, sin que nadie se atreva á impedirlo, porque hago uso de un perfecto derecho.

—¡Dios misericordioso! exclamó Carlota juntando las manos, qué será de mí, desdichada!

—Lo que queráis; mas no hay por qué desesperarse, repuso la insensible mujer; os aconsejaría que fueseis á un cuartel, y allí, lavando la ropa de los soldados y aderezando su comida, podréis ganar vuestro diario sustento. Tamaña necedad sería pensar vivir ociosamente y mano sobre mano entre gentes honradas....No sé ciertamente cuándo llegue el día en que semejante peste de holgazanes se vea compelida á trabajar mucho y comer poco: es lo único que á la verdad merecen.

—Justo es, Dios de misericordia, el duro castigo que me envías; mas, aparéjame para poder soportar con resignación las nuevas miserias y penalidades que todavía me aguardan!

—Voy, pues, á noticiar á mi marido que no queréis pagar vuestra deuda; entre tanto, podéis alistaros para salir de aquí esta misma noche, aun cuando supiese que tuvierais que pasarlo en la calle.

Y salió esta desnaturalizada mujer.

Carlota inclinó silenciosa la cabeza: era tál y tan grande la extraña angustia que de su ánimo se señoreaba, que le hubiera sido imposible articular una palabra.





CAPÍTULO XXX

¿Y es la amistad tan sólo un nombre vano,
Un ensueño de triste despertar?
--Es dón que sigue siempre á la opulencia,
¡Ay! y que deja al infeliz llorar! (1)

Cuando Carlota quedó sola, se dió á reflexionar sobre qué camino tomaría y á quién dirigirse debiera para ver de remediar sus actuales necesidades. Después de barruntar prolijamente, determinóse por fin á partir para Nueva York, é inquirir allí por la Señora de Crayton, de quien, con toda seguridad, esperaba inmediato remedio á sus penalidades y estrecheces. Pensarlo y resolverse á éllo, todo fué uno. Así que, con este ánimo, escribióle de seguida la siguiente carta:

"A la señora de Crayton.

Señora:

Cuando juntas partimos de la nativa tierra, de aquel suelo queridísimo y plácido que guarda cuanto

---

(1) And what is friendship but a name
A charm that lulls to sleep—
A shade that follows wealth and fame,
But leaves the wretch to weep?

ama y recuerda la infeliz Carlota, unos fueron nuestros proyectos, unas nuestras esperanzas. Nosotras, dos, Señora—perdonad la llaneza con que os lo recuerdo—obedeciendo ciegamente á la inclinación de nuestros inexpertos corazones, confiamos nuestra felicidad á la merced de un océano tempestuoso, en el cual, ¡infeliz de mí! ha naufragado la mía y perdídose para siempre. Pero vos habéis sido muy afortunada, Señora..... Estáis unida con sagrados indisolubles lazos á un hombre honrado y bondadoso que os ama y respeta. Os contemplo querida y admirada, atendida y rodeada de cuanto encanta, alegra y endulza la vida. Sobrado conocéis que de todo esto me hallo privada.... Gozad, pues, gozad largamente de esos placeres que ya más no tornarán á mi afligido pecho, donde se señorean la fiera tristeza y un hondo desaliento.

Contempladme, Señora, en mi dura actual situación: criatura infeliz y abandonada, que no tiene dónde reclinar su cabeza ni con qué atender á las necesidades de la vida, padezco las inclemencias del tiempo, sumida en hambre, desamparo y desnudez. A vos me dirijo, pues, demandando piedad y lenitivo á mis males. No pretendo que me acojáis como á vuestra igual, ni siquiera como á una de vuestras ínfimas amigas, nó: únicamente os ruego me alberguéis, por caridad, en vuestra hospitalaria casa, y en paraje escondido y miserable. Me siento muy enferma, casi desfallecida, y quiero entregar mi alma al Criador bendiciendo vuestro nombre.

No puedo más; siento que no puedo soportar por más tiempo la grave carga de dolores acumulados sobre mí con tánto exceso como crueldad.... Pero ¡ah! mi bien querida Señora, por amor del cielo no me dejéis espirar en la calle! A más se avanza mi deman-

da: cuando me halle en paraje de descanso y bendición—donde pronto me hallaré—que vuestra compasión alcance también á mi desamparado hijo, que pronto verá la luz y que sobrevivirá á su infeliz madre. Un destello de alegría penetra ya en mi obscura alma, considerando que no podréis, que no querráis rehusar vuestra protección á la adolorida y acongojada

CARLOTA.»

Cuando Carlota hubo concluído esta carta, era ya entrada la noche, y aunque principiaba á nevar recientemente, hizo un pequeño lío de la ropilla que preparado había para el sér que bien pronto vendría al mundo, y emprendió camino de Nueva York, más temerosa y espantada de los sarcasmos é insultos de su cruel patrona, si volviese á presentarse, que no de los peligros de la obscuridad y del frío de la estación.

Posible es que preguntasen los que, en obras de este linaje, observan y censuran toda omisión por inútil que fuera, cómo es que Carlota no poseía prenda alguna de valor que la sacase de sus apuros, en tanto regresara la Señora de Beauchamp, de quien esperaría fundadamente socorros y amistosos consuelos. Pero, considerad, amable lectora, que cuando Carlota abandonó las costas de Inglaterra, con tanta precipitación, apenas si tuvo tiempo de llevar consigo lo más indispensable para el viaje; después de su arribo á Nueva York, como ya lo sabéis, iba á menos, día á día, el amor de Montraville. Joya ninguna, de esas que suelen obsequiar los amantes, poseía la pobre niña, excepto un medallón de escaso valor, que guardaba un rizo del cabello de su madre, y que en extrema necesidad no se hubiera resuelto á venderlo.

Hecha esta pequeña salvedad, bueno será que prosigamos nuestra historia.

No era considerable la distancia de la casa que ocupaba nuestra doliente heroína á Nueva York. Sin embargo, como la nieve caía en abundancia y era intenso el frío, le fué del todo imposible caminar apriesa; así, que se encontró desfallecida por el hambre, el frío y la fatiga, antes de llegar á la ciudad. Sus vestidos de delgada muselina, propios únicamente para la estación de verano, estaban completamente mojados y adheridos al cuerpo. En tan dura situación pudo al fin llegar á la ciudad. Como encontrase en su camino á un soldado, suplicóle le indicase la casa del coronel Crayton.

—Pobre Señora mía, replicó el soldado, con voz y mirada compasivas, os la enseñaré al instante; mas si pensáis dirigiros con alguna demanda á la Señora de Crayton, deberíais excusar toda diligencia. Si fuese de vuestro agrado, os conduciría á casa de la Señorita Julia Franklin, pues aunque acaba de casarse y salir al campo, su anciano padre es hombre bueno y compasivo.

—¡Julia Franklin! exclamó Carlota, ¿no es ella quien se ha casado con Montraville?

—Ciertamente que sí, repuso el militar, y todos les deseamos las bendiciones del cielo; pues nunca ha habido mejor oficial: es tan bueno con nosotros; y en cuanto á la Señorita Julia, todos los pobres del lugar casi la adoran.

—¡Oh, Dios de misericordia! exclamó desesperada Carlota, ¿cómo puede Montraville ser injusto y cruel sólo conmigo?

El militar púsola en casa del coronel, y élla, acongojada y con el corazón palpitante, llamó á la puerta.



CAPITULO XXXI

Donde se prosigue el mismo asunto

Así que se abrió la puerta, Carlota, con voz temblorosa y casi inarticulada, á causa del desfallecimiento en que se encontraba, preguntó si la Señora de Crayton estaba en casa. El criado no contestó por el pronto: sabía que la Señora se hallaba muy comprometida en una partida de juego con su querido Coridón, y temió causarla mortificación, noticiándole que una persona de tan mezquina apariencia quería hablarla. Con todo, halló algo simpático é interesante en la pobre niña, que al fin la dijo, que su Señora estaba ocupada, pero que él se hallaba dispuesto á llenar cualquier encargo que de élla recibiese.

—Entregadle esta carta, dijo Carlota, y decidla que la infortunada que la ha escrito aguarda, á su puerta la respuesta.

Una voz temblorosa y débil, que más bien es un gemido, y unos ojos llorosos de mujer que sufre y desfallece, pueden mover hasta un corazón de diamante. El sirviente tomó la carta y subió las escaleras.

—Señora, esta carta para vos, dijo presentándosela; y quien la ha traído exige una inmediata respuesta.

La de Crayton recorrió negligentemente el contenido de la carta.

—Tamaña necedad, exclamó en alta voz. ¿No os he dicho mil veces que no quiero ser atormentada por demandas de mendigos ni de gentes de la laya? Idos, y decid á esa mujer, que nada tengo que hacer en el asunto que me comunica. Cosa harto dura es el que todos los menesterosos se crean con derecho para ser socorridos con mi bolsa.

El criado regresó, mal su grado, con tan ingrata respuesta.

—No ha leído, sin duda, mi carta la Señora, repuso la niña. Mi buen amigo, os suplico regreséis y le digáis que Carlota Temple es quien solicita un albergue en su casa para guarecerse de las inclemencias del tiempo.

El criado regresó.

—Os ruego que no me atormentéis, exclamó con enfado la de Crayton, así como el del mensaje la noticiase de quién era la infortunada niña. Declaro que no conozco á tal persona.

—¡No me conocéis, Señora! gritó Carlota, entrando de improviso en la sala, pues había seguido los pasos del criado; no conocéis á la infeliz Carlota Temple, quien, únicamente por vos, no vive ahora inocente, tranquila y feliz bajo el techo paterno! ¡Oh, La Rue, monstruoso, inconcebible es vuestro proceder!

—Por mi honor, replicó la insensible mujer con la mayor sangre fría, lo que pasa es bien peregrino y no alcanzo á comprender. Juan, esta pobre mujer debe estar loca; sacadla fuera, que ya me causa miedo.

—Dios mío! Dios mío! exclamó Carlota juntando las manos en ademán suplicante y con desesperado acen-

to, esto es ya demasiado! ¿qué será de mí, infelice? Pero no saldré de aquí, Señora; vuestros sirvientes no emplearán la fuerza con una pobre mujer.... Vedme que arrodillada en vuestra presencia, os conjuro que me libréis de perecer en la calle. Si en verdad me habéis olvidado, ¡oh! por caridad, por compasión, permitidme alojar esta noche en vuestra casa, en el más humilde cuarto; ved que la nieve que cae y el intenso frío, acabarán con mi pobre vida!

El dolorido acento y la suplicante actitud de Carlota, movido hubieran á compasión aun el pecho de un estoico; mas la de Crayton, permaneció insensible. En vano Carlota recordóle el tiempo en que trabaron amistad en Chichester; en vano trajo á su memora la época de colegio y su viaje en el mismo buque; en vano, finalmente, invocó los nombres de Montraville y Belcour. La de Crayton se limitó á decir, que sentía el mal que su imprudencia le causara, pero que no podía alojarla en la casa, por cuanto se comprometía su reputación, y que, además, causaría mortificación y gastos á su esposo, recibiendo bajo su techo á una mujer en el estado en que Carlota se encontraba.

—A lo menos, moriré aquí, exclamó Carlota con voz de profundo despecho. Conozco que no sobreviré largo tiempo á tamaña desgracia. ¡Padre de las misericordias! abreviádme esta mísera existencia!....

El sentimiento, profundo, desesperado predominó en élla; las crueles sensaciones que había experimentado, agotaron sus fuerzas físicas y morales, y cayó desmayada sobre el pavimento.

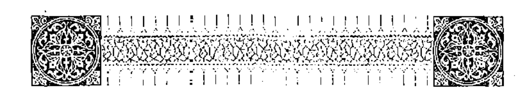
—¡Sacadla afuera, que me asusta, gritaba la de Crayton, sacadla al instante!

—¿Y á dónde llevaremos á esta desdichada mujer? preguntó Juan, uno de los criados, con voz y mirada compasivas.

—A donde queráis, replicó élla, únicamente haced de manera que yo no vuelva á verla jamás. Os confieso que su presencia me ha horrorizado, y puede enfermar.

Juan, ayudado de otro criado, levantó á la niña, y ambos la bajaron las escaleras.

—Pobre sér desgraciado, decía Juan, no pasaréis en la calle esta noche. Albergue tengo y una pobre cama que abriga á mi mujer y á mis chicuelos. Ellos os la cederán contentos y velarán á vuestra cabecera toda la noche. Condujeron, pues, á Carlota al cuarto del humanitario Juan, donde la acostaron: luego fué éste por un médico, quien, habiendo examinado á la paciente, la sangró, con lo cual volvió en sí; pero antes del alba, dió á luz una niña. Durante algún tiempo, antes del alumbramiento, permaneció en profundo estupor, y si á las veces hablaba, eran palabras incoherentes que indicaban que el juicio estaba trastornado.



CAPÍTULO XXXII

Razón por qué

El sensible lector acaso se sorprenderá de haber visto á la de Crayton negar todo conocimiento y amistad con Carlota; pero, vistos los antecedentes de La Rue y la situación en que se encontraba, se comprenderá tan monstruoso proceder. Conocía la superioridad de inteligencia y virtud que adornaban á Carlota, y no podía excusar su culpabilidad de haber sido causa de la perdición de la pobre niña. Cosas eran estas del todo ignoradas de su esposo, y que harto la importaba quedasen siempre ocultas. Por eso temblaba, mientras Carlota estuvo en su casa, temiendo la llegada del coronel; pues recordaba cuánto este se había interesado en bien de Carlota, durante el viaje de Inglaterra; y conjeturaba que, en viéndola en tan aflictiva situación, le proporcionaría, sin duda, albergue y socorros. Fundado era, pues, su temor, el cual abultaba al juzgar que la inexperta Carlota pudiese descubrir al coronel la parte que tuvo en el escape del colegio, con todas sus circunstancias. Pero si la de Crayton hubiese reflexionado con acierto, hubiera de haber dado su protección á la

menesterosa niña, la cual, reconocida, no delataría ninguno de los culpables manejos de La Rue. Mas, el vicio, de ordinario, ciega á sus adeptos, presentándolos á la faz del mundo en toda su repugnante deformidad, puesto que más se empeñan en ocultar sus faltas.

Y tal aconteció á la de Crayton. Sus criados murmuraban sin empacho el cruel proceder respecto á la desgraciada niña que le pidiera protección; y cuantos después supieron el hecho, lo reprobaron altamente, sin exceptuar ni aun á su querido Coridón, quien la censuró, á riesgo de verse privado de las considerables dádivas que de la Señora á menudo recibía.

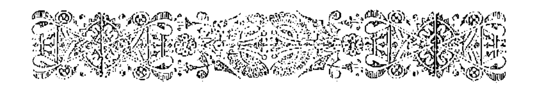
Tres días han pasado desde que Carlota fué llevada á la habitación de su humanitario protector, y en el transcurso de éllos, apenas si la paciente daba señales de mejoría. El desvarío era incesante; los nombres de Montraville y de sus padres murmuraban sus labios á menudo; y como no tenía conciencia de ser ya madre, tampoco se curaba de preguntar por su hijo, cuyos bagidos debía oírlos sin duda.

—Dios mío! exclamó un día la enferma, como oyese que el niño lloraba, ¿por qué tenéis aquí á esa criatura? Cierta estoy de que no la retuviéseis, si alcanzáseis cuán duro, y cruel y terrible es para una madre el verse separada de su hijo: es que la intensidad de ese dolor, si se concibe, no se explica.... ¡Oh! si pudiéseis mirar el cuadro horrible que ahora contemplo!.... Allí, allí está mi idolatrada madre, triste, pesarosa, abatida; su corazón desgarrado; pálido y marchito su hermoso rostro, ¡y todo por la maldad é ingratitud de una hija! . . . . Libradme, libradme de su ceño! . . . ¡Sí, no puedo, no me atrevo á hablarla.

Tales eran las horrorosas fantasmas que ocupaban su desvariada imaginación, y su naturaleza, ya desgastada, era presa do la terrible enfermedad que, para combatirla, no tiene la medicina poder ninguno. Hombre humanitario era el médico que asistía á Carlota, y empleaba, para ver de salvarla, todos los recursos de la ciencia; pero veía, con harta pena, la falta de muchas cosas indispensables á la paciente; cosas que la pobreza de Juan y su familia nunca pudiera suministrar. Así que aquél determinó mover la compasión de algunas señoras de la ciudad en favor de la desamparada niña.

Vuelto á su casa el doctor, ocupado de la humanitaria resolución que había tomado, se encontró con un mensaje de la Señora de Beauchamp, quien, recien llegada de Rode-Island, le suplicaba viniese al instante á ver á un niño enfermo.—No conozco se decía aquél, como se apresurase á acudir á la llamada, no conozco, en verdad, persona alguna á la cual pudiera dirigirme con más seguridad y confianza que á la Señora de Beauchamp; me empeñaré en interesarla en favor de esas desgraciadas madre ó hija. ¡Qué bien les hará el refrigerante bálsamo de la caridad y sus consuelos! No pierdo la esperanza de salvarla, y lo probaré con el mayor empeño é interés.

—¿Y dónde se encuentra esa infeliz? preguntó la Señora de Beauchamp, en tanto el médico prescribía algunos remedios para el niño; decidme, Señor, ¿dónde se encuentra? pues quiero ir á verla al instante. No permita el cielo que yo sea insensible á los clamores de la desgracia. Venid, Señor, iremos juntos. Y tomando el brazo del doctor, partieron al paraje donde yacía la moribunda Carlota.



CAPÍTULO XXXIII

Lo que es escaso de sentimiento no debe leerse

Tan luego como la Señora de Beauchamp entró al cuarto donde se hallaba la pobre paciente, retrocedió cogida de horror.—Sobre una mezquina cama sin colgaduras y con raidas cobijas, yacía el enflaquecido cuerpo de la enferma; pero, con esto y todo, conservaba restos de su antigua gracia y atractivo; la de Beauchamp no pudo reconocer á Carlota por el pronto. En un ángulo del cuarto estaba una mujer lavando ropa, y dos robustos niños tiritaban de frío junto al escaso fuego del hogar: el recién nacido dormía al lado de su madre, y en una silla, junto á la cama, se veían dos tazas, con caldo la ùna y ótra con vino.

Nunca la Señora de Beauchamp había presenciado una escena de tanta pobreza; así que, estremeciéndose involuntariamente, exclamó:—¡Líbrenos el cielo de un infortunio semejante! y no pudo proseguir, viéndose obligada á apoyarse en una silla para no caer desmayada. Algo confuso y arrepentido se mostró el

doctor de haberla llevado con precipitación á presenciar tantas lástimas y miseria; pero no era razón de manifestar excusas.

Carlota, recuperando de improviso el tono de su voz y queriendo sentarse sobre la cama exclamó:—¡Oh, ángel de paz, de consuelo y misericordia! ¿habéis por ventura venido á librarme de tan cruel agonía? Pero ya os reconozco, pues donde quiera habéis estado junto á mí para minorar mis tristezas; vos, indulgente y buena para la pobre criminal, habéis sido mi ángel de consuelo: vos, cuyos labios serán los únicos que pedirán á Dios reposo y misericordia para la mujer perdida, y cuyos ojos serán los únicos que llorarán cuando deje de existir. Pero ya no me conocéis, y aunque no puedo ahora recordar vuestro nombre, conozco ese plácido y benévolo continente, conozco la dulzura de esa voz que, cual música del cielo, ha consolado, en ocasiones, á la infeliz Carlota.

Decía esto con tan profundo acento de melancolía, hija del alma atribulada, que la Señora de Beauchamp, arrasados los ojos en lágrimas, se acercó al borde de la cama, y cogiendo una de las manos de la enferma, la miró atentamente, y no dudando de quién fuese, exclamó:—¡Oh, Dios mío! ¿será verdad lo que estoy viendo? y desatándose en abundante llanto, trajo sobre su seno la febril cabeza de Carlota; rodeóla con sus brazos y lloró largo rato en silencio.

—Cuán buena sois, dijo Carlota, que así lloráis por mí. Hace tánto tiempo que no puedo derramar una lágrima: mi cabeza arde, mi corazón está como ceniza, y vuestras lágrimas son á manera de vivificante rocío que harto bien me hacen. Ya recuerdo que há tiempo me dijísteis habíais enviado una carta dirigida á mis padres; ¿juzgáis que la habrán recibido? ó por dicha, me traéis ahora su respuesta? Mas, ¿por

qué guardáis silencio? Decid, ¿me permiten regresar al paterno hogar?.... Así lo creo; son tan buenos, tan sensibles.... pronto espero estar lista para la partida.

Hizo entonces un supremo esfuerzo para levantarse, mas nunca pudo: tal era la suma debilidad en que se hallaba. Volvió nuevamente el delirio, en el cual reía y llamaba á sus padres, y se soñaba en su hogar y entre los suyos.

¡Ah! cuán hermosos, y dulces y atormentadores á la vez deberían haber sido esos sueños! cuán triste y doloroso el despertar! La pobre niña veía desaparecer, al abrir los ojos, las bellas y seductoras fantasmas que la sonreían mientras los tuviera cerrados. Las ideas plácidas huían también con éllas, y tornaban á apoderarse de su espíritu y de su corazón los presentimientos lúgubres, los temores y los recelos, las inquietudes y las congojas de una próxima muerte.

Viendo la Señora de Beauchamp que era imposible trasladarla á más cómodo paraje, como bien lo deseaba, contentóse con proporcionar cuanto era menester para la asistencia de la enferma, pagando á dos personas que cuidasen de la madre y de la criatura. En cuanto al bueno de Juan, fué recompensado con liberalidad; supo muy luego por éste el ruín proceder de la de Crayton respecto á Carlota. Con el corazón oprimido y enfermo con tan dolorosas y encontradas sensaciones, regresó á su casa, pero satisfecha de haber llenado un deber cristiano, respecto á desgraciadas criaturas.

A la mañana siguiente regresó la bondadosa Señora de Beauchamp á ver á Carlota, á quien encontró un tanto mejorada: la enferma la llamó por su nombre agradeciéndole sus beneficios; pidió á la niña y la colocó en los brazos de su benefactora; luego

con los ojos empapados en llanto, la rogó extendiese su protección á esa desgraciada criatura, fruto de su desobediencia.

Harto se alegró la de Beauchamp de encontrarla sosegada, y concibió esperanzas de que, en viviendo, como lo esperaba, sería útil á la sociedad y á su familia. Pero la llegada del médico puso fin á tan halagüeña esperanza. Aseguró que aquella aparente mejoría no era sino el último esfuerzo de la naturaleza, y que bien pocas horas de vida le quedaban.

Como le preguntase el doctor cómo se sentía, contestóle:—Mejor, muy mejor me siento. Espero que harto poco me resta que sufrir. En la noche pasada he dormido algunas horas, y esto me ha recobrado, si bien me siento bastante débil. No será mucho lo que tenga que luchar con mis pesares y congojas. Os confieso que me asiste entera confianza en la misericordia de Aquel que murió por salvar al mundo delincuente. Espero que mis sufrimientos y el profundo arrepentimiento de mis faltas, me alcanzarán piedad y misericordia ante su trono.... Solamente un gran pesar ahora me asiste: mi pobre, mi huérfana hija!... Padre de misericordia! continuó con voz suplicante y con los ojos alzados al cielo, que tu infinita bondad preserve al hijo de los pecados de sus padres! Que aquellos que me impelieron á menospreciar tus preceptos, sean perdonados, y no se les impute mis propias faltas! Derrama tus santas bendiciones sobre los que con fraterna caridad han consolado mi afligido corazón!

Desfallecida quedó al terminar esta ferviente súplica, enderezada al trono de las misericordias, y aunque sus labios se movían convulsamente, no producían sino sonidos confusos é inarticulados. Quedó por algunos momentos como embargada, y luego,

un tanto recobrada, estrechó suavemente la mano de la Señora de Beauchamp, y rogóla que enviase por un sacerdote.

No tardó en llegar éste y recibir la confesión de la compungida moribunda. Una vez terminado tan solemne deber, y como Carlota intentara recostarse sobre la almohada, dejóse oír un ligero golpe á la puerta. La de Beauchamp acudió á abrirla. Un hombre, que á lo más, representaba cuarenta años, se presentó preguntando por la Señora de Beauchamp.

—Aquí me tenéis, Señor, dijo ésta.

—Pues bien, Señora, repuso el desconocido, decidme dónde puedo encontrar á mi desgraciada pero arrepentida hija.

Confusa y sorprendida quedó la de Beauchamp, y no sabía qué decir. Previó, de un lado, el hondo pesar que esta entrevista ocasionaría á Temple, quien juzgó que sería el recien llegado que buscaba á su Carlota; y de ótro, conocía que el perdón y bendiciones del padre, suavizarían las congojas de la hija moribunda. Dudó algún espacio de tiempo.

—Decidme, Señora, exclamó Temple con voz acongojada, os ruego por lo más santo, ¿vive mi hija, por ventura? volveré á ver una vez más siquiera á mi única y amadísima hija? Quizá se encuentra en esta casa, y si no, llevadme, llevadme donde esté; que yo pueda bendecirla una vez, y luego morir.

La vehemente y apasionada manera con que fueron pronunciadas estas palabras, hizo que llegaran á oídos de Carlota; conoció al punto el amado acento de esa voz, porque en el fondo de su alma sumida en la aflicción, sólo la cuerda del paternal afecto podía vibrar unísona y estridente. Así, lanzando un grito agudo, intentó arrojarse del lecho para abrazar á Temple, que se hallaba ya cerca de la cama.

—¡Padre mío adorado!—¡Amadísima hija de mi alma!!...

Esto era mucho para esas naturalezas desfallecidas con tan dolorosa lucha: todas las fibras de esos dos corazones cómo que estallaron y se rompieron á la vez; todos los resortes de la vida se paralizaron de improviso. Ambos cayeron inertes en brazos de los circunstantes.

Carlota fué acostada; después de algunos minutos, volvió en sí Temple. Pero no está en lo posible el describir la congoja y agonía de su alma; porque hay pesares en nuestra pobre vida sólo para sentidos, que no para explicados. En esa ocasión, y en presencia de tan conmovedora escena, reinó absoluto silencio; pero no hubo ojos que no estuviesen empapados en lágrimas.

Cuando Carlota volvió en sí, encontróse sostenida por los brazos de su padre; intentó hablar, mas no pudo,y miraba con infinita ternura al atribulado autor de sus días. Los convulsos labios de la moribunda murmuraban uno como susurro casi imperceptible: era la postrer oración del alma, férvida, procelosa, inenarrable; plegaria, ó más bien gemido, que todos exhalamos en los momentos de suprema agonía; porque en él se encierra lo más acerbo de todos los dolores, de todas las miserias terrenales: manifestación última y dolorosa del que va á morir y que ha visto naufragar toda esperanza de terrenal ventura. Pero esa oración y ese gemido de inacabable angustia van á refugiarse en el seno de la munífica Providencia: paraje libre y seguro donde siempre hallaremos piedad y misericordia, consuelos y galardón, todos los que sufrimos resignados.

Quiso la infeliz agonizante solevantarse para exhalar su alma en un beso de amor y ternura infinitos

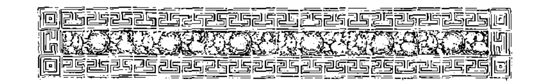
y en una bendición en el rostro de la criaturita que yacía á su costado, pero no le fué dable, por la extrema postración en que se hallaba.

La Señora de Beauchamp la propinó un cordial, y unos momentos después pudo Carlota pedir, con desfallecida voz, pusiesen en sus brazos á su hija, y luego que la tuvo en éllos, se la entregó á su padre diciéndole:—Protegedla, padre mío, y bendecid á vuestra hija moribunda.

No pudo continuar, y cayó á plomo sobre la almohada. Serenósele el rostro; y en mirando cómo su padre estrechaba amorosamente á la criaturita contra su seno, animó un rayo de alegría las facciones ya amortecidas de su rostro; levantó sus húmedos ojos al cielo.... Luego los cerró para nunca más abrirlos.

Seríamos temerarios si intentásemos describir el ímpetu de dolor que acometió al desdichado Temple en aquel trance de la última despedida; la humana percepción retrocedería aterrada si alcanzase toda la amargura de aquella alma desgarrada. El sensible lector podrá apenas imaginarlo.





CAPÍTULO XXXIV

Retribución

Mientras se verificaban los tristes sucesos que acabamos de narrar, Montraville regresaba á Nueva York. Algún resto de tierna compasión había quedado en su corazón para con la mujer á quien sedujo y engañó cruelmente. Fué, pues, en busca de Belcour para informarse de la situación de Carlota. Encontró al amigo entregado á la mayor disipación, del cual sólo pudo saber, que, habiéndole dejado Carlota, no tenía conocimiento de su paradero.

—No juzgo posible, dijo Montraville, que el antes tan puro corazón de Carlota Temple, se haya tornado repentinamente en morada del vicio. Guardaos, Belcour, continuó con voz solemne, guardaos, si os habéis atrevido á portaros con injusticia y de un modo deshonroso respecto á esa pobre niña; vuestra vida me responderá del daño; os lo aseguro que defenderé la causa de la desgracia.

Se dirigió inmediatamente á la casa de campo donde habitaba Carlota, pero la encontró vacía. Después de muchas indagaciones, halló al fin á la

criada que la servía. Por élla supo la absoluta pobreza de Carlota, y cómo había soportado durante largos días peligros y enfermedades, hambre y pobreza, pesadumbres y dolores, hasta que resolvió marcharse á pié á Nueva York, en una obscura y fría noche de invierno. Regresó Montraville á la ciudad con el corazón torturado por tan triste relación; pero antes de que entrase en élla había cerrado la noche casi enteramente. Entrado ya en la ciudad, y mientras recorría las pequeñas casas, morada de pobres mujeres que ganan su vida lavando la ropa de los oficiales y soldados, oyó en un vecino campanario el solemne tañido que anuncia que un mortal ha dejado de existir. Aquel sonido estrujó fuertemente el corazón de Montraville, y se detuvo involuntariamente. Observa que sale de una de aquellas casas un cortejo fúnebre; y sin saber lo que se hacía ni dónde estaba, se puso á seguirlo, á corta distancia, hasta el cementerio. Mientras se depositaba el ataúd dentro de la tumba, preguntó á un soldado que estaba allí triste y lloroso, á quién enterraban.

—¡Ah! Señor, contestó éste, es una pobre niña que fué arrebatada á sus padres por un hombre cruel, quien luego la abandonó y se casó con otra mujer.

Montraville permaneció como petrificado, y el soldado continuó:

—Yo la encontré una noche, no hará quince días, toda ella mojada y entumida por el frío, en una de las calles de la ciudad; iba en busca de la Señora de Crayton para que la diera asilo, pero esta mala mujer le rehusó cruelmente. Así, la pobre niña no pudo soportar tantas penas, y al fin enloqueció.

Montraville no pudo resistir más; furioso golpeábase la frente con violencia y exclamó:—¡Pobre Carlota, por mí asesinada! Después corrió precipitada-

mente al paraje donde echaban tierra sobre los inanimados restos de la niña.

—!Teneos, teneos un momento, exclamó con fuerza; no cerréis todavía la tumba de la infortunada Carlota Temple, hasta que yo tome venganza de su asesino!

—¡Joven temerario, dijo Temple! ¿quién eres que así perturbas los últimos tristes derechos de la muerte, y agravas, cruel, la honda pena del corazón de un afligido padre?

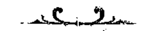
—Si sois el padre de Carlota Temple, replicó aquél, impíamente desesperado y con una mirada, mezcla espantosa de horror y desvarío; si sois su padre, en verdad.... ¡yo soy Montraville!!.... Y cayendo de rodillas continuó:—Aquí tenéis mi pecho; herid, heridme, que no os esquivo, pues sobrado lo merezco. Herid, y así me libraréis de esta miserable vida y de mis propios remordimientos.

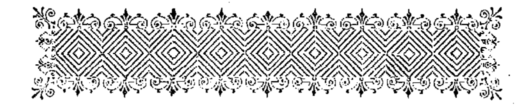
—¡Desdichado! exclamó Temple, si sois el malvado seductor de mi hija, que los remordimiento de la conciencia sean vuestro castigo. No quiero arrebatar el poder de castigaros al brazo de la Omnipotencia divina. Mirad, mirad aquel montoncito de tierra: allí habéis sepultado la sola alegría, la única esperanza de un amoroso padre. Miradlo con despacio, y plegue al Cielo que sienta vuestro corazón tan honda pena, que alcancéis el perdón y la misericordia del Juez Supremo. Y volviéndole las espaldas, se alejó de aquel sitio.

El más elocuente y eficaz misionero del arrepentimiento, es el estado de cansancio moral, de insólita desesperación en que el ánimo del perverso cede desfallecido al peso abrumador de su pasado, recordándole, en todos los instantes de su vida, la desolación y la miseria, el dolor y la pesadumbre que sembró en muchos corazones.

Montraville, levantándose del suelo donde permaneciera todavía arrodillado, y recordando la perfidia de Belcour, voló como un rayo en busca de este malvado. Belcour se hallaba borracho; mas, con eso y todo, Montraville, en el ímpetu de su furor, obligóle á reñir, y muy luégo la espada de éste atravesó el corazón del contrario. Cayó en tierra y espiró al instante.

Montraville había recibido en el duelo una herida no del todo leve. Agobiado por la agitación, las impresiones de ese día y la pérdida de sangre, fué llevado en un estado de completa insensibilidad á casa de su afligida esposa. Siguióse una aguda enfermedad con delirio continuado, durante el cual repetía á menudo el nombre de Carlota. Pero la robusta constitución del paciente, junto con los tiernos y solícitos cuidados de Julia, vencieron en pocos días la dolencia, y el enfermo se recobró; más, aunque sano, vióse acometido á menudo, durante toda su vida, de fuertes accesos de melancolía. Durante el tiempo de su permanencia en Nueva York, iba con frecuencia al cementerio á llorar sobre la abandonada tumba, lamentando el hado adverso que presidió los cortos días de la amante y sin ventura Carlota Temple.





CAPÍTULO XXXV

Conclusión

Pocos días después de haber sepultado á su infeliz hija, partió Temple para Inglaterra, llevando consigo á su nietezuela.

Harto difícil sería describir lo que acaeció en la primera entrevista con Lucía y el anciano abuelo. Y como todo sensible corazón puede fácilmente concebirlo, renunciamos á la tarea de trasladarlo aquí. Pasadas las primeras rudas acometidas del dolor, Lucía dedicó su tiempo y sus cuidados en bien de su nietecita, y á medida que *ésta* crecía, fantaseaba Lucía que tenía junto á sí á su perdida Carlota.

—.. —

Diez años han pasado desde que acaecieron los tristes sucesos que hemos relacionado. Temple y Lucía, habiendo sepultado á su anciano padre, viéronse en la necesidad de ir á Londres, por negocios particulares; llevaron consigo á la pequeña Lucía, que este nombre tenía la chicuela. Como regresasen una tarde

del paseo, encontraron sentada en las escaleras de su casa á una infeliz mendiga. Al aproximarse Temple y los suyos, trató ésta de levantarse; pero la extrema debilidad en que se hallaba,hacían inútiles sus esfuerzos, hasta que al fin cayó de espaldas cogida de un acceso. Temple no era hombre de esos que pasan indiferentes en presencia de una desgracia; así que, obedeciendo á los impulsos de su noble y sensible corazón, mandó al instante que la introdujesen en una habitación de su casa y la atendiesen. Bien pronto recobróse la paciente, y, fijando sus ojos en el rostro de la Señora de Temple, exclamó:—¡Ah! no sabéis, Señora, lo que hacéis, no conocéis á quién estáis sirviendo y procurando alivio; pues, de otra suerte, me maldeciríais con toda la amargura de vuestra alma. No os acerquéis Señora, que puedo contaminaros. Yo soy la víbora que envenenó vuestra paz, que robó vuestro contento. Yo soy la mujer que llevó á la pobre Carlota á perecer miserablemente en la calle. . . . ¡Oh! que el Cielo se compadesca de mí!. . . Sí, la estoy mirando en este momento. . . allí está, continuó mostrando á la pequeña Lucía que por allí andaba distraída; tal era su inocencia, tal su fresca hermosura aún en botón, cuando mis diabólicos manejos la marchitaron y acabaron.

Fué en vano que Temple y su esposa quisieran persuadirla que se sosegara y tomase algún refrigerio: únicamente aceptóles un vaso de vino. Después, refirióles cómo se hallaba separada de su esposo hacía siete años, los cuales los había desgastado en orgías, disipación y vicios, hasta que, agobiada por la pobreza y la enfermedad, y habiendo contraído deudas, pensó únicamente en acabar su vida en una prisión; pero que un amigo bondadoso pagó sus deudas y la socorrió. Que como su enfermedad aunmentaba, no

INDICE

tenía medio de subsistir ni á quién dirigirse para alcanzar recursos.—Dos días hace que no como, agregó, y la noche pasada recliné mi adolorida cabeza sobre el frío y duro pavimento de la calle. Mas, en verdad, harto merezco lo que ahora sufro, y mucho más, por cuanto he sido causa de los pesares é infortunios que á otros han visitado.

Aunque sobrada razón asistía á Temple para aborrecer á la de Crayton, no pudo mirarla en situación tan miserable, sin sentir alguna compasión hacia élla. La dió albergue en su casa durante aquella noche, y al siguiente día, consiguió que fuese admitida en un hospital, donde, después de pocas semanas de crueles padeceres, murió.

¡Ejemplar terrible y espantoso! Cuán cierto es que el vicio, si bien próspero y risueño en su principio, lleva al final á la miseria, á la vergüenza y aun al crimen! Pero esta es la ley de Dios y su justicia! Dejémoslas pasar!

FIN